Sofía Casanova

Idilio epistolar

Novela

XUNTA DE GALICIA

Edita: Xunta de Galicia.
Consellería de Cultura e Turismo

Lugar: Santiago de Compostela

Ano: 2019



Edición electrónica a partir de:

Idilio epistolar : novela / Sofía Casanova
Madrid, 1831 / M. Aguilar Editor

SOFIA CASANOVA

IDILIO EPISTOLAR

NOVELA

M. AGUILAR • EDITOR
MARQUES DE URQUIJO, 39
MADRID
1931



Índice

Mi encuentro contigo es una felicidad, si felicidad podemos llamar el hecho inusitado de encontrar *un alma*, un alma buena y grande que nos comprende y nos ama en esta isla desierta de la vida... Al contarte mi historia, tus manos heladas temblaban entre las mías y tus ojos han llorado... Estoy, como ves, en medio de las ruinas de la encantada ciudad de mi juventud y mis ideales. Todo se ha desplomado en torno mío y se ha disipado una remota esperanza de días de tranquilidad al cerrarse para siempre una tumba.

Mi corazón tiembla, más que late, desorientado y medroso... Quisiera volver a mi patria, y debo quedarme aquí. «Que mis hijos sean polacos» fueron las últimas palabras de su padre.

Jamás pretendí, ni pretenderé lo contrario.

Aquí me quedo... ¿Podré sentir la alegría nuevamente? Hay quien se muere de sed y cuando el agua está cercana a sus labios, los labios no pueden aterirse inmovilizados ya por la agonía.

Te he contado mi historia: no, algo de ella solamente; antes de separarnos, tus ojos abiertos y aterrados me preguntaban cómo voy a vivir ahora.

No sé nada; no percibo del mundo más que mi propia miseria y la necesidad de cumplir mis deberes, que son las deudas de los arruinados como yo. Estoy en plena bancarrota moral y tengo que pagar mis deudas. Olvidarme de mí misma para pensar en los que me necesitan. Perdóname el dolor que te causé con mis confidencias; el

que has compartido conmigo acompañándome desde Suiza en ese luctuoso viaje para devolver a su tierra natal un cadáver, y pues no nos es dado estar cerca, que de lejos tu santa amistad me conforte.

DE MARÍA CRUZ A SOR MARÍA DE LA PAZ

Escribir, recordar, contar... ¡Imposible! Unas líneas de no sé qué infeliz poeta, caídas en mis manos, vayan a las tuyas, dichosa sierva de Jesús, a decirte cuanto decirte no puedo hoy; cosas de la tierra que hacen quizás ganar el cielo, pero que nublarían tu mirada, hecha a la diafanidad del horizonte que alcanzas a ver desde tu jardín conventual, sembrado de cándidas flores.

Dios le pague el interés cariñoso que me demuestras, y tenme presente en tus oraciones, lejana amiga de mi niñez.

«Te contesto esta vez; mas ¿qué decirte?
Me salvé del naufragio pavoroso,
pero la angustia del supremo instante
me oprime el corazón. Aún en mis labios
queda el sabor amargo de las olas
que me hinchaban el pecho, y aún mis ojos
sólo ven la catástrofe, y mi oído,
mi propia voz escucha solamente...
Envuelto en llamas en la mar hundióse
mi navío ideal, y aún de las aguas
y las llamas me cercan los furores.

Aún me estremezco en el terrible instante
de la agonía, y aunque vivo, vivo
dentro de una emoción para mí solo.»

DE MARÍA A DANIEL OLIVAR

¿No cree usted, maestro y amigo, que los defectos de una raza acentúanse y se desarrollan implacablemente, si por largo tiempo vive en condiciones contrarias a su naturaleza?

Poniendo trabas al desenvolvimiento físico del niño, las deformidades descompondrán las líneas armónicas de su cuerpo. Aprisionado el espíritu en el calabozo de la rutina y el sofisma, saldrá de su prisión ciego...

Perece la flor sin luz y sin aire; pierde su aptitud de orientación el ave enjaulada; caen los pueblos, atrofiado su instinto de conservación, que vegetan en el negro calabozo de la ignorancia, o bien, borrachos de inconsciente alegría, hacen pensar en el pájaro cogido en la campana neumática, que vive y goza delirante un momento, al que sigue la crispación de la muerte..

España es alegre y Polonia es triste. Tantos años entre los polacos me han hecho repulsivas ciertas manifestaciones de su tristeza nacional. ¡Ah!, pero no he de ocultar a usted que a veces la alegría de mi patria me dio tristeza. Recuerdo cierta corrida de toros en Madrid, a la que no mermó algazara y animación la noticia de nuestro trágico fin en Cuba y Filipinas... ¿Por qué hablo a usted de tal modo en este momento? ¡A usted, que desde hace cinco años no me ha escrito! Es que me sube a los labios el grito

de amor por la patria perdida. Es que me siento cual nunca débil, e instintivamente busco la fortaleza de usted. Ensombrecen mi hogar las telas negras de mi viudez. Vuelvo de dejar en un colegio de jesuítas, hundido en las nieves montañosas, a mis dos hijos, de nueve y once años, ya pensadores y patriotas, ansiosos de ser héroes, y me asaltan en la soledad de la casa vacía recuerdos, inquietudes, reflexiones discordes y dislacerantes...

Pasan ante mí, uno a uno, estos quince años de mi expatriación con todos, ¡todos!, sus días semejantes a la interminable fila de los acompañantes a un entierro...

Y de la comparación involuntaria entre la tierra en que nací y esta en que han de enterrarme, brota a veces, distrayendo mis ojos, la analogía, y de la disparidad de las causas veo surgir deslumbrante la síntesis de una verdad. ¡La síntesis! ¡Flor de tan lenta germinación que a las veces sembrada al comenzar la existencia, sólo en las postrimerías de ella nos abre su cáliz!

Las circunstancias trágicas de Polonia han perturbado muchas de sus facultades anímicas. El alma polaca, soñadora, nostálgica, viviendo desde hace más de cien años en condiciones que coartan su expansión y su vitalidad, cae en las lobregueces del mesianismo; la neurosis cunde entre la juventud, y tiemblo por mis hijos...

¿Cómo vive España hoy?

Desde lejos no puede percibirse si el latido de su corazón es de decrépito o de adulto vigoroso, y como las desgracias de aquí me predisponen al miedo, suelo preguntarme si la sana organización de mi patria no está cercana a un desequilibrio antitético al de Polonia, pero igualmente deplorable: el de la risa inconsciente, parecida al

cascabeleo del tirso que lleva en Carnaval, por esas calles de Dios, la locura...

¡Por favor, dígame usted algo, reverenciado maestro, de su vida, de sus obras, de su apostolado de la educación, único que ha de salvarnos! ¡Nadie me escribe! ¿Que mis cartas son monótonas, incoherentes? Sí; toda entera soy un compuesto de incoherencia y flaqueza que se mueve dentro de un vestido... muy negro... El dolor suele hacer hostias de las almas que purifica y consagra, y de los cuerpos espectros...

Escríbame usted y hábleme alguna vez de los niños, de mis niños españoles...

DE MARÍA A RAFAEL SOLARES

¡Hossana! El más fino de los novelistas andaluces, enterado por Daniel Olivar de que *vivo aún*, me envía un saludo...

Usted no sabe qué gratamente me ha sorprendido su recuerdo, amigo mío, y cómo en tropel han venido a aletear a las puertas de cristal de mi fantasía memorias y emociones del tiempo pasado... Del tiempo aquel en que yo rabiaba por vestirme de largo, deseosa de que tomaran en consideración mis desmedrados diez y seis añitos, y ya era usted el más castizo de los noveladores; el más castizo y el más gallardamente moreno.

Un saludo así, a secas, enviado por *agradable conducto*, como dicen los mejicanos, no es dádiva grande, ¿verdad? Pues para mí lo es, que estoy hambrienta de mi pan y mi agua; y esa migaja de recuerdo, esa chispa de simpatía, ha sido aliciente para desperezarme de una apatía invasora, y

muéveme a contar a usted cosas de aquí, que quizás le interesen y le hagan tomar la pluma diciéndome algo de sí mismo y de los demás. ¿Cuando termina usted su trilogía? ¡Qué asombroso de colorido y altura es el tomo primero! ¡Qué sobria y bella vive y sugestiona la castellana Isabel que se prepara al cerco de Granada! Aquel caballero de Villamayor me cautiva. Las férreas corazas de tales hombres eran como símbolo de sus caracteres: acerados, duros, pero no tanto que no pudieran ser traspasados por la punta de afilada lanza, o la más afilada de una flecha de amor... ¡Ah!, qué lejana se me aparece aquella España potente, y, sin embargo, ¡qué *nuestra* es!

Ha de saber usted que, desde hace más de un año, Polonia entera ocúpase y *preocúpase* de un libro.

Es una novela histórica, en tres tomos, del escritor Zieromski, en la que, con maestría de estilo jamás igualada, describe la Polonia de últimos del siglo XVIII y principios del XIX, cuando Napoleón, explotando el entusiasmo que inspiró a los polacos, reclutaba entre ellos sus legiones valientes, diezmadas a las puertas de Madrid, en los desfiladeros de Somosierra.

Zieromski trata con crudeza a sus compatriotas de aquellos tiempos, y exagerando la nota pesimista hace pasar ante el lector atónito aventureros y déspotas, hombres escépticos y cínicos, caracteres extraños, con la voluntad dislocada, que en masas enormes engrosan el ejército de Napoleón, pelean, mueren y... *ceniza*, sólo *ceniza* han dejado a su paso...

Este gran evocador, que, como Sienkievicz, sabe mover y dar dirección a las multitudes de sus obras; que al narrar las batallas comunica al lector el escalofrío del espanto; que

al describir el sitio de Zaragoza conmueve y asombra, pues se le siente identificado con aquella suprema rebeldía española y como enamorado de cada uno de los mil sublimes episodios de la lucha, no llega, sin embargo, a su grado máximo de artista cuando, entre cadáveres y humo, gritos de triunfo y de muerte, despliega su potencialidad creadora, sino cuando *pinta* la hosca Naturaleza invernal y hace vibrar el imperioso deseo de lo desconocido en los seres primitivos que vegetan en las estepas silenciosas.

La inspiración del novelista se afina y se perfecciona al describir el amor o, mejor dicho, el *enamoramiento* de sus personajes, que va haciéndoles pasar por los contradictorios estados de la melancolía a la alegría vehemente; de la duda tímida a la tristeza y el delirio.

Haciendo a menudo comparaciones entre mi pueblo y los pueblos anglosajones o eslavos, he observado ciertas afinidades de mentalidad y de carácter entre los españoles y los polacos, que pueden así definirse: tienen ellos defectos parecidos a los nuestros, pero virtudes diferentes.

Los franceses, que denominan a los polacos *les parisiens du Nord,* están en lo justo. Hay algo de meridional en el modo de ser de ellos; pero es algo superficial, exterior, adquirido desde la infancia con la lengua y la cultura francesas, con los viajes a Italia y el conocimiento de la literatura clásica; el alma, donde echa sus raíces la voluntad, no se parece a la nuestra más que en algunos de sus defectos, repito, y todo su fondo insondable de afectos, aspiraciones, creencias e ideales nos es raramente comprensible.

Paréceme que las dos manifestaciones más sintéticas del individuo son su religión y sus amores.

«Dime *en qué* crees y *cómo amas*, para que yo pueda conocerte.»

Aplicado este axioma a los grandes pensadores de una nación, a sus poetas, a sus místicos, representantes de ella, descúbrese la infinita escala de las diferencias de raza, que, dando color propio a los pueblos, variedad a las costumbres, formas diversas a la cultura, ofrecen tan ancho campo a los estudios etnográficos puramente, y a los más complicados y atractivos de la psicología comparada.

El misticismo aquí es intelectual, filosófico; el nuestro es pasión, éxtasis, sacrificio. Santa Teresa sólo pudo nacer en España.

Nuestros arrebatos amorosos, la violencia de nuestros celos, el lirismo inherente a la expresión de nuestras más vivas afecciones, no son flores de estas latitudes, y a excepción del sentimiento patriótico (inspiración suprema de los artistas, himno sagrado en el alma de todo polaco), la fe religiosa y el amor exprésanse quedamente, con las menos palabras posibles, hasta diré con desprecio de las palabras, que el poeta Mickiewicz asegura que son «intérpretes mentidores de la idea», y alguien entre nosotros proclama «música del sentimiento».

El libro de Zieromski nos da, entre sus horripilantes escenas de batalla y algunas atrevidísimas de vértigo sensual, exquisiteces de sensibilidad amorosa, característica del estado de *enamoramiento* eslavo. *Enamoramiento* que nace con la sola aspiración de *ser adivinado*, y que en proceso sutil y lentísimo va pasando por las fases de la ternura, el deseo, el olvido o la unión creadora.

Es, al describir esas complejas situaciones psicológicas, el génesis misterioso del amor en la juventud, cuando los novelistas ahondan en el alma de sus compatriotas. Ellos como nadie saben dar a los sentimientos nacientes, vagos, la plasticidad de la quebradiza tela de araña rosada por el amanecer, y la delicadísima y adecuada expresión que nos hace presentir y *conocer cuanto es intangible.*

Hay en *Cenizas* (Popiole), en el capítulo que tiene por epígrafe «Siempre heroica», dos episodios que traduzco en parte para poner a usted en relación directa con el artista.

Palmo a palmo van tomando las tropas de Napoleón a Zaragoza, y luchas cruentas, cuerpo a cuerpo, marcan cada paso de los invasores. Cristóbal Cedro, héroe de la novela, logra penetrar con sus camaradas en un caserón nobiliario, defendido hasta la locura por los moradores. La fiebre de la guerra hace del joven un bárbaro que acomete y destruye cuanto halla. En los corredores, desiertos y lóbregos, un grupo de sacerdotes armados sale al encuentro de los asaltantes. Pelean desaforadamente los curas; uno de ellos encárase con Cedro, y tras breve combate cae miserablemente golpeado y herido por el húsar polaco, el cual, en un rapto de cobarde furor, atraviesa con la bayoneta el cuerpo, ya sin vida... Suenan tiros por todas partes; caen muchos cuerpos, y cuando dos de los sacerdotes (ancianos y heridos) retroceden, buscando refugio en el interior de la casa-fortaleza, dispara sobre ellos la soldadesca que llega de fuera, después de ganar con terrible esfuerzo los fosos de la calle de Santa Engracia y las barricadas.

Allí está la horda del pillaje y la destrucción buscando—husmeando lo más preciado del botín: vino y mujeres...

Echan abajo la puerta de una habitación del último piso, y hallan recluidas hasta una veintena de hembras de todas edades, las que, más muertas ya que vivas, miran acercarse a la turba de los profanadores. Estos, en un dos por tres, separan las jóvenes de las ancianas y eligen sus parejas...

Cedro se fija en una jovencilla, y sujeta con sus férreas manos ensangrentadas los brazos en actitud suplicante de la muchacha. Mira sus ojos aterrados, negros y límpidos cual lago sin fondo, y como si el terror creciente de ella se le comunicara, tiembla y palidece...

Son infernales las escenas que se desarrollan entre los soldados y sus víctimas...

Al darse cuenta de ellas, enigmático fulgor brilla en los ojos de Cedro, que de pronto arrastra tras sí a la joven, la cual, defendiéndose muerde las manos que la sujetan, y forcejeando penetran en una solitaria habitación inmediata.

Apenas pasado el umbral, deja libre Cedro a la joven; sonríe, la hace una cortés reverencia, diciendo «mademoiselle» como si pidiera perdón, y extasiado contempla sus ojos divinos...

Ella, anhelante, muda, blanca como una azucena inclínase a su vez ligeramente, y con lento paso, que denota su certeza de no ser perseguida por el legionista, atraviesa la sala desierta y desaparece...

Entonces él da unos pasos maquinalmente, y deslumbrado, conmovido, no es en tal instante el hombre atraído por la mujer, sino espíritu incorpóreo que ansia solo la contemplación eterna de la belleza.

....

Las hordas de los invasores continúan a sangre y fuego su obra. Cedro vuelve a ser lo que son en la guerra los valientes: fieras humanas; pero el recuerdo de la joven le persigue.

—Quisiera—se dice a sí mismo—saber si existe... Ni hablarla... Ni verla... Sólo saber que existe necesito para sentirme feliz.

Al amanecer de aquel día los franceses apodéranse de un convento de franciscanos, desde el cual asaltan el inmediato de monjas. Cuando Cedro penetra en él encuéntrase con su compatriota el oficial Wyganowski, un irónico que condena la guerra y la ceguedad de sus paisanos que sirven en el ejército francés creyendo que Napoleón va a libertar a Polonia, un idealista que disfraza con cinismo sus humanitarios sentimientos.

Recorren juntos los claustros, las celdas devastadas, cayéndose de fatiga Cedro, filosofando el oficial:

—Mira—dice éste—: voy a enseñarte algo curioso, algo que va a hacer palpitar tu corazoncito imperturbable de guerrero...

Y penetran en una celda, sobre cuyo lecho pobrísimo yace una monja muerta.

—La perseguían nuestros bárbaros en esa encrucijada. Pudo por milagro desasirse, entró aquí, y cuando echaron abajo la puerta y fueron a apoderarse de su presa los invictos soldados de Napoleón ocurrió que... Ya ves, un inconveniente insignificante... Agonizaba, traspasado el corazón por ese cuchillo, que ella misma clavó en su pecho. ¿Lo ves? Aún la sangre brota de la herida.

—¡Pobre joven, qué hermosa y qué santa es!

—Me han dejado con mi compañía de guardia en este claustro, y en tanto que mis soldados profanan la iglesia bebiendo en los cálices del altar el vino sacado de las cuevas de los franciscanos, yo guardo este cadáver.

Te digo que fué un detalle inesperado para los invictos la resolución de esta monja. Ocurrió con ella como con Zaragoza, igual. Ya está vencida, ya se rinde, ya está en nuestras manos, y ¿qué hallamos? ¡Un cadáver! Apodérense de él los lobos vencedores, destrócenlo, devórenlo, y que de salud sirva.

Extraordinariamente pálido, el oficial acercóse a la muerta y, sin dominar una gran emoción, dijo casi sin voz:

—¡Oh! religiosa infortunada. Tu país debía dar tu nombre a esta ciudad, a esta tierra toda. Si yo pudiera haría que los ejércitos desfilaran ante tu cadáver, desplegadas en tu honor las banderas.

Cedro, que se dormía de pie, preguntó:

—¿Puedo echarme aquí?

Wyganowski, con gesto desdeñoso y colérico, empujó al soldado hacia la celda contigua, cuya puerta estaba entreabierta, y desenvainando su espada presentó armas al cadáver.

Cedro, tirado en el suelo, roncaba un instante después, y el oficial, con sonrisa amarga, velaba junto a él oyendo el lento tiroteo de los zaragozanos, que quemaban sus últimos cartuchos.

....

Estos dos cuadritos episódicos, que pierden, naturalmente, todo su valor intrínseco al ser

desengranados de la obra, tienen para mí singular encanto. Veo algo del alma española en ellos, y me hacen la impresión de florecillas que brotaron en nuestro suelo bajo la planta del caballo de Atila...

Zieromski es el escritor más discutido hoy en Polonia. Su libro, vendido por millares, es leído con avidez, y hasta las más humildes clases sociales reciben, con la obra del artista, ese impulso hacia la belleza y la libertad que es el mejor aliciente del progreso individual y colectivo.

Termine usted su *Trilogía,* mi compatriota inolvidable, para que yo no envidie el triunfo de los escritores extranjeros. El de usted será muy grande y va a darme orgullo y alegría.

DE MARÍA A RAFAEL SOLARES

Mi protocolo hispano-polaco ha tenido el don de avivar la memoria perezosilla de mi buen amigo, y su carta, exactamente de dos carillas y media, pero—hagamos justicia—de letra menuda, me ha regocijado vivamente. ¿Que le interesan a usted estas gentes y le ha entusiasmado Zieromski? Pues le diré de ellas y de ese escritor cuanto apetezca. Pero si me pregunta usted por Raymont, el asombroso novelista autor de *Chlopi,* la epopeya de los aldeanos, autor de unas maravillosas páginas sobre España, le responderé hasta con elocuencia, pues es Raymont mi autor predilecto. ¿Cómo no, si su genio al hablar de España vibra entusiasta y halagador para nosotros cual ninguno?

Que ha leído usted mi carta a varios amigos, ¡oh, dulce indiscreción!, entre los que se hallaba Carlos de Vargas, y que éste, sin soltar mis plieguecillos de las manos (manos

impacientes de uñas aristocráticas, ¿verdad?), preguntó por mí *con grande interés, con vivísima simpatía.*

¡Qué sorpresa! A ése sí que no le remorderá la conciencia de haberme escrito una línea. Es verdad que sólo nos hemos visto dos veces, y mediando entre la primera y la segunda doce añitos. Pero lo que agrava su situación y hace inexplicable ese *interés* de ahora es que le he escrito dos veces, ¡dos!, el año pasado, y me dió la callada por respuesta.

Lo hallé en Vichy el último día de mi estancia en aquel balneario y me regocijé tanto al verlo y tan sinceramente se lo dije, que debió desagradarle mi espontaneidad a juzgar por la fría corrección de su acogida. Hablamos de todo y de todos, pero especialmente de España. Yo, con la avidez de quien ansía acumular tesoros y tiene contados los minutos para hacerlo; él, con la olímpica serenidad de quien, poseyéndolos todos, desconoce y desdeña el apresuramiento de los necesitados.

No le hallé muy cambiado desde la única vez que le viera, doce años antes, y como entonces, eché de ver que mi insignificante persona no le hacía pizca de gracia. Pero, ¡oh, inconsecuencia femenil!, de regreso en mis lares le disparé una epístola que *su irreprochabilidad* no contestó. Ascendió meses después del sillón ministerial *al alto asiento*, y allá fué otra, que debió perderse en el fárrago de felicitaciones a su flamante excelencia. ¡Y usted me viene ahora con el notición de que el ingrato me recuerda con simpatía!

Aunque sé mucho de la vida pública de Carlos de Vargas, no sé *nada de él*, ni sé cómo *él es.* Su talento (que la infame política arrebató a la literatura) dicen que es el pilar de su maltrecho partido, pero yo no entiendo de eso; y si, a pesar

de su descortesía, pienso en el gran hombre, es porque me interesa su tipo moral, *his style,* la leyenda de su vida de estudiante poeta. Quizás, quizás sus fríos ojos de propósitos fríos y su empaque de gran señor del Renacimiento, protector de artistas, a los que desprecia y aplaude, pero teniéndolos a respetuosa distancia...

¿Que juzgo mal a su amigo me replica usted? Acaso. Ayúdeme a conocerle, muéstremelo tal cual es; pero ante todo, ¡por Dios y los Santos!, salga usted del atolladero de ese segundo tomo, y que Felipe II nos subyugue antes de caer en las lobregueces místicas de El Escorial. Piense usted que cada día en esa actitud de autocrítica desflora la inspiración, amengua los bríos inconscientes, que son los creadores. Saber... Saber... La sabiduría sola no ha hecho nada jamás...

¿Que si canto aún me pregunta usted? Hace un siglo que no abro el piano y ni siquiera sé si tengo voz o la he perdido. ¿Para qué la necesito yo? ¿Para cantarme a mí misma las mentiras de la ilusión y del amor, o las exequias de la esperanza?

Escríbame usted al recordar mi devoción afectuosa.

P. D.—¡Ah!, si no me comunica usted pronto noticias de Vargas, capaz seré de enviarle una tercera epístola dándole gracias por la elocuente contestación a mis dos anteriores, y un curso abreviado sobre el tema-embrollo psicológico que *voici:*

«El silencio descortés, manifestación inequívoca de simpatía.»

Me río sola, mi buen amigo, y me alegro de reírme...

Dicen aquí todos que no recuerdan cuándo me vieron reír la última vez...

DE MARÍA A MADAME GABRIELLE CAPISTOU

Hace frío aún, pero los árboles tienen ya brotes de verde amarillento y el fino césped de los *squars* extiéndese como flexibles sedas mojadas en las pálidas verdosidades de aguas marinas. En el alero de la ventana de mi cuarto ha venido a anidar una pareja de golondrinas.

Dicen que es buena sombra.

Los días se prolongan como para que quepa en ellos más melancolía, para que se alarguen con ellos las tristezas.

¡15 de mayo! ¿Desde cuándo no he pasado este día de fiesta y bullanga en Madrid, mi dulce amiga? Ya no me acuerdo. Hace siglos; pero la delicada atención de usted me ha consolado.

Recordó usted desde su hermosa Hendaya que hoy es mi santo, y traspuso la frontera en busca de exuberantes rosas españolas que me envía.

Dios se lo pague. Al abrir la caja en la que hicieron el largo viaje me acometió súbito miedo: ¿llegarían mustias, muertas, y los mil cadáveres de sus pétalos caerían helados en mis manos con un vago perfume póstumo?

Correspondiendo a la terneza de usted, los días y las noches se apiadaron de mí y de las rosas, nacidas en un claustro divinamente bello de Fuenterrabía, y descansan del viaje y del terror que les causó pasar por las manos fieras de soldados y aduaneros moscovitas, aquí, junto a mí, en búcaro tornasolado. Su aroma es aire de mi tierra; sus

encendidos tonos son los del sol cuando baja a los surcos de las eras recién labradas.

Esta noche, acaso la última de su efímera vida, la pasarán en mi altarcito de la Virgen del Rosario, la morena Virgen de Murillo, que acalla con su mirada profunda y conforta con su sonrisa indulgente.

El día avanza. Amigos y familiares vienen a mí ansiosos de que haya un día—al menos uno al año—que me sea *español* por las muchas flores, por la viva luz, por el ambiente expansivo y alegre que desean crear en torno mío.

Ela, la más espiritual de las polacas, llega con nardos. Los adoro, y los necesitaba en el abrasador estío de Madrid, como el borracho el vino.

Estos, más frágiles que aquéllos, tienen diafanidades azuladas de caritas de ángeles muertos; sus flores semejan copos de nieve recién caída, y para olvidar esa semejanza cierro los ojos al aspirar su perfume suave, reminiscencia del embriagador de los opulentos nardos madrileños.

Román, el gran político adorador de España, ha puesto en su canastillo de espléndidas rosas un lazo con los colores de la bandera española. Amarillos y rojos son los claveles que me entregó Marjan. Zygmunt, el patriota tan inmenso de bondad como de cortesía, me habla de mis poetas, y Jozio, casi mi hermano, me ha sorprendido tocando al piano una melodía gallega, la más evocadora y tierna de todas:

«Buscan os pitos reises
pra facer niño,
herba santa que nace

veira dos ríos.
Eu busco solo
una mirada meiga
de eses teus olhos.»

Día español es éste, ¿verdad, mi amiga?

Como que estoy oyendo los chillidos y las risas de los alborozados concurrentes a la romería del santo patrón de Madrid, a la que jamás he ido, pues me encocoran las fiestas populares en las ciudades. Pero me ha tomado por su cuenta un oblicuo rayo de sol, y guiada por él me voy derechita a la pradera...

Ensordecen los pitos y los pregones, el polvo ahoga y las campanas de la capillita del Santo suenan, suenan llamando a la oración...

Sobre Madrid, envuelto en neblinas rosadas, cae el anochecer lentamente...

Consérveme usted en su gracia, señora.

DE MARÍA A CARLOS DE VARGAS

Sí, sí, amigo y señor, muy extraño me pareció el «vivo interés», tras el *muerto* silencio, y a no ser por las líneas de usted—límpidas aristas de mármol que saltaron de la honda contera al golpe de piqueta de mi *tercera* epístola—, hubiera creído que el «interés» y «la simpatía» de que me habló Solares habían sido imaginaciones de nuestro continuamente distraído novelista.

«La he recordado a usted siempre, y su carta a Solares hasta creo que me emocionó.»

¡ Ah!, esa rotunda afirmación seguida de la duda, puesta como de intento para atenuar los contornos *demasiado concretos* de la afirmación, y que—hablando poéticamente—me parece una niebla prendida a potente almena, da alas a mi atrevimiento, que va hacia usted.

Temo que sean alas de avispa...

Para mí, impulsiva, vehemente, aunque muy mitigada por el medio esquivo en que me hallo, no es comprensible la simpatía sordomuda o paralítica de nacimiento. ¿Qué diría usted de un sentimiento que no necesitara ni ver ni comunicarse con la persona que lo inspira?

Caso tal encantaría a estos espíritus complejos y nebulosos del Norte, que ponen toda su admiración en las contorsiones del alma, a las que dan el pomposo apelativo de «enigmático estado de nuestro yo».

Mi yo—lo confieso vergonzosa—no entiende de esas alambicadas sutilezas, y halla que la simpatía, el interés, el afecto, son expansivos *o no son nada.*

Cuando el recuerdo, la amistad, nacen y no dan *señales de vida*, me parecen infelices paralíticos, recién nacidos, muertos ya... ¿Frunce usted el ceño? Pues retiro la grotesca definición, pero permítame usted sustituirla así: Hay almas perezosas, en las que la simpatía está hecha de *inactividad...*

Perdone usted, mi ilustre amigo, esta enojosa peroración, que no borro para que me vea en seguida tal como soy, o como las circunstancias me han hecho: fastidiosa, rara, exigente, *discurridora,* ¡qué horror!, pero agradecida como

perro abandonado a quien le echan mendrugos. No lo son ciertamente las frases de usted, que me han sabido a candeal delicioso, y por ellas le quedo muy reconocida.

DE MARÍA A CARLOS

«¿Qué sabe usted de la actividad o inactividad afectivas? Oyéndola definir y sentenciar, me recuerda usted ciertas mujeres de Ibsen, analizadoras y frías... Y usted no es así, mi dulce durmiente en el bosque.»

Verá usted, vamos por partes.

Que sé algo de la actividad o inactividad de los afectos no es difícil de probar si pongo ante sus ojos mi fe de bautismo.

Quien ha traspasado *il mezzo del camin de nostra vita,* soñó, amó, fué traicionada, asistió a muchos dramas, presintió otros, fué víctima de uno y lloró en su patria y fuera de ella, ha tenido que enterarse de eso y de muchísimas cosas más de la vida y... de la muerte. La comparación con las mujeres de Ibsen no me ha hecho gracia ninguna, ante todo porque el famoso autor me enfada y sus personajes me fastidian; pero algunas frases de la carta de usted me han agradado, y el tono de toda ella me ha gustado mucho.

«Escríbame usted, soy curioso y me interesa ir descubriendo una almita nueva.»

No puede decirse que sea muy halagadora para mí tal curiosidad de *connaisseur*, pero, ¡si seré contentadiza aunque no lo parezco!, esa frase me ha dado un alegrón y un deseo tan grande de complacer al *inactivo* curioso, que me estaría el día entero y toda la noche—que empalma sus

sombras a las lobregueces del día—escribiendo... escribiendo...

¡Ah!, pero al deseo de complacerle se enroscaría un afán ambicioso: el afán de leer las bellas displicencias de un compatriota mío que sabe decirlas maravillosamente.

Y al mismo tiempo me acomete un miedo cerval de importunar a usted, de que se me espante y tienda el vuelo para no volver, esa bandada de frasecitas amables que inesperadamente vienen a mí, y... termino...

Téngame usted, si puede, en su gracia.

DE MARÍA A CARLOS

«En sus cartitas—a las que voy aficionándome mucho—se me aparece usted como un esgrimidor que desconoce el juego de su contrario y está doblemente en guardia. Deponga usted esa actitud que no merezco. Venga a mí con su nativa espontaneidad encantadora, y verá cómo yo adusto, duro, metido en triple cota de malla para resguardar el corazón, voy amansándome al acercarme a usted. A usted, que estando tan lejos me parece a veces tener aquí a mi lado... cercana.»

Nunca creí que las palabras escritas tuvieran el poder de resucitar y consolar simultáneamente. Al leer ésas, en la profundidad de mi alma encendióse de súbito una lucecita apagada: una alegría... Quisiera explicarme mejor... No una alegría concreta, como nos viene de las cosas reales, sino la *alegría.* ¿Está claro?

Iré a usted, ya que me da graciosamente acceso a su intimidad, tal y como soy: una insignificante criatura apenada y sola. Al traspasar el umbral de su puerta

quedarán fuera mis recelos, mi «actitud de esgrimidor que desconoce el juego de su contrario». Borremos ese áspero «contrario, ese equívoco «juego», y apresúrese usted, mi amigo, a decirme *quién es y cómo es.*

Yo no conozco a usted y ardo en deseos de conocerle. ¿Qué se oculta tras su gloria de orador, su probidad de político, su imperturbabilidad, que adivino misericordiosa?

¿Qué hay de verdad en las leyendas de su juventud que hablan del galán profanador de un cementerio, de una huída a tierras extrañas para esquivar a una enamorada que va tras el ingrato y se envenena a sus pies? ¿Qué de la destrucción inexplicable de un poema que al pasar manuscrito por las aulas de la Universidad hizo famoso al imberbe poeta?

¿Es cierto que de las barricadas revolucionarias, donde cayera mortalmente herido, fué sacado y socorrido por *mandato soberano* el joven tribuno?

¿Por qué al prestigio de una vida inmaculada va unida la sombra de no sé qué tragedias íntimas, algo así como un *ananké* tremendo?

¿Me cierra usted la puerta que pretendo violentar para descubrir el santuario?

Hágalo, pero proseguiré golpeándola queriendo entrar, ver y saber...

¿Por qué no contestó usted a mis cartas?

¿Por qué lleva usted en triple cota resguardado su corazón? ¿Por qué?...

Le veo a usted pasar de la impaciencia benévola al franco enojo, y aterrada me hago atrás...

El mal es irremediable... Invoco como causa atenuante estas sus dulces palabras: «Venga usted a mí con su nativa espontaneidad.»

DE MARÍA A CARLOS

Un mes sin recibir noticias suyas.

Un mes tiene muchos, muchísimos más días que los que marca el calendario si los cuenta la impaciencia, el desasosiego...

Ya suponía yo que había usted de castigarme con el silencio.

DE CARLOS DE VARGAS A MARÍA

Es usted tan mujer, tan *terriblemente* mujer, que por su excesiva feminidad me hace gracia.

Deseche usted esa mala idea de castigo, porque me duele, y de seguro se le ha clavado a usted como un alfiler en carne viva, y sepa que no contesté a la preguntona por estar demasiado preocupado de ella. Sus golpes en mi puerta—me solaza el modo metafórico de usted por ingenuo y como de fábulas para parvulillos—dieron un resultado contrario al que pudiera tenerse por lógico. En vez de taparme los oídos y escapar, me hicieron detenerme y volver la cabeza hacia la personita que de modo tan insistente quería penetrar en la morada ajena. Y vea usted, cara amiga, a qué conduce su turbulencia: en vez de contestarla hablándola de mí, quiero hablar de usted, y en lugar de mostrarle mi corazón me voy resuelto en busca del suyo.

Por lo que sé de su vida, por lo que adivino de ella, siento hacia usted una conmiseración muy grande: de su *actividad* juzgará usted si la digo que deseo serle ayuda y consuelo.

He pensado en mi vida y en la de usted, y mi *imperturbabilidad* vaciló un segundo.

Yo he merecido todo lo malo que se me vino encima. Usted no, pobre mujer creyente y confiada.

Olvide usted las leyendas de mi juventud y no se preocupe de mi *ananke* terrorífico. La tragedia de mi existencia es la común a todos los hombres que aman la vida por la vida, desprecian la plebe humana que intentan *tout de même* ennoblecer y glorificar, y son enterrados al fin, los labios y los ojos muy abiertos, hastiados de mentiras y amoríos, pero hambrientos de verdad y de amor.

Tienen tales personajes como epitafio el olvido que merecieron por majaderos, y... dejemos a los muertos y volvamos a la vida, a usted, mi pobre preguntona. Hábleme extensamente de sí misma y querámonos mucho, querámonos bien.

DE MARÍA A CARLOS

Sus últimas palabras me zumban en mis oídos y revolotean ante mis ojos—transformadas por no sé qué inconcebible misterio de imaginación— en mariposas irisadas... «Querámonos mucho, querámonos bien.» ¿Es esto posible? Acaso les doy una importancia que no tienen. Es probable que salieron de su pluma sin que usted se diera cuenta de ello... Inadvertidamente... No me importa; ellas me han hecho bien y a ellas me acojo.

Cae la tarde de un sereno día canicular, que estremecen ya las ráfagas frías del otoño temible.

Vuelvo a dar un paseo por la inmensa selva lejana con mis hijos, que pasan conmigo las vacaciones en el viejo solar de sus antepasados. He hablado mucho con ellos, los he oído atentamente y a menudo me he vuelto hacia usted, creyéndole entre nosotros, para ver la impresión que le causaba la charla de mis chicos, y para mirar a usted sonriéndome...

Es rara la diferencia de caracteres entre estos dos niños. Ambos son rubios, pero los ojos de Yerzyk, negros, reconcentrados, me inquietan a veces por atrevidos y tercos. Ellos me dicen que la voluntad será férrea, el querer despótico, y que, elegido el camino, Yerzyk antes morirá que retroceder... Pero ¿cuál será el camino que elija?

Zygmunt es dulce, delicado de salud, impresionable, y sus límpidos ojos azules, vueltos siempre hacia mí, me necesitan constantemente. Su precocidad de comprensión me asusta, su intuición me apena.

Hoy el mayor me decía.

—Yo no creo, como nos cuentan los padres jesuítas del Colegio, que hayamos merecido los polacos esta horrible situación, ni que con oraciones y perseverancias lograremos echar a los enemigos de nuestro territorio... Por la fuerza, con armas y sangre sí lo haremos y no dejaremos uno solo de esos perros rabiosos... Hay que exterminarlos... Hay que morir y matar execrándolos...

El pequeño, apretándose contra mí, las manitas nerviosamente agarradas a las mías, repuso mirando al cielo:

—Ya están ahí las primeras estrellas de la tarde, ¿sabes? Yo hablo con ellas y con todas las que en seguida vendrán. Son las legiones blancas de Dios que guían a los hombres... Yo quiero ser estrella.

— ¡Necio! -respondió despreciativo Yerzyk—. Yo quiero ser hombre.

¿Ve usted los perfiles característicos de estas dos criaturas de once y nueve años? El alma de la raza polaca se ha repartido entre ambos haciéndolos incompletos. Faltará al mayor la sensibilidad que hace magnánimo el triunfo; carecerá su hermano de la resistencia vital, rodela en los combates de la vida...

Yerzyk sabrá vencer a los demás y vencerse a sí mismo; el pobre pequeñín sabrá sólo amar y sufrir.

En mi fuero interno los denomino así: «el Señor», «el Poeta», y no sabe usted cómo me abruma a veces la suerte de estos infelices niños polacos estremecidos desde el nacer por el odio al enemigo que los cerca, penetrados por la tristeza del medio ambiente.

Me decía una vez el maestro Olivar, al hablarle de esto, que en tales condiciones se templan los caracteres, se afilan las aptitudes; se disciplina la nación para volver a su normalidad histórica. Sí, sí, los hombres que trabajan aquí por su patria son admirables, de serena fortaleza, de idealidad y fe. ¡Ah, si pudieran los niños llegar a ser hombres sin que nublara su infancia el miedo o el ansia de vengarse; el desaliento precoz o la exaltación que consume con prematura llama el cuerpo y el espíritu!

La tristeza de los niños, en general, me conmueve; la de los niños polacos me parece una de las más tremendas

injusticias del destino.

Suena la campana que nos congrega a la cena; cae la noche borrando las frondosidades del jardín y del parque, una de cuyas alamedas me oprime el corazón con un recuerdo imborrable...

Once noche.

No quiero acostarme sin comunicar a usted... ¡una tontería! Después de cenar he abierto el piano (no lo hacía desde tiempo inmemorial) y he canturreado a mis chicos sus alborozadas coplas aldeanas primero y después aires de mi tierra vasca.

«El Señor» y «el Poeta» se han ido sonriendo y de bonísimo humor a la cama, y yo estaría cantando aún si no fuera porque han tocado *queda* en este torreón, regido por leyes feudales.

Al oírme a mí misma una de las estrofas melancólicas, se me anudó la garganta y....

Me alegré que no estuviera usted presente, porque se ponen feísimas al llorar las mujeres, y porque es ridículo que una copla haga lloriquear a la mujer que debía imitar la fortaleza de la madre de los Gracos. Veo que no están los nervios en orden y hay que volver a echar la llave al piano y a la boca...

Buenas noches, mi amigo; escríbame usted y ábrame las puertas del santuario.

DE CARLOS A MARÍA

¡Hija mía, qué dulce impresión me ha dejado su carta! Ha suavizado mi tristeza fosca, me ha enternecido suavemente.

Al volver de las *idas y venidas* de un conciliábulo político, campo de arideces en el que, como malhechores, entre sí, se asaltan unas a otras las ambiciones encumbradas, una oleada del aire fresco de esos campos extranjeros me ha oreado las sienes, donde las canas me producen a veces un escozor de quemadura... No es extraño; son cenizas calientes.

Ocupo en este caserón—que no ha llegado a hogar porque no hay niños—el menor lugar posible y el más apartado. El que se necesita para un dormitorio chico, una biblioteca grande y un cuarto de baño confortable al extremo de un edificio inmenso. Esta «cueva del ogro»—como denomina mi consorte el lugar donde se confinó mi odiosa misantropía huyendo del perpetuo bullicio de la casa en fiesta—me ha parecido, al tener el plieguecillo suyo entre las manos, que abría sus muros por arte de encantamiento, y en vez de tropezarme con las parejas de imbéciles que valsean incansables, vi... La vi a usted, amiga querida, entre sus dos simpáticos chicuelos, agobiada de amor maternal. El único que no es guerra, aunque no es paz tampoco, sino grata inquietud constante. Y tuve envidia de usted (ya ve que abro el santuario—la cripta—con todas sus negruras) y me fuí tras usted oyéndola, aspirando en sus frases y en el aire ya casi otoñal frescuras nuevas, algo que no llega a los cautivos de la rutina social, a los que vegetamos, metido el corazón en triple cota de malla. Creí oír su voz amortiguada por la nostalgia, cantando las bellas melodías, y...

¡No puedo continuar! ¡Me irrita y hace saltar la pluma en mi mano el musiqueo que llega aquí desde los salones! Usted ignora que soy irascible y me urge hacérselo saber. Si usted dice «su irritabilidad» en lugar de «su imperturbabilidad» estará mucho más en lo cierto. Me siento hoy como gato al avecinarse la tormenta, pero no tema usted que me abalance a arañarla. Tratándose de usted—de usted sola—haré pata de terciopelo y mi mansedumbre será caricia.

Echo de ver que me la encuentro a usted a todas horas y en todas partes, como si estuviese usted metida en mi retina, y que siendo, como soy, un solitario por *afición y convicción* , su compañía constante no me irrita ni me molesta.

¿A que no podría usted decir lo mismo si fuera yo quien no la dejara a usted ni a sol ni a sombra?

Van a dar las tres de la madrugada, y cerradas las puertas, las persianas, los cortinajes de mi «cueva», penetran en ella las notas enervantes de un vals a la moda. No puedo más y voy a refugiarme en el sueño pasando antes por un «proyecto de reforma electoral», elaborado por el más sandio de mis correligionarios.

Mi amiga, vengan pronto sus palabras a acallar en mis oídos las notas agudas de este maldito vals...

DE MARÍA A CARLOS

Me parece que peca usted de ingrato al sospechar que su compañía había de cansarme, y de vanidoso creyéndose *el solo poseedor* de un don que no es raro: el de tener presente la persona querida que está a gran distancia.

Venga usted a verme; aproveche el resto del verano para dejar ese Madrid abrasador y descansar entre nosotros. ¡Con qué indecible alegría le haría a usted los honores de esta tierra! Venga usted a que nos conozcamos, a que charlemos mucho, a que nos conozcamos bien y nos unamos con amistad perpetua.

Cuando pienso que esta correspondencia que anima mi monótono vivir es algo tan frágil que una tontería de mi parte, o un momento de tedio por parte de usted, pueden interrumpir para siempre, se me oprime el corazón. Porque ha de saber, mi irritable amigo, que yo no necesito sus cartas, necesito su voz, su presencia. Ahora que conozco la «Cueva del Ogro» (¡qué inexacta denominación!), el retiro que tiene para mí algo de sagrado, me voy a él de continuo, y dándome el gustazo de nimios cuidados familiares mientras que el solitario está ocupado, pongo en orden sus libros, doblo los periódicos y dejo sobre la mesa, de modo que no estorbe los movimientos del que trabaja, flores frescas en primoroso búcaro de Gallé... Sólo que, como ignoro cuáles flores le gustan a mi amigo, alguna vez caeré en su desagrado.

Cuando él está de vuelta y se digna recibirme, allí me siento, enfrente de él, y le oigo encantada horas enteras... Y cuando le impacientan las notas de un vals cercano, pretendo distraerle con historias divertidas y varias de tierras remotas, de gentes extranjeras.

Carlos, ¿ve usted a lo que se expone por haber entreabierto la puertecita férrea del santuario que guarda allá en su fondo una gran tristeza, una desolación inconsolable?

Por lo que veo de él aviva mi ansia de descubrirlo enteramente, de saber cuáles fueron los iconoclastas de sus aras rotas, de distinguir las imágenes que se salvaron del desastre, y las que usted, con fervores de adoración, colocó en alguna.

Hábleme usted, ¡por Dios!, de su juventud tormentosa, de sus luchas, de su vida actual... Yo creí que su casa *era hogar* y que vivía usted dichoso en él... ¿Por qué no lo es usted? ¿Qué le falta?

Hábleme de todo con expansión fraternal. No sé por qué me figuro que había de hacer a usted bien contarme sus cosas. ¿Me equivoco? Es probable que sí, porque no son propias de los caracteres reconcentrados las confidencias, los abandonos a los que tan propensas somos nosotros las pobres criaturas débiles.

Mais tout de même, insisto... Todo lo que le rodea me interesa, todo lo que usted piensa me apasiona. Y esto no es de hoy, es de hace mucho tiempo, mucho. En mi adolescencia soñadora, mirando a la luna, he repetido versos suyos, los desgranados de aquel poema que usted quemó inédito, no sé por qué extraño motivo.

La frialdad, más bien indiferencia, que me demostró usted cuando nos encontramos hace trece años una noche de estreno en el Teatro Español (¿se acuerda usted?) no amenguó mi vivo interés hacia el esquivo, cuya vida pública he seguido, insaciable de su talento, secreta y ardientemente, ansiando su simpatía, que creí no alcanzar nunca... Y ahora...

Ahora que estamos en el buen camino de una firme amistad, séame usted sincero, déjese conocer y apreciar.

Sólo lo que nos es conocido es nuestro, y la pobre alma humana sólo de lo que hace suyo vive.

¿Por qué no contestó usted mis dos primeras cartas? ¿Por qué lleva usted el corazón resguardado en triple cota de malla?

DE CARLOS A MARÍA.

Para librarlo de ojos curiosos y resguardarlo del polvo de la calle.

DE MARÍA A CARLOS

Perdón, mi amigo. Otra vez castiga usted mi osadía con golpe certero..., Está usted en su derecho y no he de quejarme; diré sólo que la curiosidad no ha movido ni mi pensamiento ni mi pluma al ir hacia usted.

La curiosidad puede ser a veces una de las múltiples manifestaciones de la simpatía, pero ésta no es curiosidad nunca. Estoy horriblemente descontenta de mí y como paralizado el espíritu por una gran tristeza.

Dentro de poco mis hijos se reintegrarán al colegio, y sola entraré en mi casa de la inmensa ciudad nevada.

Ni el maestro Olivar, ni Rafael Solares, ni mis primos, únicas personas de mi familia que ahí tenía (y ahora están en América), vendrán a animar mi soledad hablándome de cuanto en mi patria amo.

Solamente Sor María de la Paz, desde su blanco convento de Fuenterrabía, me enviará de vez en cuando confortaciones espirituales, anatemas a la vida breve y miserable; oraciones sencillas con las que se impetra la

protección de la Virgen amorosa. Ellas me serán eficaces cual me lo han sido en todas las horas amargas.

Perdón aún y créame su afectísima.

DE CARLOS A MARÍA

Yo iré también a acompañar a usted en su duelo, no con oraciones infelizmente, sino con creciente cariño, y, sin embargo, acaso no vaya a endulzar, sino a conturbar su vida. La tragedia de mi existencia, el *ananke* fatídico, va usted a irlo conociendo por sí misma... Quizás va usted a compartir conmigo sus sombras...

Mi pobre sensitiva, sepa usted que yo he hecho llorar, he menospreciado, he dado muerte, a veces, a cuantos seres me amaron y amé...

En muchas ocasiones las circunstancias me forzaron a ser cruel, verdugo... En muchísimas más lo fui por invencible rebeldía interior, por súbita repugnancia de lo apetecido.. Por piedad, a veces, de un alma que con ciego impulso venía a enlodar su albor en la negra fatalidad de mi destino.

No asalté, pero robé, y fuerte en la esperanza lo fuí mucho más en el desprecio. Tuve el orgullo de no pretender y la harapienta flaqueza de no rechazar... Quien me amó me tuvo, tuve a quien amé, y aquella pobre criatura que fué a tierra extraña para matarse a mis pies, me maldijo al morir, y tuvo razón; su propia hermana me acompañaba en la huida. Pero no supo la muerta que a quien yo amaba era a ella...

Sólo una vez después me olvidé—o quise olvidar—que mis amores podrían marcarse con cruces negras. Que mi

desear frío y obstinado no era sentimiento, sino inquietud sentimental; que mi ansia de amor era incapacidad de amar, y que, inhábil para coordinar mi disparatado ser interior, lo único que me quedaba que hacer era meterme una bala en la sesera, sin maldecir a nadie, por supuesto. Si acaso, a mí mismo por indisciplinado, por imbécil y loco, perjudicial e inútil juntamente. Pero la existencia no es matemática, amiga mía, y en vez de desaparecer, atraído y subyugado por lo ilógico, me casé.

Y el destino descorrió de pronto el telón luctuoso de mi juventud, plantándome en el alegre escenario de este palacio en compañía, de una desequilibrada. A mi mujer no la he hecho llorar nunca; sólo a risa la ha movido mi pasión de los primeros tiempos, mis cuidados de enfermero después. Y ríe, ríe incansablemente desde hace once años. Interrúmpese a veces en un acceso de melancolía desesperada y agresiva. Evitando, retardando cuanto humanamente es posible tales crisis, su madre, sus parientes y los que explotan su alegría insensata, la llevan, la traen, la divierten, y de los trescientos sesenta y cinco días del año, doscientos se baila o se inventan jolgorios aquí, el resto en otras partes, y en todas ríe, ríe como un autómata hecho para lanzar carcajadas la alegre persona trágica.

De mí se acuerda sólo en las horas de crisis, cuando, seria y siniestra, se divierte clavando alfileres en el lomo de sus falderillos, ya que yo me resisto a servir de acerico de carne.

Y me aborrece implacable entonces, pero vuelve la risa y la normalidad se restablece. ¡La normalidad! ¿No le parece a usted que la maldición de aquella muerta fué oída en el departamento correspondiente?

A la política entregué los restos de mi voluntad desequilibrada, las dispersas energías y el corazón vacío. Ella coló astilla con astilla, me recompuso, hizo de todo un conjunto híbrido, pero resistente. Y soy uno de los *muchos* «elegidos de la patria» que no hacen nada por la salvación de la bien amada. ¿Por qué dice usted?

Conténtese con saber que soy uno de los *pocos* que no contribuyen a perderla.

¿Por qué no contesté a sus cartas? Creo que obedeciendo al mismo recóndito impulso (pudiera denominarse instinto de conservación) que me nubló por dentro y me hizo glacial por fuera al encontrarnos, hace casi catorce años, aquella noche del Español.

Estaba usted vestida de blanco, con un gran ramo de violetas en el pecho. Vi pasar por los ojos garzos el descontento de mi actitud... La bella mano despojada del guante estaba fría...

¿Que por qué llevo el corazón en triple cota de malla?

Por castigo y por miedo.

Al corazón que no perdió con la juventud sus alas de aventurero, hay que cerrarle todas las puertas y rendijas: hay que retenerlo por fuerza en su lugar... castigarlo...

He tenido miedo, además, de hacer sufrir nuevamente, de convencerme ¡una vez aún! que no doy la felicidad... un miedo ruin de no sentirla.

¡Basta!

Va usted a recibir estas líneas porque me contengo de leerlas: haciéndolo, las destrozaría probablemente.

Tengo la impresión en este momento que me tiro al mar de cabeza sin pensar ni en las olas ni en mí... Impulsivo, despreocupado, indolente.

¿Qué va usted a decirme ahora?

No me arroje usted de su lado.

DE MARÍA A CARLOS

Estoy desde hace cinco días que llegó su carta, sin poder escribirle, atormentada... Sí, atormentada por contradictorias sensaciones que no disminuyen de intensidad al pasar de las horas.

La impresión dominante que la carta de usted me causó fué... de miedo. Un miedo recóndito e irrazonado de usted, de su destino, creo que de nuestra amistad. De todo, y a mi miedo, se mezcló mucho de repulsión también.

Es usted un débil, amigo mío, y yo tengo el culto de los fuertes que saben vencer la tentación, que logran huirla si no pueden vencerla, y que no malgastan su vida en aventuras y amoríos sin ideal... Pero a la vez es usted desgraciado, y me he sorprendido—después de huir su recuerdo como si huyera de usted mismo—aproximándome a usted para decirle... lo que no puede decirse en momentos de turbación, y pasarle fraternalmente las manos por las sienes abrasadas y por los ojos secos y fríos que han debido llorar mucho.

Una inmensa gratitud me conmueve leyendo sus confidencias: los hombres como usted no las hacen sin esfuerzo grande, y yo sé lo que cuesta meterse en su propio corazón a rezar el rosario inacabable de las penas que duran...

Ahora, a medida que escribo, que converso con usted, mi miedo desaparece y hasta me dan ganas de reír de mi cobardía...

No me parece que las tragedias de su vida las haya causado una fatalidad inconmovible. Fuera de usted estaba la suprema armonía de Dios; pero dentro de usted un desordenado apetito de vida ha elaborado la negra miel de los amores nefastos. ¿Que precisamente la fatalidad proviene de que se es *como se es?*

Mi amigo, ¿y el libre albedrío? ¿Y la voluntad, que, disciplinada, es el más seguro freno de las pasiones?

No emana de usted la sombra; no es usted la desgracia. Todas las que sintió y causó son obra *suya*, Carlos. Quien busca el peligro perece en él. Usted se ha salvado y debe dar mil gracias a Dios de eso y de poder ser útil a su patria. Está usted en el puerto y la quietud interior que traen los años y las decepciones habrá venido, o se acerca a acallar ese alma turbulenta y rebelde.

¿Le punza a usted el recuerdo del dolor de propósito causado o no evitado por necesidad, por pereza?

¡Ah!, lo creo. El mal que hemos hecho es nuestra desventura mayor: podemos ser los más desdichados del mundo, pero no tenemos derecho a hacer desdichados a los que nos aman. Se puede—hasta se debe a veces—morir de dolor, pero estamos obligados a evitar el dolor de los que amamos.

Carlos, cuantas veces en sus horas de insomnio se acerque a usted la ensangrentada imagen de la que por amor de usted buscó la muerte, un sobresalto angustioso estremecerá su corazón, pobre amigo... Usted no sabe qué

piedad, qué infinito enternecimiento me inspiran las desconocidas mujeres que amaron a usted, que usted amó e hizo sufrir.

La suicida desventurada también a mí se aproxima y me persigue en ocasiones, demandando... no sé qué. Oraciones quizás que nadie reza por ella. ¿Sabe usted que anoche me quedé aterrada al entrar en mi cuarto a obscuras y distinguir una forma inconcreta, algo como un fantasma que allí me esperara?

Era la luz de la luna que se alzaba entre nubes... Me sobrecogió el recuerdo de la pobre muerta y recé por su alma, acaso en pena.

Pero al *ananke* de usted no le tengo ya miedo ninguno: primero, porque usted, hecho un hombre serio y formal, se ha librado de él para siempre, y luego porque aunque persistiera, no es a la amistad, sino al amor al que se ha extendido su influjo maléfico. No a las personas que de lejos han tenido relación con usted, sino a las que de muy cerca le han seguido.

Así, pues, retire usted sus palabras «acaso voy a conturbarla la vida» (que me sonaron a profecía luctuosa) y sustituyámoslas con estas de confianza risueña: «Querámonos mucho, querámonos bien.»

Ansío ser en la existencia de usted el reposo blando, la hora de calma que dilate en nuestro corazón gérmenes latentes de bondad y bienestar tranquilos.

Quisiera arrancar las espinas que aun quedan clavadas a su corazón, y curar las heridas con el bálsamo eficaz de una amistad que hoy florece, pero que existe hace ya trece años.

Y ha de saber usted, mi tétrico caballero, que no temo, no, que me envuelva en sus propias sombras, primero, porque no hay tales sombras, y luego, porque no va usted a crearlas de nuevo metiéndose en libros de caballería andante...

A través de la distancia que nos separa, vayan a encontrarse nuestras manos, que se estrechan, sosteniéndose, ayudándose en la soledad.

En prenda de firme alianza, ahí van las mías...

DE CARLOS A MARÍA

Las tomo y las beso reverente, creo que dejando en ellas —muy a pesar mío—una lágrima... La vocecita de mi dulce ausente tiene el don de desentenebrecer mi pensamiento y avivar mi sensibilidad.

Leyendo sus declaraciones tan naturalmente femeninas en lo del miedo, tan perfectas de confianza ahuyentadora del miedo, sentí que algo en mi pecho se derretía libertándome de un peso grande; algo así como un témpano que me oprimiera y que se deshiciera de pronto... Respiro ahora mejor. Aunque mi *discurridora* no está en lo cierto en todo lo que dice, acierta en muchas cosas, y me encanta y me alegra cuando proclama que «no emana de usted la sombra, no es usted la desgracia».

Esa certidumbre—que es acaso divina intuición—me alivia. Siempre creí que una maldición de los cielos pesaba sobre mí haciéndome execrable, y nadie quiso o nadie pudo intentar convencerme de lo contrario. Hasta mi propia madre me confirmó en mi terrible sino...

Usted dice que el maleficio no existió, que en todo caso ya estoy libre de él.

Acierte usted, ¡por Dios, María, y séame dada una vejez plácida y una callada muerte! Deseo que sea usted quien me cierre los ojos. En tanto, sí, querámonos mucho, querámonos bien. No sospeché nunca que una comunicación a distancia, *de alma a alma*, pudiera ahondar tanto en la mía. Estoy imantado hacia mi ausente, y si hago un alto en la pesada labor diaria, es para conversar con usted. Oyéndola, oxigenándome con el efluvio sutil que me traen sus palabras trabajo mejor y duermo bien, repitiéndolas mentalmente, como creyente una oración de paz...

Ayer, en el Congreso, durante una agria interpelación, me quedé en suspenso y dicen que palidecí... Me pareció que entraba usted en la tribuna, vestida de blanco, como la noche que nos conocimos. Y hoy mis enemigos murmuran que mi salud decae visiblemente, que hay que buscarme sustituto...

Me río y paso. No, me quedo en mi lugar, asistido de las malévolas miradas de mis adversarios, que serán capaces de descubrir en mi cerebro lesiones perturbadoras.

La crítica acerba, pero desapasionada, lógica, fría, suele parecer a los enclenques de voluntad o a los que padecen hipertrofias de honores y oro, anormalidad patológica.

Nunca me he sentido más fuerte que hoy, y ese momento de alucinación me satisface. Hay algo nuevo y hondo en mí que usted me ha hecho descubrir. Voy, guiado por usted, a sitios de fresca idealidad que no he conocido antes, y se acrecienta la dependencia de mi espíritu al suyo.

Quiero verla a usted. No, me explico mal. La veo a usted constantemente aquí, en todas partes, y su presencia me quita la ansiedad de buscarla.

Sintiéndola a usted cerca a todas horas, nuestra comunicación es sincera y sin trabas ni apremios de tiempo y lugar.

No despliego los labios, pero la idea íntegra de fuerza y sugestión va hacia usted y, en contacto nuestras almas, vibramos al unísono en la armónica serenidad del sentimiento...

Porque la tengo a usted no voy en su busca.

Cante usted, endulzándome las horas, sus canciones preferidas. Coloque usted suaves violetas en mi mesa y, sublime de ternura familiar, ordene usted estos libros, que yo devotamente besaré luego; y pues cae la tarde, sentémonos al balcón donde se enredan amarilleando los rosales, y juntos leamos un poeta, un poeta favorito de usted, Musset o nuestro Zorrilla.

DE MARÍA A CARLOS

Ni Musset ni Zorrilla. Leamos juntos otro de mis predilectos poetas: Carlos de Vargas.

¿Qué ha hecho usted de sus versos de la juventud? ¿Qué de los de después, si los ha escrito?

Nunca me he explicado que se ponga mordaza a la inspiración, que anule en sí mismo el artista la fuerza creadora que Dios puso en su alma. ¿Es que cuando el artista enmudece ha dejado de serlo? El dolor es la

inspiración del poeta. ¿Qué cataclismo es el que le sella los labios?

El silencio de los poetas—frecuentísimo en España cuando se meten en política—me ha sugerido frecuentemente reflexiones tristes.

Si el sufrimiento hiere y destroza las fibras sensibles, su silencio es glorioso; pero si cegando el manantial divino arrojó en él las hojarascas de la ambición, las piedras de su camino para hacer de ellas pedestal de su encumbramiento, el silencio es despreciable, y hace bien en interrumpirlo sólo de vez en cuando para lanzar un «sí» o un «no» desde los escaños del Congreso.

El poeta, el artista, es el tabernáculo del alma de la patria.

Todos los políticos anteriores o posteriores a Dante no hicieron por Italia lo que éste hizo con sus versos.

Los políticos malos—que abundan ahí—son siempre perjudiciales; los poetas, aun los *peores*, son inofensivos y a veces hasta útiles, pues en el amaneramiento o el extravío, difunden ideas, operan con partículas de belleza—oro entre barro—, y el oro es oro siempre, y la reacción del buen gusto, de lo bello integral, bien merece la pena de soportar un centenar de malos poetas o dos de artistas sin arte.

Yo sé que si usted enmudeció no ha sido para cegar con vanas hojarascas el manantial divino. Las luchas, las penas han corroído la sensibilidad que al vibrar canta. Acaso ha tenido usted el orgullo de enmudecer porque no era entendido... Pero el poeta vive, y ahora que cae la tarde y estamos en el balcón donde se enredan, amarilleando, los rosales, dígame usted sus versos de los lejanos días...

Adoro la poesía, y la de usted se me prendió al alma hace ya muchos años, en la adolescencia.

En un cuadernito que acompaña desde entonces, en el que copié versos románticos y oraciones, hay una hoja arrancada de no sé qué libro, pegada cuidadosamente y orlada con diminutas hojas de hiedra que aun conservan vago perfume campesino. Recuerdo que las cogí una mañana de mi niñez, -en los muros de la capilla de nuestra casa solariega, escondida en un ribazo de tierra avara, frente al mar.

Las puse en un libro, extendiéndolas entre seda para que no se arrugaran ni perdieran su verde jugoso, y las destiné a coronar la imagen blanca de una virgen que extendía sus manos sobre mi camita. Pero no llegué a hacerlo por miedo a profanar, tocándola, la divinidad de la imagen. Y años enteros guardé las hojitas en mi devocionario, hasta que un día se me ocurrió orlar con ellas una página de versos que me impresionaron. Mis quince años tímidos y taciturnos coronaron de ese modo al poeta desconocido, pero no presintieron nada... Acaso sí. ¡Cuántas acciones inconscientes de nuestra infancia o de nuestra juventud nos son más tarde una prueba de que íbamos orientados al bien, de que traíamos, al nacer, la facultad de ver el camino, borrado después por no sé qué enemigos ocultos que amontonan nieblas ante nuestros ojos y nos desnortean con el misterio de voces lejanas, que en discorde coro solicitan llevarnos por sendas distintas; voces contradictorias que nos aturden, nos extravían y nos pierden.

«¿Qué he querido? Escucha: que te acompañara
mi recuerdo siempre,

que me lo dijeras, que me lo callaras,
dando al alma el goce de lo que presiente.
Que me acompañara tu espíritu libre
en las playas solas que el sol enrojece,
y en ellas dejaran nuestras vidas tristes
las huellas azules, de sombras que ascienden.
Que se cobijaran nuestras almas juntas
en el blanco palio de la luna llena,
del mundo olvidados, de la tierra ausentes...
Y que al encontrarnos en día lejano
rendidos los cuerpos, las almas solemnes,
me miren tus ojos,
tus blancos cabellos mis ojos recreen,
y con el silencio de una despedida
y el del bien hallado que ya no se pierde,
tu mano temblando se pose en mis manos
y, trémulos, rocen mis labios tu frente...
¿Qué he querido? ¡Nada! Lo que el triste ciego,
lo que el ave quiere,
que el espacio busca
y volar no puede.
Lo que el negro humo
que a la altura sube,
cercano a los cielos
perderse en los pliegues

de argentada nube.»

Esos son los versos que guardo religiosamente. Me impresionaron con su melancolía difusa y delicada, casi de alma de mujer. Hoy, al releerlos, he descubierto *lo que son* y *lo que dicen.* Son el amor quejándose al cielo inconmovible... Dicen... lo que amarguísimamente nos repetimos todos: ¡qué angustia la del vivir!

Y me quedé triste, muy triste, pensando en usted y en *ella...* Mi amigo, ¿quién era ella?

Para ahuyentar mi *spleen* me refugié en su carta, y cada renglón, cada frase daba a mi espíritu un contento... ¿Cómo definirlo? El contento de sentir, algo extraño que no recuerdo haber experimentado antes. Y decidida, alegre casi (las mujeres nerviosas somos una calamidad en esto de pasar de las lágrimas a la risa), abrí el piano y agoté el repertorio de nuestros cantos populares, de las baladas olvidadas... Mi voz resonaba en la casa vacía cual canto de «aleluya» en un cementerio.

Me sobrecogió de pronto miedo, no sé de qué... de la sombra crepuscular que invadía el salón, del ruido de mi propio traje... creo que *de aquella muerta de usted* que venía en mi busca..

Me levanté para alejarme, pero a mi lado distinguí a mi amigo escuchándome con sonrisa de complacencia y mirada benévola y honda. Me senté de nuevo y canté, canté. Le canté a usted de nuevo todas mis canciones predilectas, imaginándome que coincidimos y que también lo son suyas. ¿No está usted fatigado?

Me he interrumpido para recibir una visita de familia y una invitación a la ópera. No gusto de los teatros aquí, a los que asisto raramente, y oír cantar las óperas en polaco me crispa los nervios. Pero dan *Carmen* esta noche, y me dejo llevar al inmenso teatro, donde el lujo de las damas hace más visible su falta de elegancia. ¿Ve usted a qué disipación de costumbres me lanzo al recibir sus efusivas palabras? ¡Por Dios! que no se hagan esperar las que espero, y... deme usted el brazo para entrar en el palco donde vamos a oír *juntos* la partitura francesa, con sus alegres mentiras de aires españoles. ¡Ah! Una palabra todavía. Aturdida hoy por mi buen humor, se me olvidaba como ocurría antes, por no tenerlo nada bueno, pedir a usted su retrato, que deseo vivamente, que *necesito.* Envíemelo pronto... pronto... en seguida...

DE MARÍA A CARLOS

Es usted el mejor de los amigos y el más elocuente de los ministros españoles. Pido un retrato y me envía usted dos... Esperaba una carta, y dos llegan, extensas, vibrantes, bellas, que son tanto más de agradecer cuanto que la primera está escrita entre apremiante conferencia y conciliábulos políticos, y la segunda, horas después, cuando «cae» sobre usted el peso de una cartera ministerial. ¿Cree mi amigo que pues él no se alegra, al menos me alegro yo, del fausto suceso? Ni pensarlo. Un egoísmo rapaz, fiero, se ha apoderado de mí haciéndome olvidar la patria, su provecho, todo, menos mi necesidad de recibir sus cartas, y mi temor de que las nuevas ocupaciones y preocupaciones de usted le hagan descuidar o interrumpir esta comunicación bienhechora. Aborrezco la política... me irritan esas crisis frecuentes... detesto... Me parece

ridículo... ¿Ve usted lo insufrible que soy? Gracias a Dios que para calmarme tengo aquí sus retratos, que me miran.

Es usted admirable de previsión anticipándose a mi deseo de tener una fotografía de su biblioteca; de tenerle a usted en ella, ante la mesa de trabajo, en cuyo ángulo de la derecha hay un búcaro con violetas que «pusieron mis manos movidas por usted».

El busto es perfecto de parecido, pero los ojos reavivan mi impresión del día primero que nos vimos y la de nuestro encuentro hace un año.

Descoloreando las negras pupilas, pasa la acerada luz de la mirada punzante, que indaga y rehuye, que desconcierta y atrae...

Usted mira a veces de otro modo... Hay algunos párrafos en sus cartas—en la llegada hoy sobre todo—que me han hecho *sentir* su mirada, franca y buena.

Hallo que en ese retrato semeja usted un poco al recio Duque de Toscana, que en nuestro Museo del Prado mira con altivez al visitante, y ostenta en el dedo anular de la mano, fuerte, segura en el golpe, un anillo de mujer, enigma de amor... Acaso de amor y fortuna...

Me pide usted permiso para escribirme sin recibir mis cartas. ¿Cómo negárselo?

Su petición me alboroza y me fortalece.

«María, mi hermana, mi doble yo, te necesito... y te llamo...

Mi cordura, que es escepticismo, se ennoblece con tu recuerdo. En este jadeante luchar de los burros sabios con los lobos, mi brutalidad se hace emoción al volverme a ti.

Eres, ¡perdón!, es usted la maga que resucita, lo fenecido, la iniciadora a una vida grata. No sé qué me ocurre.

Vuelto de todos los países, del cielo y del infierno; desterrado de toda alegría, esperando con fría impaciencia el momento de la verdad única—la muerte—, le nacen alas a mi corazón para ir hacia usted, abierto y conmovido en un compendio de ternuras, que son las primeras así...

Que son las últimas...

Déjeme usted que le escriba mucho. Aunque la llevo siempre conmigo, hay horas en las que mi solicitud, queriendo preservarla de la realidad tediosa o bárbara, prefiere dejarla en el bosque encantado donde me espera...

Adonde quiero que lleguen mis palabras precursoras de nuestra unión... De esta misteriosa unión, nuestra en la distancia... en el cielo...

Evocar es vivir; evocar como yo lo hago es amar. No se asuste usted de la palabra. La amo a usted con todas las fuerzas de mi espíritu.»

Asustarme, ¿por qué?

La compasión es amor, la caridad también lo es. En la vehemencia de su estilo, descubro al poeta y le saludo reverente. Saludo a mi poeta, que va a cantarme una endecha todos, todos los días... Esa esperanza me hace ver flores en la nieve que cae pesadamente.

Dentro de poco irá mi retrato, acaso a quitarle a usted ilusiones.

DE MARÍA A CARLOS

Me deslumbran, me aturden y me han sugerido un sordo recelo sus tres cartas, llegadas una tras otra, con puntualidad rara en las buenas nuevas.

¿Qué es esto, Carlos?

La voz de usted tiembla, ráfagas de apasionamiento pasan por sus frases, que pierden la serenidad amistosa.

«Me parece que es ahora cuando empiezo a vivir, que es ahora cuando he hallado la predestinada a mi corazón, tu...

»Y me arrojo a sus pies, que beso, que abrazo, interceptándola el paso para que no se vaya, para que no se mueva de mi lado la maga de mis últimos días. *Ella.* La que sólo una vez pasa a nuestro lado. La única.»

Hay exageración en esa manera de expresarse, Carlos, y si no la hay es cosa de milagro ese sentimiento que nace súbitamente lejos de la persona que lo inspira, sin conocerla casi, habiéndola visto sólo dos veces en trece años.

Para mí, creyente en el alma, en lo sobrenatural y en todos los divinos misterios del espíritu, un afecto así es posible, como suprema recompensa al corazón torturado de ideal que se consoló de no hallarlo amándolo.

Yo, en el engañoso momento, cuando creí encontrar el ser superior que iba a realizar mis sueños juveniles de hacerme mejor, de conducirme a la perfección deseada, rehusé unirme a él, proponiéndole que nos quisiéramos desde lejos, que unidos espiritualmente cumpliéramos nuestro destino.

Dios lo dispuso de otro modo, y luego, en las horas de clarividencia que preceden o siguen a las catástrofes, aprendí a conocerme. Sé que mi capacidad de amar lo

lejano, lo que huyó o lo que es y será eternamente sólo promesa, se aviva con los años.

Convivo a diario con mis muertos, con mis amigos ausentes, con mis poetas y mis santos, y digo la pura verdad cuando digo que soporto la expatriación, porque *sigo ahí,* porque amo intensamente, incansablemente todo lo que amé; porque la llama de mi afectividad no la apagan ni el tiempo ni las horas glaciales de la ausencia.

La oveja va dejando vellones de su lana en los espinos de la ruta, y pasa; si con ellos dejara pedazos de su carne, caería desangrándose.

Para resguardarme de la realidad desgarradora, Dios me permite bordearla envuelta en mis sueños, acorazada con mis amores, y parodiando a Santa Teresa puedo decir *que vivo porque no veo.*

Vueltos los ojos hacia mi mundo interior no distingo casi nada de lo que me rodea. Yo no necesito tener cerca a los que amo para amarlos, y si me preocupé de usted sin conocerle, y si no le olvidé cuando al conocernos me trató usted con marcado despego, bien puedo animar mi vida hoy con el contento de sus palabras escritas y sentirme dichosa con esta comunicación que viene a continuar mi culto callado.

Pero usted, escéptico, desengañado, desgastada la sensibilidad en las pasiones, ¿cómo es posible que con renacimiento interior se yerga a la lectura de mis pobres epístolas?

Yo soy una romántica impenitente, una arañita que teje con su propia substancia sutilísima malla para su embeleso.

A usted, conocedor de la vida, *perseguidor* de ella, ocupado de cosas serias y agobiado de responsabilidades, no puedo imaginármelo entreteniéndose en hacer pompas de jabón.

Si no fueran exageradas mis afirmaciones, habría que creer en el milagro... Pero ni usted ni yo somos dignos de él. La conjunción de las almas en el amor es la única dicha terrestre que atesora íntegra la celestial. Pero es un raro privilegio otorgado alguna vez a las criaturas en la juventud, cuando la inquebrantable fe atrae a su compañera la esperanza.

Me deslumbran, me aturden sus cartas, que escudriño recelosa queriendo desentrañar el móvil verdadero de su tono cálido... perturbador...

Hallo hiel en sus mieles, Carlos, porque me parece que su dormido instinto de galanteador es quien ha movido ese tumulto de su fantasía... Que los resabios del hombre «que no asaltó pero robó» ponen fuego en la pluma y en el pensamiento.

Haga usted examen de conciencia, y si mis palabras van a revivir llamaradas de incendio, destrúyalas y olvídelas.

Y si mi alma, cansada ave de paz, es acogida con la descarga cerrada de sus ansias de conquistador, mi amigo, hagamos de esta correspondencia, que es inmaculada realidad, un recuerdo grato, sólo un recuerdo del atardecer de nuestra vida.

DE CARLOS A MARÍA

Un estremecimiento, repetido a cada lectura de su carta, y que conozco como precursor de desplomes íntimos, me ha

demostrado que mi sensibilidad afectiva—que usted cree desgastada por las pasiones—está, por el contrario, incólume, y, ¡oh ironía!, es el dolor quien me ha hecho perceptible su integridad.

Me decía usted hace poco, que el maleficio de mis años acerbos se había ido. Y no sintió usted que era él quien movía su mano al escribirme despiadadamente; que era obra de mi negro sino trocar en recelo la bendita confianza de usted.

La duda es sugestión de Satanás, y usted ha dudado.

Míreme usted, María. Sufro y me prosterno a sus pies horrorizado de lo que fuí, que es lo que impide a usted ver lo que soy.

No sé analizar—el impulsivo no analiza—, pero si supiera no acertaría a analizar lo que me pasa. La lente descubre lo infinitesimal de la materia, pero de los procesos y evoluciones psicológicos más trascendentales nada sabemos; nos engrandecen o nos envilecen burlando el tribunal inquisitorial de la razón.

Sé cómo siento, ignorando todo lo demás, y proclamo el hecho, único en mi vida, ¿lo oye usted?, de sentirme cautivado por un alma que me lleva... no sé a dónde, ni me importa saberlo. Lo vital es ir en su compañía.

Yo también creo en lo sobrenatural—de otro modo que usted—, y ¿cómo dudar del milagro si de la roca vemos brotar cristalina el agua? Es verdad todo lo que dije, es verdad todo lo que callé. La expansión es el sentimiento que desborda; el silencio es el sentimiento llegado a su potencialidad máxima, el éxtasis... y el mío no se ha sustraído a esos dos polos de la gravitación sentimental. Se

expande y se reconcentra: es decir, existe y proclama que existe. La amo a usted insensatamente, si puede llamarse amor esta irradiación que se me ha entrado en el alma con su imagen; la obsesión de usted en que vivo, este invencible heliotropismo de todo mi ser vuelto hacia usted, la luz... ¿Hay insania en que a este avatar de mi espíritu sea impulso una encantadora criatura que vi sólo dos veces en trece años, que la distancia esfuma y que quizás no vuelva a encontrar en mi camino? Sí que la habrá; no lo sé ni lo indago. Me entrego a esta gloria de un vivir nuevo, a este sano contento que me da saberme recordado, ¡aunque no sea más que recordado!, por usted. María, cree que al extender tus manos sobre mí borras en mi corazón hasta las huellas del pecado. Por favor, ¡consérveme usted en su gracia!

DE CARLOS A MARÍA

La fascinación se ha apoderado de mí, y no trabajo, no duermo presintiendo que mi maga bienhechora padece el desasosiego de la duda cruel...

Mis labios no mintieron jamás; no necesitaron mentir ni para obtener ni para rechazar. Si toda la inefable ventura que me viene de tu corazón, y que siendo realidad insuperable es promesa también, la perdiera por no mentirte, no te mentiría, me quedaría huérfano de ti, pero satisfecho de no haberte profanado. Esta dulce familiaridad de mi lenguaje desagrada a usted. ¿Qué derecho tengo para tutearla? El que usted va a concederme si atiende a mi ruego. Tratémonos como si nos hubiéramos conocido en la infancia, cuando usted, con divino presentimiento de mi adoración, se anticipaba a ella coronando mis versos con

hiedras, siemprevivas. El «usted» me molesta, me oprime la garganta, hasta eufónicamente coarta la expresión. Háganos hermanos el tuteo, ya que inseparables lo somos desde antes, desde siempre y para siempre. Pronuncio sin miedo esa terrible palabra. El siempre nuestro es sinónimo de eternidad.

Vuelve a tu confianza efusiva; pásame las suaves manos por las sienes y los ojos—como lo hiciste al saberme desgraciado—, y yo, agradecido, inmóvil de agradecimiento, te miraré sin ver tus labios... Buscando tus ojos...

No eres, no quiero que seas la ola que arrastre y desvanece, sino la onda que mansamente se acerca y baña los pies ensangrentados del caminante. Seré para ti... como quieres que sea; anhelo agradarte y voy a ti con mi devoción, con mi amor, que cual el juglar de la Virgen hace cabriolas ante ella. ¿Cuándo llegará tu retrato?

Esta distancia, que no entorpece la libre comunicación de nuestros espíritus, me exaspera por lo que retarda tus palabras. Hasta que llegan a mí, ¡por cuantas manos han pasado!

A veces, al descubrir en el diminuto sobre una sombra, huella quizá de manos extrañas y brutales, me enfurecí celoso...

Perdona. Tenme siempre contigo.

DE CARLOS A MARÍA

No me extraña que dudaras, pero me extrañaría que persistieras en la duda. No, mi yo astral ha ido a ti con la fausta nueva del *fiat lux*. Las palabras no son explicativas del Génesis, pero el verbo es Dios.

No te asustes; este ennudarse de nuestras vidas es obra tuya. Tu alma, inmensamente amorosa y buena, siguió a la mía—no sé por qué inexcrutable designio—, la atrajo a sí, la subyugó, la tiene, y vacilante ahora, la desconoce... la rehuye... No es esto posible ya. En las horas de clarividencia que preceden o siguen a las catástrofes has aprendido a conocerte.

Una hora de esa lucidez ultra-humana me descubrió tu ser y me erguí abrasado por sed salvadora: la sed y el hambre de una idealidad jamás gustada... de tu afecto, mi amiga. Y sé, *sé* con la certidumbre de lo revelado, que vamos a ir juntos lo que nos reste de vida al bien... al mal... Confío que al bien solamente.

¿Qué sé yo del porvenir ni nadie? El mañana no nos pertenece, y, sin embargo, en el mañana estás tú: el porvenir eres tú. Mi azaroso correr fué en busca de ti, dulce hallada.

Has podido ser, ¡tú sola!, mi mujer, el recreo de mis ojos, la deseada en el deliquio, la sonrisa más amorosa que el beso...

Enlázate a mí, ¡por misericordia!, toda entera: que el latido de mi corazón repercuta en el tuyo comunicándole su triunfadora fe.

Tú me apareces como te necesito y te anhelo; no temas que yo sea para ti diferente de como me necesitas y me deseas. De lo contrario, no nos hubiéramos encontrado nunca.

Recónditas afinidades nos atraen el uno al otro: ¡qué inmenso goce será irlas descubriendo día tras día! Cada

una de ellas es una soldadura de nuestras voluntades... Es el prodigioso fenómeno de la unidad en la variedad.

Te bendigo y te amo.

Déjame que te diga cómo te amo.

DE CARLOS A MARÍA

El retrato y una negativa. La miel y el acíbar. Está bien, que deben ir alternadas las alegrías y los sinsabores. De otro modo moriríamos a poco de nacer o seríamos inmortales.

«Puede usted tutearme si gusta; yo seguiré tratándole usualmente. No me molesta ni aun eufónicamente el *usted* de nuestra amistad.»

Esperé que coincidíamos en eso y me engañé... No, coincidiremos te digo. Solicitada por tu alma ingente, la mía, salvando todos los espantosos precipicios que separan lo caótico de lo armónico se hundió, se fundió en la tuya. ¿Cómo no ha de ser *una* la volición, cómo ha de desintegrarse lo que es uno en la eternidad?

El retrato no me gusta, pero la persona del retrato me gusta infinitamente. Ha perdido usted alegría en la expresión, pero han ganado en melancolía los ojos garzos y las labios finos, prudentes, a veces burlones. El negro cabello está deliciosamente peinado, al descuido, y el armiño que cae sobre los hombros ocultando las frágiles curvas (¡es lástima!) acentúa un no sé qué de principesco que tiene usted y que es lo que en usted menos me agrada.

Mándeme otro retrato *de diario*, que yo la vea a usted y la siga ahí en su hogar, con el holgado traje de mañana

envuelto el grácil cuerpo. Sonríame su rostro entre las pieles que lo resguardan del horrible frío y caen pesadamente hasta sus pies ateridos en la nieve de las calles.

Abandone usted ese país, torne a los suyos. Mi amiga del alma, si en ese instante percibiera usted del estremecimiento de ternura que mueve mi corazón; la solicitud amorosa—paternal y amorosa—con que tomo sus manos heladas entre las mías, a la vez que un desapoderado afán de dar a usted horas dichosas, hasta de borrar en su memoria el recuerdo de las que no lo fueron, sonriente, confiada, apoyaría usted su cabeza en mi pecho, que avivaría su latir, no al dulce peso de la cabeza bien amada, no a la proximidad del corazón querido, sino a la bienaventuranza de dar a ese corazón el consuelo de mi culto, la seguridad de un amor sin espinas.

Tú no sabes qué violencia adquiere a veces mi ansia de saberte dichosa, de verte reír con risa sana de quien está en posesión de una primera alegría. Yo no di a nadie la felicidad, y esta convicción es la más amarga de la existencia.

¡Qué gozo ser para alguien el pan de la dicha! ¡Qué gloria compartir con la persona amada el pan de la dicha!

Tú has llorado mucho. Gentes extrañas hirieron tu corazón. ¡Las aborrezco! Manos profanas tocaron tu carne. ¡Las maldigo! Tu pasado, que debió ser *nuestro* existir, me muerde con mordedura de envidia, me ahoga cual un remordimiento. ¿Por qué nos separó el destino? ¿Por qué hace casi catorce años, en aquella bendita hora de nuestro encuentro, no me apoderé de ti como de cosa mía, no me tomaste como alma tuya que era? Recién casada tú, en

nuestro camino alzábase el primer obstáculo. Era pequeño, sin duda, y con mis propias manos batí el segundo: me casé. El abismo hízose infranqueable... ¡No! Los obstáculos humanos se vencen; las murallas caen a golpe de pico o se asaltan.

Nuestra ceguedad inaudita fué nuestro abismo. Huimos la predestinación. Desoímos la divina voz que al verte me dijo, *es ella*; la voz misteriosa que guiaba tus inocentes años hacia mí.

Mi escepticismo que buscaba aún, que se deleitaba en buscar, ahogó la voz que le decía *has hallado.*

Tú... Dime, ¿cesó ésa voz de vibrar en tu ser cuando te decidiste a seguir a otro hombre? ¡No nos conocíamos aún! Pero tu espíritu, que desde la niñez me buscaba, ¿no se inmutó al entregarse a otro; no se aterró de su infidelidad?

De su infidelidad, sí, santa mía. Nos hemos condenado nosotros mismos, y ahora... ahora...

Te necesito y te llamo. Reclina la dolorida frente en mi hombro, abandóname tus manos heladas que yo devolveré al calor, a la vida, y déjame decirte al oído, que ahora... ahora...

DE MARÍA A CARLOS

Ahora...

Ahora, mi amigo muy querido, permita usted que me recoja en mí misma, que me calme, que me desenrede de un estado complejo, mezcla de alegría inmensa y de temor, de contento y de enfado, de bienestar y desasosiego creciente. Mi salud delicada, lucecita vacilante, parece que

va a apagarse por momentos... Pero así es desde que nací y no se apaga...

Los tontos de los médicos que atribuían mi tardo crecimiento a precocidad musical pudieron convencerse que no era así, pues si la hubo pasó pronto, sin que por esto el cuerpo dejara de ser enclenque y fastidioso.

Mis santos padres, con sublime desvelo de amor, me tasaron el estudio, redujeron al mínimo las lecciones de música que yo adoraba, y preservándome del esfuerzo mental de la lectura, de la emoción intensa que me daba la música, me salvaron.

Mi personita desgarbada se estiró un palmo al cumplir los diez y siete años más ignorantes del mundo, y lo perdido en sabiduría fué ganado en fortaleza. Una fortaleza extraña y negativa que me hace soportar a pie firme el dolor y desfallecer de contento.

Los médicos de aquí no se han puesto jamás de acuerdo al diagnosticar mis arrechuchos. *El corazón,* dicen unos. *Los nervios,* exclaman los otros; pero en lo que coinciden todos es en el recetar sin medida píldoras... de tranquilidad perfecta: risa a boca llena, sol a todas horas, y de la mixtura especial llamada *felicidad,* un hartazgo. ¿Sabe usted de alguna botica donde se expendan tales drogas?

No me dejan escribir hoy, no me permiten pensar. Recluida en mi cuarto casi a obscuras, extendida en mi *chaisse-longue,* me fuerzan a que no me mueva, a que no hable... me prohíben pensar...

Pero yo no estoy enferma, no me duele nada. Lloro, lloro, sin saber por qué, sin pena... sin esfuerzo... Usted me ama, usted me dice que me ama y me agobia un deseo de

dormirme teniendo a mis hijos aquí, apretados entre mi pecho... teniéndolo a usted también a mi lado...

DE MARÍA A CARLOS

Me he repuesto ya, voy serenándome, y de vuelta de la iglesia, donde he rezado mucho, mucho, me acomodo en el predilecto rincón de mi cuarto en un sofá muy chico junto a la mesa cargada de libros y frivolidades, de espaldas a la ventana para no ver caer la nieve. Tengo enfrente a mi Virgen de Murillo, y entre los retratos de mis hijos y los de usted dos crisantemos rosados.

He releído sus cuatro cartas últimas, y con la calma que me faltó estos días al recibirlas, me parece que puedo ya contestarle en parte.

Mi poeta, ¿no será que pase usted ahora por un momento de aguda crisis moral, que los místicos llaman de «sequedad interior», y que es el esfuerzo desesperado de quien *quiere querer*?

¡Cuántas veces los santos atormentados por esa aridez se retorcieron ante el altar incapaces de oración y de amor, martirizados del deseo de amar y de orar!

¿Que me equivoco?—replica usted—. Yo creo cuanto usted me dice, Carlos; pero esta fe viva que me es alivio en el desconcierto, no lo excluye, no puede excluirlo, porque mi desasosiego no viene dé lo que creo ni de lo que ignoro: viene de muy hondo, de lo que siento, de lo que usted afirma, de la situación extraña y confusa...

Evoca usted aquella hora inolvidable de nuestro encuentro y dice que los obstáculos humanos se vencen.

Los humanos sí, pero los divinos no, y el matrimonio es un sacramento. Al hallarnos aquella noche era ya tarde.

Un año antes..., si nos hubiéramos conocido un año antes... ¿A qué divagar sobre lo que no *fué y pudo ser*? Sometámonos a *lo que es,* pero no con la pasividad del musulmán que ve arder su tienda sin atajar el incendio, ni con la supersticiosa indiferencia de los campesinos bárbaros de aquí, que dejan en momentos dados desangrarse a sus mujeres, sin hacer otra cosa para contener la hemorragia que anudar una cinta roja a un pie o a un brazo de la enferma. El amor, la amistad, la simpatía son bienes inapreciables que Dios nos otorga haciéndonos más soportable el tránsito. No los despreciemos; hagamos de ellos el pan nuestro de cada día. Este afecto nacido en la ausencia y que la distancia—contra toda ley psicológica—parece que afirma, es un dulce don, Carlos, es una inmensa fuerza, pero hay que encauzarla, hay que dominarla para que no se vuelva contra nosotros... para que no nos devore.

La agitación de usted es evidente y me conturba: la mía me arrebató hasta la percepción de la realidad estos últimos días.

No puedo discernir si lo que usted me dice, por ser lo ansiado, me ofusca, o si por *ser más* de lo que mi alma desea, lo rechaza mi alma.

Todos los conflictos del sentimiento provienen invariablemente o de que exigimos más de lo que pueden darnos o de que damos más de lo que necesitan los que amamos. Hagamos, mi amigo del alma, de este sentimiento que viene a sorprendernos en el ocaso de la juventud, una alianza de amor y concordia, de concordia y paz... No dejemos que el fuego devore nuestro albergue ni

permitamos que se desangre nuestra amistad, abandonándola. Cultivemos esta sagrada flor de nuestra simpatía para que nos recree, para que nos perfume. Empecemos a hablar más de lo que nos rodea y menos de nosotros mismos. Dígame algo de las personas que ve, de sus amigos. Póngame al corriente de la chismografía del Congreso; inícieme usted en sus trabajos sociológicos... ¿Qué libros lee usted ahora? ¿Va usted mucho al teatro?

Yo estoy a la recíproca y contaré a usted desdichas de esta tierra, historias de estas gentes, pequeñeces de mi vida de relación con ellas. Daré a usted cuenta del último libro. ¿Está contento mi señor y dueño?

Querámonos mucho, pero *querámonos bien.* Y mirando en torno nuestro la vida, que se arremolina, ríe, llora, pasa, desaparece y vuelve a pasar con la variedad infinita de sus aspectos y el torbellino de sus aspiraciones, llamas que buscan eternamente la altura, hablemos de ella como dos viejos y buenos amigos que somos. Ya me están dando ganas de gritar, cual los tontuelos de los niños: ¿Quieres que te cuente el cuento de la buena dicha, que nunca se acaba?

DE MARÍA A CARLOS

Carlos, por favor, por misericordia, venga usted en mi ayuda. Me desgarra una incertidumbre mortal. La noche que acaba de pasar ha sido una tortura de todos los minutos. Una tortura cruel, desconocida...

De mi tranquilo sueño me despertó un sacudimiento raro... indefinible... como si hundiéndose el suelo hubiera yo caído de golpe a la calle, y al abrir los ojos para cerciorarme de que soñaba o al cerrarlos espantada, distinguí un camino

obscuro, bultos y luces que se movían en la obscuridad, y a usted tendido en el suelo inmóvil... ensangrentado...

Grité, me levanté... Pensé en mis hijos... ¿No habría confundido yo las imágenes y era la de alguno de ellos la que se me aparecía inerte en no sé qué camino? ¿Era mi sueño presagio de una catástrofe y estaban en peligro mis hijos? ¿Les había ocurrido alguna desgracia? ¡No, Dios mío! Telegrafié a las cuatro de la madrugada, y ahora, que son las siete, llega la respuesta tranquilizadora: nada les ocurre, están sanos y alegres... Ya no tengo duda de que es a usted a quien ocurre algo grave... Es a usted a quien vi ensangrentado. Mi sueño no fué una ficción... Está usted en peligro... Le han herido en un duelo... Estaba usted inmóvil... Acaso... ¡Qué espanto! ¡Qué angustia! He telegrafiado rogando a usted una palabra.

Tengo clavada en el cerebro y en el corazón la certeza de que lo que vi existió... Pero, ¿qué fué ello? ¿Una emboscada, un desafío?

¿Qué te ocurre, Carlos, mi amado amigo?

Me matan la incertidumbre y el miedo.

TELEGRAMA DE CARLOS A MARÍA

Cálmese. El incidente no tuvo importancia. Estoy bien.

TELEGRAMA DE CARLOS A MARÍA

Acertó usted, y su adivinación me asombra, me confunde. Volcó mi *auto*, y me hice un rasguño en la cabeza, nada.

Espero agradecido y ansioso sus palabras.

TELEGRAMA DE CARLOS A MARÍA

Las líneas del 18 me inquietan por lo que me revelan de su salud. Cálmese, cuídese, escriba.

Su clarividencia me asombra y me ampara. Mi carta le dirá lo demás...

DE CARLOS A MARÍA

Has acertado, mi bien amada, y reverencio en ti la divinidad.

El peligro existió y pasó; lo bendigo, porque ha venido a revelarme el milagro de tu intuición, que es, créeme, milagro de amor.

No sabes qué beatitud me conmueve al saberte de tal modo unida a mí. Me agita un anhelo de hacer algo en glorificación del destino, del Dios que me da tu cariño tutelar.

Quisiera ir descalzos los pies, en peregrinación a no sé qué remotos lugares, donde la voz de la gratitud humana llega en todo su prístino fervor al Bien invisible que hoy derrama su gracia en mi espíritu. Quisiera ir a ti; de rodillas todo el largo camino, y con la humillación y el dolor del cuerpo, ofrecerte el arrobamiento, rendir homenaje a tu ser sobrenatural... Quiero besar el polvo que pisas.

DE CARLOS A MARÍA

Ayer, a viva fuerza, mi médico me quitó la pluma de la mano, me vendó los ojos condenándome a obscuridad por dos o tres semanas. Un proceso inflamatorio dicta tan duro

remedio. Me he sometido, y te escribo hoy sin ver lo que escribo, pero te veo al escribirte.

Estos ilegibles caracteres son símbolo de amor, las líneas cabalísticas del sentimiento que acude a todos los medios posibles de expresión para manifestarse... La escala es infinita. La mirada, el beso, la unión sacrosanta, son signos de su omnipotencia triunfadora; pero nada sería tan suavemente grato a mi corazón como este momento de tinieblas en el que mi mano con torpeza y esfuerzo deja en el papel esta huella de vida.

Mi maga bienhechora, sufro por ti, sosiégate, y que tu sublime fortaleza haga soportar a pie firme el dolor, te impida desfallecer de contento. He sido violento. ¡Perdóname! Te evitaré mi vehemencia, te graduaré las alegrías, pero deja entreabierto tu corazón para que penetre en él, saturándolo de vitalidad, mi cariño. Te daré de mi amor, de mi alma, sólo cuanto quieras de ellos... Seré avaro si lo deseas, pero deja que los tesoros acumulados sean para ti.

Me viste ensangrentado en un camino... Era el del Pardo. Absorto en un dulce coloquio contigo, volvía de allá cerrada la noche. Al saltar el *auto,* te vi tan plácidamente cerca de mí, que te tomé en brazos para salvarte... Volcamos, y el golpe me aturdió con el pensamiento en ti.

Tengo una herida en la cabeza, no es nada, un rasguño, pero me obliga al reposo. ¿La causa del accidente? Algo tragicómico. Un cansado burrillo parado tercamente en mitad de la carretera, acaso con propósitos de suicida. Mi *chauffeur*, un inglés, protector de los animales, pero que devora casi en crudo con sal y pimienta un lomo entero de buey, salvó al burro, y por poco me estrella.

He disputado con los médicos, y tras largo regateo, me dejan leer algo de incontestable urgencia, una lectura de minutos... Te lo digo para que no interrumpas el querido tono confidencial de tus cartas. Las leeré una sola vez, sin saborearlas, sin detenerme en las palabras, a las que dejó su perfume tu mano, pero las repetiré de memoria...

Escríbeme mucho, ven a cumplir las obras de misericordia visitando al enfermo, dando de beber al sediento.

Hoy más que nunca, tengo sed de tu espíritu... Una insaciable sed de ti...

DE MARÍA A CARLOS

No hallo palabras para expresar lo que me ocurre al recibir con los telegramas la confirmación de mi sueño. ¡Dios mío! ¡Ha estado usted en peligro mortal! Ni aun rezar puedo dando gracias a Dios porque le ha salvado, pero vuelta mi alma hacia El está en oración constante. Carlos, dime por misericordia, la verdad. ¿Estás herido? ¿Estás grave? Vengan tus palabras, tu letra querida, a darme detalles del suceso, a consolarme. ¡Estoy tan lejos, tan lejos de ti! ¡Si yo pudiera correr a tu lado a cada momento que me parece oír tu voz llamándome!... Si yo pudiera velar junto a ti, cuidarte... ¿Estás herido en la cabeza? ¡Virgen mía! ¿Estás grave? Te veo en tu lecho rodeado de deudos y servidores, la mirada serena, las manos sobre las ropas del lecho ofreciéndose a los cordiales amigos que las estrechan. Te veo luego abstraído, ausente tu espíritu de lo que te rodea, sonrientes los labios, pensando en mí, y la placidez de una ternura bendita me llena el corazón.

A veces un escalofrío, una crispación íntima, me sacude toda entera. Te veo marmóreo el rostro, cerrados los ojos, inmóviles las manos, empalidecidas... ¡No, no! ¡Dios mío! Quítame esa horrible visión que me desgarra, que me hace morir. Carlos, Carlos, tú me oyes, tú vives, tú me oyes, ¿verdad? Te amo...

DE MARÍA A CARLOS

¡Sin carta aún! ¿Pero cómo había de tenerla si tardan cinco, cinco interminables días en llegar? Me consumo; no duermo, no vivo, y en este tumultuoso estado, sólo me alivia un poco el refrán: *pas de nouvelle*, *bonne nouvelle,* que me repito a voces. A voces, no, mi enfermo querido, porque me he quedado afónica, completamente afónica desde que tu primer telegrama me causó hondísima, perturbadora emoción. Pero esa anormalidad nerviosa pasará pronto. ¿Cómo estás? En mi horror de los automóviles, entraba el presentimiento de tu desgracia. ¿Es cierto que no ha sido nada el accidente? ¿Pero cómo no, si tienes lastimada la cabeza? «Un rasguño» dices lacónicamente. Es una herida, yo sé que es una herida. Dónde está, ¿en la frente? ¿Acaso cerca de la sien? ¡Dios mío! ¿Quién te hizo la primera cura? Si la desgracia ocurrió en despoblado, ¿qué manos fueron las primeras que atajaron tu sangre, mi pobre cabeza muy amada?

A cada ruido de la calle, a cada sonar de los timbres, me salta el corazón creyendo que llega una noticia, una tremenda noticia infausta... ¿Quién me la daría si tú... murieras? ¿Quién te la daría si muriese yo? ¿Creerás que me complazco clavándome en el alma esas preguntas que son puñales? Y es cierto que cada día, cada hora podemos

morir el uno separado del otro sin habernos conocido casi..., sin que nuestras manos se enlacen amorosamente una sola vez... Sin que nos digamos una promesa póstuma... Me retuerzo, me rebelo furiosamente al imaginarme tal infortunio... ¡Qué triste es nuestra vida, Carlos! ¡Qué desgraciados somos!

DE MARÍA A CARLOS

¡Qué bueno eres, qué bueno, y cómo tu bondad aviva mi sentimiento!

Recibo dos cartas juntas, y lloro y palmoteo como una chiquilla gozosa. Pero tiemblo por ti todavía. ¡Vendados tus ojos! Condenados a obscuridad tus ojos que me atraen con atracción indefinible... Ellos me miraron como nadie me miró jamás, fríos y compasivos... Nadie tampoco me dijo lo que tú me dices; nadie me habló cual tú me hablas.

¡Tu pobre cabeza herida!

Me ocultas la verdad de tu estado.

¿Por qué el reposo de tantos días?

No, Carlos, no leas mis cartas. Si persistes en hacerlo podrías retardar la curación, empeorar el mal.

Debería no escribirte, evitándote la tentación... Dime, *ordéname* tú que cese y te obedeceré; por mí sola ¡no puedo! Que una persona de tu confianza te las lee, un amigo.

Yo te escribiré mucho, intentando distraerte. Empezaré por... ¡No sé por dónde empezar! Estoy aturdida, me siento incapaz de fijar mis ideas: sólo una frase grita dentro de mí, que acallo a viva fuerza, porque te dice... Sólo un deseo me

sostiene que te murmura al oído: ponte bueno pronto, tu salud es mi salud... yo...

Tus manos, que he recordado tantas veces, manos de gran señor español, dadivosas y esquivas, me conmueven, dejando torpemente en el papel «las líneas cabalísticas del sentimiento, que acude a todos los medios posibles de expresión para manifestarse». No puedo apartarlas de mis ojos, y las he besado.

¡Fué en el camino del Pardo donde caíste! Todo es extraño en nuestra amistad. Ese camino de la Florida al Pardo me lo sé de memoria, por haber sido mi paseo predilecto hasta que dejé España.

En los estanques de la Moncloa he mirado infinitas veces reflejarse el cielo, encantada de ver que lo más alto, lo inaccesible, las estrellas y las nubes, bajan hasta nosotros, atraídas por las aguas mansas. ¡Y pensaba en ti entonces!

Gusté de internarme en los pinares del Pardo o las quejumbrosas alamedas de la Florida, sobre las hojarascas otoñales, que con crujidos como de blanda seda me mintieron alguna vez pasos cercanos. Los del Príncipe encantador, que se aproximaba para caer a mis pies y realizar mis sueños. Y el Príncipe tenía las manos pálidas, los ojos altivos y las curvas pestañas negrísimas como tú.

En la iglesia de San Antonio, que me olía siempre a juncias y pomares de mi tierra vasca, más de una tarde pedí al santo confidente de las niñas soñadoras que se enamorara de mí y me hiciera feliz un poeta... un poeta.

Y los versos de uno solo, del desconocido que yo admiraba, me susurraban al oído su música distante.

Los divinos ojos del santo miraban cual si el santo me oyera, y los ángeles que Goya creó en las bóvedas me pareció que se movían, que iban en busca del poeta... en busca del esperado... Y no sospechó mi exaltada adolescencia que muchos años después el poeta había de hallarse en trance de muerte cerca de esos lugares, mi pobre imagen en su corazón y en su pensamiento. ¡Qué indescifrable es la vida! La realidad, ¡qué amarga!

Pero no me quejo, no debo quejarme, El Príncipe de mis sueños existe, me ha tendido la mano, y su bella cabeza herida, que yo quiero curar, reposa en mi hombro.

DE MARÍA A CARLOS

Dos sentimientos contradictorios me solicitan y me acosan. Uno, mi deseo de escribirte mucho, de que te acompañen mis palabras en la forzosa inacción.

Otro, el temor de que la lectura de mis cartas te haga daño.

¿Cómo estás? ¿Quiénes te visitan?

Los periódicos que traen la noticia del accidente dan detalles horribles.

El *auto*, destrozado; tú, salvado milagrosamente.

Me consuela un poco saber lo estimado y lo querido que eres, pues es sincero el sentimiento de todos. La sola nota discordante es la del gacetillero republicano que desea tu curación, pero al mismo tiempo «que caiga para no levantarse de las alturas ministeriales el *leader* liberal, que es un retrógrado en el fondo, un hombre nefasto para el país, afanoso de vivir sin trabas ni leyendas».

Estas tan acostumbrado a esas necedades y otras peores, que de seguro no te rozan siquiera,

A mí me incomodan, y no podría soportar ese constante echarse lodo al rostro en las luchas políticas.

Hoy es el último día del año y me rindo a una tristeza inmotivada e irrazonable: la que me viene mirando esa fecha en el calendario. ¡Un año más que termina! Bien sé que es una ficción la división del tiempo, pero este día, que me emocionó siempre, hoy me abruma. Me parece que cierra un camino, obligándome a seguir otro obscuro... Sé lo que hallé en el que voy a dejar. ¿Qué me aguarda en el desconocido?

Sordamente, algo murmura dentro de mí que la vida ya no va a ofrecerme nada nuevo. ¡Ah! Pero puede arrebatarme mucho de lo que tengo, y atemorizada me vuelvo a mis hijos, que me sonríen confiados y alegres. ¡Están al comienzo del camino! Y te tiendo los brazos pidiéndote... no sé qué... ¡amor para ellos! Una palabra de certidumbre que disipe mi temor de perder lo que poseo... de perderte...

Te pido lo imposible. Ni tú ni nadie sabe lo que será. Prometer algo de lo porvenir es ofrecer lo que no se tiene. No importa; soy débil, me caigo... Déjame apoyarme en una esperanza para poder seguir la pedregosa ruta. Dime que siempre... siempre...

Buen modo tengo de distraer a mi amado herido, participándole mis tristezas, que se le comunican quizás. No, Carlos; alégrate, alegrémonos de nuestra amistad, de todo lo bueno que hallamos. Es un pecado desconocer o no apreciar cada momento de nuestros días monótonos. La ausencia de dolor es bienestar; la ausencia del infortunio es

ya dicha. Un rayo de sol, una flor que crece con nuestros cuidados, el deber cumplido, nos dan las felicidades *pequeñitas* de todos los días. Ellas aminoraron mis duelos, y ahora, aunque el contento de tu amistad y el de recibir tus cartas me ha hecho relegarlas a segundo término, no olvido que ellas suavizaron mis horas.

Tras la nochebuena, que es aquí la conmovedora fiesta de la intimidad y de las poéticas leyendas evocadas ante el árbol cuajado de juguetes y luces, y al repartirse entre deudos y amigos la hostia tradicional en comunión de amor y elevados deseos, fiesta que es para los niños de absoluta alegría; para los hombres, de descanso melancólico; para las mujeres, la más grata, porque las hace pensar en la maternidad, hoy se preparan todos a recibir el año nuevo gozosamente, con música y buen vino. Me excuso de asistir a una comida familiar, pero de gala, y en el recogimiento de mi cuarto esperaré al año que se acerca. No, mi Carlos querido, voy a acostarme. Prefiero pasar sin darme cuenta ese umbral misterioso del año nuevo. No quiero que me sorprenda deseando algo, pidiendo algo... Que su generosidad sea espontánea y me dé... tu salud ante todo, y luego lo que quiera Dios.

Buenas noches; voy a dormir mis tristezas, que pueden despertarse alegrías.

DE CARLOS A MARÍA

Tu frágil cuerpo y tu alma fuerte me cautivan. Soy tuyo. Tu debilidad física, que es exceso de sensibilidad moral, me acongoja y acrecienta mi ternura. Quiero ser el ambiente propicio al entreabrirse de las rosas gráciles. Quiero interponerme entre lo áspero de la vida y tú, preservándote

de su contacto. Me gustas infinitamente en los desmayos de tu impresionabilidad: que vibre intensamente al recibir las imágenes de la belleza, al compartir los sagrados misterios del amor, pero que no la toque lo mezquino, que el quebranto no la roce.

El ser como eres me ha corregido de un defecto horrible. En mi insolente desprecio de los débiles fui lejos y hasta la debilidad física me irritó a veces. La tomé por signo de la pusilánime voluntad que no se defiende. Y es lo cierto que la debilidad femenina tiene su encanto peculiar, el más subyugante.

Nunca vi impávido un niño que, al dar sus primeros pasos, sonríe con ganas de llorar y extiende sus manecitas demandando ayuda.

Tu debilidad tiene algo de esa graciosa flaqueza infantil.

La fuerza es la brutalidad de la Naturaleza que enorgullece a los hombres. Las sociedades fuertes son aquellas que han domesticado la fiera de la brutalidad.

Una salud inalterable, sin vacilaciones, tiene la insolencia de la injusticia.

Hoy, que he perdido la salud, me parece que una nueva afinidad me acerca a ti y nos enlaza.

Esta efímera ceguera me es grata, pues nada de lo exterior enturbia mi contemplación de ti, y me es, además, provechosa, porque he aprendido a dar a la voz humana la altísima importancia que tiene y que olvidamos mirando. Por ver dejamos de oír, y de todos nuestros sentidos son los ojos quienes más nos dificultan el conocimiento de *lo que es.*

El deslumbramiento de la luz entorpece nuestra facultad auditiva, y es el timbre de la voz, sus inflexiones inconscientes, sus gemidos, sus indolencias, los que nos revelan la calidad del hombre. La mirada miente, la palabra miente; sólo la voz es la verdad.

Dices que hablemos más de lo que nos rodea y menos de nosotros mismos. Me rodea, me envuelve la obscuridad. ¿Por qué he de callarte que la alegras tú? Lo que yo anhelo es ocupar tu pensamiento con exclusivismo tiránico; que afirmes que así es, hablando de mí, o que por amor de mí me hables de otras gentes, es igual. Dime lo que quieras, pero cerca de mí, sólo a mí.

Termina el año y te siento conturbada, doliente. Yo lo despido cual jamás despedí a ninguno: con agradecimiento... Y saludaré al que va a llegar como jamás saludé a ninguno: postrado, abatido el cuerpo, pero inmortalmente dichoso el espíritu. «Te amo», me dice temblorosa tu voz por la primera vez. Te bendigo. Inclina tu frente, irradiando sobre mi cabeza dolorida su luz, para que mis labios dejen en ella un beso, el primero. Un beso de amor y de paz.

DE MARÍA A CARLOS

Cae la nieve y sus flechas blancas atraviesan la atmósfera densa de un día obscuro. A tu balcón llama el sol con sus alegres rayos; pero ¿te sientes alegre tú?

¡Hace ya once días que estás herido! ¿Qué opinan los médicos? ¿Cuánto tiempo tendrás aún los ojos vendados? ¿Qué te diría yo para distraerte? Estos días de fiesta he visto a mucha gente en casa de parientes numerosos y más o menos cercanos. Los polacos no son alegres, pero se

divierten alegremente, y el *diletantismo* de las clases altas las hace amenas y agradabilísimas. En todas partes me hablan de España con simpatía, brindándome así el agasajo más de mi gusto, pero no faltan voces destempladas que critican acerbamente *nuestra fiesta de sangre,* ¿Te gustan las corridas de toros? Yo aquí las defiendo aun reconociendo su barbarie, que no es mayor que la de la caza o la del sacrificio del cerdo en las aldeas. ¡Oh, la matanza en los campos, esperada fiesta familiar, qué horrible me parece!

El boxeo es peor que la lidia en la plaza, porque el luchador se goza en la humillación, en la vergüenza de su contrincante. Creo que mientras el hombre, para satisfacer sus refinados apetitos -más adquiridos que innatos—, se engríe con la humillación y la derrota de sus semejantes en la forma que fuere, el hombre es un ser de inferioridad manifiesta.

El gran Sienkiewicz, al describir nuestra fiesta terrible, no se explica que pueblo tan amador de la belleza como el español conserve sus primitivos instintos sanguinarios y su crueldad.

¿Lo oyes? Es la canción eterna, y en verdad te digo que debía estar prohibida a los extranjeros la entrada en las plazas de toros, porque lo bello de la lucha, la maestría, el valor, cuanto es emoción y entusiasmo para nosotros, es para ellos repugnante espectáculo de sangre, manifestación grosera de nuestra crueldad legendaria.

Si se cerrasen las plazas de toros, yo me alegraría muchísimo. ¿Y tú? Ante todo, me alegraría porque no tendrían ya ocasión los de fuera de desconocernos y anatematizarnos. Aquí, mi discursear acerca de los toros

cuando me acosan a preguntas y reproches, hace sonreír con irónico galante silencio a los hombres y chillar a las mujeres neuróticas o sentimentales.

¿Te gustarían las mujeres estas?

Son en general superiores a los hombres, y en nada, en nada parecidas a nuestras hermosas esclavas semi-árabes. Instruidas, espirituales, exigentes, ellas mandan en el hogar y fuera de él.

Son las vestales del altar mil veces santo del patriotismo; en ellas tiene Polonia la inconmovible fuerza moral que contrarresta la fuerza brava de los hombres. Estos, mi Carlos querido, son en la vida pública admirables; tan admirables que frecuentemente envidié y anhelé para mi país su indomable constancia, su abnegación insuperable, su serenidad en el sacrificio de todas las horas; pero en la vida íntima no me gustan nada. Son, invariablemente, o esclavos de sus mujeres, o tiranos.

Ayer, al dejar un salón, oí que decían a mi paso unas damas;

— ¡Se desmejora por momentos! ¡Pobre mujer!—. Y me latió el corazón satisfecho.

Ser compadecida me encanta. La compasión de los que estimo o quiero, hasta de los indiferentes, tiene para mí la extraña propiedad de endulzarme por dentro. Me es tan dulce ser compadecida como punzadora me fué a veces la creencia de que me envidiaban. La compasión es acto de bondad que me penetra de la emoción de quien la siente.

La envidia es el corrosivo de las almas. Quien me envidia sufre, y yo, que no quisiera hacer sufrir a nadie, a nadie, padecería espantosamente de la envidia de los demás. ¡Ah,

ser compadecida! ¡Qué dulzura! ¿Verdad que tú me compadeces, poeta mío?

En esto, como en otras muchas cosas de mi modo de ser, difiero absolutamente de las polacas. A ellas la compasión las humilla, las enfada, y guardan, esconden en su espíritu reservado hasta la sombra de cuanto pudiera hacerlas compadecer.

— ¡Pobre mujer!—dijeron aquellas piadosas damas a mi paso. ¡Dios se lo pague!

¡Si supieran lo pobre que soy teniéndote enfermo y estando tan lejos de ti, de mi bueno y amado amigo único!

DE MARÍA A CARLOS

Ayer recibí la visita inesperada de una antigua conocida. Hace cinco años, al entrar en casa de ella, un día de su santo, se abrazó a mí llorando desesperada. Era una mujer de aspecto frío, y aquella imprevista expansión me dejó atónita.

Lloraba, lloraba inconsolable. Y no era para menos. Su marido acababa de confesarla que amaba a otra y quería el divorcio a todo trance. Has de saber que una de las anomalías de este país es la posibilidad y la frecuencia del divorcio, lo que no ocurre en los demás países católicos.

La pobre mujer, que rompiendo la reserva polaca se confió a mí—acaso por ser yo extranjera—, sólo una energía conservó en el desplome de su dicha, una entereza extraña que la hacía repetir: «No consentiré jamás en divorciarme. Dios nos unió y Dios nos desunirá. Mi conciencia me impide facilitar el pecado.»

¡Ilusa! Más que su conciencia, su amor era quien se resistía a dar la libertad al hombre amado.

La vi con frecuencia en aquel período angustioso, y observé que lentamente, pero en visible progresión, otros argumentos de orden particular aunábanse afirmándola en su negativa. —Mi marido—decía—es impresionable y débil: no tiene fuerza de carácter para vencer la tentación, y mi deber es no facilitarle la caída.

Y desde el instante que invocó tal deber cesaron de brotar lágrimas de sus ojos obscuros, que sólo el dolor hacía expresivos, y una sonrisa leve, equívoca, entreabría su boca grande, de la que salían palabras quedas, precisas, con la tranquilidad de lo irrevocable.

Fuése al campo con su familia, y el marido, irritado por la terquedad que imposibilitaba sus planes, amenazó, rogó, no escatimó medio de torcer la voluntad de su mujer, y era trágica la lucha entre ambos.

El, cegado por su egoísmo, hería fibra a fibra el alma de la infeliz con argumentos como éste:

—Amo locamente, soy amado y de ti dependen mi felicidad y la de la sublime mujer que quiere seguirme. ¿Por qué has de negarte la suprema satisfacción de darnos la dicha? Tu actitud es odiosa y no comprendo que persistas en rechazar el consuelo de hacer el bien.

Ella sonreía obstinada, irónica, y continuaba luchando por recuperar lo que sólo dado espontáneamente es hermoso y santo: el amor.

Una vez, cuando tuve la malaventura de que la señora solicitara mi compañía durante una de las entrevistas desgarradoras en las que aquellos dos seres que poco antes

se habían unido *para siempre* heríanse con crueldad de enemigos, la vi a ella vacilar un instante.

—Si no accedes—clamaba él solemne y pálido—me harás ir al último extremo...: cambiaré de religión..., seré protestante...

Irguióse ella con sobresalto, y su sana corpulencia adquirió no sé qué de amenazador.

Dominóse en seguida, y de pie, arremolinados a sus plantas los pliegues de su largo traje negro con severidades de traje de viudez, clavó la mirada en los ojos de su marido y dijo sólo estas frases, convencida, serena:

—Tú no cambiarás de religión: es la de tu patria..., es la de tu madre.

Vi la pena, la rabia, ensombrecer el rostro del infiel, que se alejó humillado. Ella, inmóvil, sonreía enigmáticamente.

Volvióse a poco al campo y siguió inconmovible.

Ayer vino a verme y a participarme la buena nueva: su marido, reintegrado al hogar, mostrábase agradecido de que ella le hubiera salvado de una larga pesadilla, de una aberración funesta.

Al darle yo la enhorabuena por su felicidad, me contestó:

—Por nuestra tranquilidad, diga usted.

Lo más delicado que Dios creó en el alma femenina es el amor... Hay que acercarse a él, como dice nuestro poeta Wispienski, suavísimamente para que no huya asustado si acaba de posarse... Para que no lo hieran nuestros dedos si florece.

Los sentimientos tienen su perfume, que se evapora en manos de los hombres. Estoy satisfecha de haber salvado a

mi marido, muy satisfecha...

Pero su satisfacción no era alegría. Había cambiado mucho la reconciliada. El cuerpo, erguido y opulento aún, revelaba en las pesadas actitudes un cansancio interior muy grande. La lucha de cinco años había doblegado su brío espiritual, y cuando se alejó vestida severamente de negro como una viuda, con tranquilidad que era indiferencia casi, me pareció que la pobre mujer, recuperado su tesoro, se daba acaso cuenta de que no valía la pena recobrarlo... Tal vez lo que en la lucha le pareció grande, en el momento de la victoria lo halló mezquino.

¡Quién sabe lo que llevaba dentro aquel corazón!

Una cosa era indudable: ¡que el perfume de su sentimiento se había evaporado en las manos torpes del hombre elegido!

No sé qué tenebrosa asociación de ideas me golpeó el cerebro mezclando a recuerdos y sensaciones pasadas, tu historia, la mía, este cariño nuestro que no tiene porvenir. Y amedrentada, como me siento siempre que descubro catástrofes del amor, contra el cual se vuelven enemigos mortales la fe, la esperanza, la ilusión, todo, me domina un mortificante deseo de esconderme, de huir, de hundirme en mí misma o donde sea, para no ver, no oír, no saber nada...

DE CARLOS A MARÍA

Tienes al escribirme todos los tonos del sentimiento insondable, e infinitamente rico en matices. Me atrae tu cariño, me contiene tu púdica timidez y es inefable el contacto de tus manos en mi cabeza herida.

¡Qué inmensa eres de espontaneidad! ¡Qué fresca e infantil será tu risa a mi lado! Un día, no sé cuándo, pero sé que llegará, recorreremos juntos tus predilectos lugares de la Moncloa y del Pardo. En los sombreados estanques donde veías «lo inaccesible, el cielo descender atraído por las aguas mansas», besaré tus manos y miraré tus ojos. Atravesaremos las hojarascas otoñales de la Florida haciéndote yo mis confidencias más audaces, que llegarán a tu oído atenuadas por el rumoroso moverse de las hojas secas. Y en el recodo del camino del Pardo donde caí, puestos el alma y el pensamiento en mi hallada, nos detendremos un instante si quieres, y me dirás...

Allí me viste tú, y ese momento decidió nuestra suerte. Fué la revelación súbita e incontestable de nuestra unión; de nuestro amor, para el que, como para Dios, no hay distancias. La que hoy separa nuestros cuerpos irá acortándose cada día, y aquel en que nos encontremos, la conjunción será inevitable y dichosa. No te apartes de mí nuevamente asustada por mis palabras. Escucha. Hay muchos anhelos dentro de mí que pugnan por salir a los labios. La esperanza que se comparte es vida; la ilusión de los enamorados es lo real de la idealidad. Te he callado que ansío verte, sabiendo que preferías adivinar ese deseo mío a que yo te lo revelara. Ciertas ideas de relación te hacen preferir mi silencio. Crees que el encanto infinito de nuestra comunicación espiritual no se aumentará con nuestro encuentro; hasta crees que puede disminuirse, y temes confusamente lo que como yo anhelas también. Tus divinas cartas, que se quejan de la distancia que nos separa, y de no poder velar junto a mi lecho de enfermo, son...—permíteme que te lo diga bendiciéndote—mi propio afán expresado de otro modo.

¿Verdad que cuando nos veamos (ya ves que no hago planes concretos que te intimidarían) vamos a entrar en San Antonio de la Florida para que el Santo se regocije de su milagro viendo juntos a la soñadora y a su viejo poeta que no puede vivir sin ella?

Dices que alguno de mis amigos me lee tus cartas. Nunca. Ignoras que ellas son para mis ojos el agua de rosas que los cura.

Además los políticos, como alguien dijo con razón, no tenemos amigos, tenemos sólo enemigos o cómplices. Soy injusto en este momento con mi viejo Ramón, que me sirve desde la niñez. No se separa de mí desde el percance, y he notado, al entreabrir el vendaje para leer tus cartas, que pone disimuladamente tu retrato cerca de mí con intención manifiesta de que yo lo vea, de que yo pueda mirarlo un momento antes de volver a la obscuridad.

¡Qué hermosa es la intuición de las almas sencillas!

Me has concedido la merced de tutearme, y ahora es tu voz intérprete fidelísimo de tu ternura.

Es ahora cuando sus modulaciones tienen el hechizo de la intimidad familiar, el abandono del amor consagrado. Beso una, y mil veces, tu voz...

DE MARÍA A CARLOS

Pensando en ti sin cesar estos tres días, no te he escrito. Una especie de acometividad, una irritación sin causa ni objeto, hubiera puesto en mi pluma sus asperezas. La visita de la esposa reconciliada, no sé por qué, me impresionó vivamente, y me asaltaron dudas acerca de su proceder. ¿Hizo bien en negar la libertad a su marido? ¿Qué derecho

tenemos a oponernos a la felicidad de los que amamos? Ella hubiera contestado a esta pregunta: —Tenemos el deber de salvarlos. ¿De salvarlos contra su voluntad? ¿Haciéndolos infelices, inútiles para la vida?

No sé... no sé...

Si yo hubiera estado en su lugar; si yo, siendo mujer tuya, por ejemplo, te hubiera oído confesarme que amabas a otra, que sólo de mí esperabas la felicidad de unirte a otra, no hubiera podido negártela. Te hubiera dejado ir, no te retendría a la fuerza, pero no te hubiera vuelto a ver más; no consentiría volver a vivir contigo si desengañado y arrepentido tornabas a mí. ¿Que me contradigo? ¿Que mi religión es de perdón y de misericordia? Sí, sí; pero no lo es menos de fe; el amor necesita creer. Supongamos que yo siguiera amándote, perjuro, ingrato. Amar se puede siempre: tener fe no se puede después de haberla perdido. ¿Y el amor sin fe, es amor? Acaso, pero no nos eleva, nos arrastra. Si tú... Si nosotros...

* * *

No me hagas caso: infortunios ajenos han llamado apremiantes a mi puerta, y en la actividad se han desvanecido mis cavilaciones de ociosa. Vuelvo de un entierro, del entierro enternecedor de una mendiga.

Anusia, la desvalida enferma que venía diariamente a calentarse en la cocina—de la que es reina gobernadora la flácida Yoasia, tan devota como poco caritativa—, desde cinco días no había parecido.

Anteayer un alma piadosa me escribió desde el hospital por encargo de la pobre—que allí se acogiera agravados

sus males—que no la abandonase después de muerta, que me cuidara de su cadáver.

Expiró aquella noche: se sustrajo el cuerpo a los desgarramientos de la autopsia, y cuando hoy, a las dos, fui con mis servidores a la cripta del templo franciscano, allí reposaba Anusia, tranquilo el rostro, cerrados los pálidos ojos que lloraron de hambre, vestido con traje negro y limpio el cuerpo menudo. Sobre la cabeza, reclinada en blando almohadoncillo enfundado en batista, un Cristo entre dos luces clavaba en el rostro muerto la mirada doliente, y sobre el cadáver, que rodeaban algunas mujeres, sus manos amigas habían echado multitud de estampas religiosas.

Al otro extremo, en una mesita cubierta de blanco, yacía un niño de pocos meses, vestido de azul, y sus ricitos rubios cubrían una herida reciente en la helada frente dormida.

Mis criados y otras personas que iban llegando, con exclamaciones de contento se acercaban a Anusia y a la criatura, y no puedo explicarte la impresión que me causan estas gentes del pueblo, regocijándose ante los difuntos «porque ya vieron al Señor».

Era griterío aquel alabar de las comadres el traje de Anusia; el ataúd galoneado de plata, la almohada nítida y el rosario, desgastado por el continuo rezo, anudado a las manos cruzadas en espera paciente del juicio final.

— ¡Qué bueno es el Señor que la llevó a si antes que el mal la quitara, con el conocimiento, la gracia de alabarlo! Va limpia de alma y de cuerpo.

—Es un gusto mirarla. ¡Da envidia mirarla!—exclamaba Yoasia enajenada de júbilo, y el coro de mujeres repetía:

—Es un gusto mirarla, da envidia mirarla.

Ante el niño, los comentarios eran entusiastas y alegres.
—¡Qué lindo estaba con su trajecito azul de muselina!

Sin conocer el pecado se volvía al cielo. ¡Quién fuera él!

—Qué dicha, qué dicha llegar al trono del altísimo y decirle: Señor y Padre mío, gracias os doy por haberme sacado de la tierra.

Vibraba la voz cantante de Yoasia, y entre las mujeres locuaces, sonrientes, la madre del niño, envuelta, como escondida en pañolón gris que caía sobre su *szaba* de pieles, asentía con movimientos de cabeza, muda, sin sonrisa en los labios ni lágrimas en los ojos apagados.

El frío de la cripta, la charla animada de la gente en aquel mortuorio recinto me desvanecieron un instante... Esa alegría de la muerte, esa exaltada fe religiosa, tienen por móvil algo muy triste. Son las manifestaciones de un dolor insufrible y prolongado: el dolor de un pueblo oprimido que padece hambre, frío, persecuciones, y que se refugia en la esperanza de la muerte, consolándose del atormentado vivir.

La resignación es virtud cristiana, pero la alegría de la muerte me angustia y me horripila. Es algo ultrahumano e inhumano: es para mí más tremendamente aflictiva que la desesperación.

Entraron los hombres encargados de cerrar la caja y sacar el cadáver, y con ellos una mujer, de tipo artesano, modesta y simpática, acercóse a mí y, saludando con la reverencia de los inferiores, que es halago del servilismo miedoso y en ella era saludo de cordialidad digna, me dijo:

—Anusia pertenecía a la congregación de la que soy *hermana mayor* hace veinte años, y costea la sepultura y el entierro de las congregadas. Pero nuestros entierros son muy pobres, y como la muerta deseaba ser enterrada bien, nos hemos permitido costear—entre las hermanas y las personas de buena voluntad—un coche con dos caballos y cuatro faroles que llevarán otros tantos empleados de la funeraria vestidos de riguroso luto. Espero que la señora aprobará lo dispuesto... Hay que enterrar a los muertos según lo desean.

Serán dichas por el alma de Anusia quince misas cada mes, y una cantada, cada año, en la catedral. Dos sacerdotes de nuestra congregación vendrán al entierro y un santo fraile capuchino asistirá también, por caridad. Tendrá la pobre que mendigó en vida, entierro de ricos, un lucido entierro.

A poco, tras el coche precedido de una cruz, los tres religiosos y los enlutados portadores de encendidos faroles cubiertos de gasas, nos encaminamos al cementerio. Rodeábanme las buenas mujeres, que hacían coro al solemne salmodiar de los curas, y a mi lado Yoasia me tomaba de vez en cuando el brazo ayudándome a sortear los escollos de la nieve amontonada en las callejas solitarias.

Tú me acompañabas, Carlos querido, y el cortejo, el canto fúnebre y el paisaje, acentuado de desolación por la luz del sol invernal, todo se desvanecía en una melancolía grave que nos envolvía a ambos suavemente. Entramos en el cementerio y la campana saludó el cadáver de la pordiosera con los mismos acentos quejumbrosos que saludaba a los potentados. Atravesamos largas calles bordeadas de capillitas y mausoleos espléndidos, sobre los que se curvaban cargados de nieve negros ramajes, y

rozando la verde copa de los pinos pasaban graznando bandadas de cornejas y parejas de cuervos chilladores.

La fosa estaba abierta... Nos acercamos a ella. Descendió lentamente la caja y nos arrodillamos todos. Echaron los sacerdotes las primeras paletadas de tierra y tras ellos nosotros. Desapareció el ataúd, y el rezo fervoroso de los curas y las mujeres acallaba con sublimes murmullos el golpe de la tierra al caer en la tierra. Se rellenó la fosa, allanaron el terreno removido; el fraile, en una postrera oración, invocó el nombre de la muerta que nadie ya jamás había de pronunciar en el mundo, y se dispersó el acompañamiento en las alamedas glaciales.

Me interesaba la firmeza, a la vez digna y humilde, de la hermana mayor de la congregación piadosa, y acerquéme a ella. Seguida de varias mujeres volvía a la ciudad y era conmovedor oírlas. Iban alborozadas por haber dejado ya en tierra santa a la compañera que en aquel lugar sería llamada al juicio supremo.

Y a la alegría de aquella muerte cristiana, uníase en sus corazones la exuberante alegría de la resurrección, la dulzura de aquel entierro con faroles enlutados y tres sacerdotes, recompensa envidiable, a la torturada existencia de la mendiga.

A Yoasia le brillaban los anémicos ojos: su cara redonda, de pómulos salientes, azotada por el viento frío del atardecer, sonrosábase, y el lacio cabello, del tono del lino, repartido a uno y otro lado de la frente, movíase en el estremecimiento de la continua risa que animaba la cara, el ser todo de mi devota sirvienta.

Volví a casa aterida, pero vigorizada de fe, de esperanza, de sosiego. Es conmovedora y sublime la religión que tiene

las mismas preces de misericordia y de amor para los reyes que para los mendigos. Es infinitamente dulce esperar que todas, todas las criaturas de la tierra serán consoladas...

Y aquí estoy, ante tu retrato, diciéndote mucho más de lo que te dicen estas líneas, que temo vayan a nublar tu convalecencia. Quizás haría bien en no mandártelas, pero te las envío, ansiosa de que conozcas mi vida paso a paso, todas mis impresiones.

Nuestro cariño, nuestra comunicación bienhechora avivan mi compasión por los desgraciados. Quisiera curar a todos los enfermos, hartar a todos los hambrientos, compartir con todos los que sufren de amor, este desbordamiento de contento que me viene de ti.

¡Ah!, pero conste que mi generosidad no es despilfarro, y que quisiera poseer, guardar para mí, para mí sola, al poeta de los ojos displicentes.

DE MARÍA A CARLOS

Tu carta de último de año, que con retraso de dos días llega a mí, me embelesa. ¡Cómo poetizas mi debilidad! ¡Qué expresiva de delicadeza es tu solicitud y qué profundo eres en sentir y en pensar! Pero has hecho mal en hablarme de nuestro encuentro futuro. (¿En dónde? ¿en la tierra, en el cielo?) Que deseas verme, lo sé. En cuanto a mí..., yo no quisiera desear nuestro encuentro. En este punto, me tienes metida en el atolladero de la inconsecuencia y de la incongruencia femeninas. ¿Hay nada más natural que dos personas tan amigas como nosotros, tan ligadas por una correspondencia de la índole de ésta, deseen verse?

La comunicación epistolar, por efusiva y sincera que sea, no reemplaza la conversación, no pone en contacto más que ciertos lados del alma que sólo se abre y se expande enteramente en la reciprocidad del trato personal.

Y sin embargo... yo no quiero pensar en nuestro encuentro, y te repito quisiera no desearlo. ¿Por qué? Lo ignoro yo misma. Es verdad que a veces temo que te desencantes, es verdad... Todos los absurdos más absurdos pueden ser verdades para personitas como yo, tímidas, vehementes, indefensas e inútiles, que temen lograr por miedo a perder lo logrado. *Le mieux s'est l'ennemi du bien*, dice un adagio francés inspirado en la más práctica de las filosofías: la del contentarse con lo que se tiene...

Si para nosotros es un bien infinito este cariño de ausencia, este encuentro milagroso de nuestras almas, que vibran juntas, que se necesitan y se aman a distancia, ¿por qué desear más? Contentémonos con nuestro bien, gocémoslo en una placidez de todos los días, de todas las horas, sin ocuparnos de mañana.

La idealidad de nuestro cariño es su fuerza y su poesía inefable.

Todo lo más puro, lo más alto, lo más hondo, se empequeñece o se desvirtúa adaptándose a la vida real. Cierto que mil veces ansío estar a tu lado; cuidarte ahora que estás herido, pero el hecho de hallarme ahí es cosa de sortilegio y no implica el de nuestro encuentro previo.

Llegué... no sé cómo; no ha habido *antes* ni ausencia, y estoy junto a ti cual si lo hubiera estado siempre, cual lo está la sombra al cuerpo.

Curo tu herida, te acompaño, te sirvo, sustituyendo a tu Ramón, del cual estoy un poco celosa, y tu sola presencia, sin que me hables, sin que me mires, me penetra de una radiante felicidad que no es humana.

Mi vida, al lado tuyo, se desliza tan naturalmente; mis ocupaciones de enfermera, me son tan propias que... No puedo explicarme exactamente... Tan sin esfuerzo lo hago todo, tan sin preocupaciones se pasan los días en una atmósfera de suavidad deliciosa...

—De ensueño—te oigo decir.

Bueno, sí, de ensueño. ¿Crees que los sueños no son vida también?

Después de tales disquisiciones nebulosas voy a quitarte el amargor de la boca contándote un lance divertido.

Pasé, de recién casada, un año en Goetingen, y allí conocí a cierto filósofo alemán de gran prestigio, a su mujer, a la vez su Sibila, su bibliotecaria y cocinera, y a dos de sus hijas, que discutían en griego; eran como sus padres escuálidas vegetarianas y a las cuales los estudiantes designaban con los significativos apodos de «Lógica» y «Metafísica».

«Lógica» tenía las mejillas marfileñas, los ojos garzos, obscuro el cabello que, recogido a ambos lados de la frente, desproporcionada en su anchura, le daba aspecto de madona prerrafaelista. Adoraba la música y se vestía monótonamente de negro.

«Metafísica» tenía colorada la tez, pajizo el pelo, azules y expresivos los ojos, impertinente la naricilla, feísima la boca y engalanaba su cuerpo desgarbado con telas claras y vistosas.

Su culto era la filosofía. Sus amores su padre y el sistema filosófico de su padre. Toda aquella familia fué cordial y bondadosa conmigo en la terrible época de nostalgia y adaptación fuera de mi patria.

Más de una vez «Lógica» me dió el olvido de la dura realidad con sus *lieders* plañideros, y «Metafísica», para consolarme, trataba de meterme en la sesera con la voz más queda e insinuante del mundo, embrollos de la filosofía alemana: pero ante mi torpeza invencible para ciencia tan alta, me hablaba de sus excursiones a Grecia, de donde trajo, con otras maravillas, un soberbio Eros, cuyo irreprochable torso y cuyos labios sensuales «Metafísica» alababa muchísimo.

Ya en Polonia, alguna vez tuve noticia de ellas. El padre, que durante quince años no había llevado a la boca carne, pescado, ni huevos, al aceptar un banquete en Berlín claudicó y... lo pagó con la vida.

«Lógica», enamorada de un obscuro poeta alemán, hermano de otro celebérrimo, se consagró a educar los hijos del amado con gran contento de la esposa, buena y práctica burguesa.

El poeta, que adoraba a Wagner, y sobre todo a Wagner interpretado por «Lógica», inspirándose pasa horas enteras oyéndola, sumidos ambos en el arrobamiento de un amor platónico que tiene por finalidad... amarse, y por aspiración suprema deleitarse al unísono con las electrizantes y reveladoras armonías del maestro.

Cuando las manos fatigadas de la pianista se quedan inertes en el teclado y su mirada busca la altura, la melodía cesa, pero el éxtasis continúa y los enamorados se separan tras largo silencio sin cambiar una palabra. El poeta se

levanta, se despierta a medias de su deliquio, estrecha y besa la mano de la musa, cuyas mejillas la felicidad colorea levísimamente, y pensando en él, hundida en la penumbra de la habitación, quédase abstraída, sola...

Hace un par de meses «Metafísica» me escribió que deseaba verme y consultarme planes de su porvenir. Calcula tú si me extrañaría que la más sabia y enérgica de las mujeres quisiera consultar nada menos que «planes de su porvenir» a la más ignorante y abatida de todas.

Y hete aquí que llegó anoche, que ya sé de qué se trata y que me encuentro asombrada y perpleja.

El amor me inspira cierto religioso fervor: cuando veo dos novios próximos a casarse, me escalofría el miedo de lo desconocido que les espera y que con tal despreocupación ellos afrontan.

No asisto jamás a una boda. ¿Es esto el resultado de tomar demasiado en serio aquello de que en el matrimonio quien no es víctima es verdugo?

«Metafísica», asexual estéticamente, tan pajizo el pelo como antes, pero más lacio; fea siempre, pero más interesante, me dijo en resumen:

—Hace seis meses, en un viaje que hice por Italia, conocí en el tren a un caballero portugués. El, como yo, se detuvo en Florencia, y en el primer paseo que dimos juntos horas después de conocernos, me tomó por la cintura y me dijo como la cosa más natural del mundo: *que yo le pertenecía ya.*

No me sorprendió que creyera lo que creía puesto que mi simpatía por él se acrecentaba súbitamente, pero su seguridad fué lo que me extrañó e interesó sobremanera.

Intimamos, nos hicimos inseparables y nos prometimos, al despedirnos, volver a vernos pronto. Vehementísimo y enamorado de mí, al besar, había respeto y reserva en sus besos.

—Vendrás a mí—me decía—cuando mi presencia y mis frases no te sugestionen. Cuando te convenzas en tu país y entre los tuyos, que sin mí no puedes vivir, que estamos predestinados el uno para el otro.

Desde hace tres meses anhelo ir a él, deseo unirme a él y él me contiene en páginas que son poemas de amor, abrasadores y elocuentes...

En ésta su carta de hace dos semanas me llama al fin, me comunica sus planes: iremos a América, donde tiene sus negocios, viviremos en los vergeles de las pampas argentinas... Nos reuniremos en París en cuanto esté liquidada mi fortuna, y como esto no tardará ya más que unos días, he querido ver a usted y decirla que amo y uno mi suerte a un compatriota suyo, porque portugueses y españoles son hermanos, ¿verdad?

Yo me quedé, terminada la confidencia, como quien ve visiones, y lo único que se me ocurrió preguntarla fué esta tontería:

—¿Qué es su novio de usted?

—No sé; tiene negocios en la Argentina.

—¿Conoce usted su vida, su carácter?

—Su vida no, pero su carácter sí. Es noble, franco, me ama con pasión...

—¿Y usted?

—Locamente.

«Metafísica» se estremeció de pies a cabeza como si la certeza de su amor le fuera delicia, y yo brutalmente la interrogué:

—¿No teme usted que el portugués sea un aventurero?

—No lo temo, porque no lo creo.

Leímos sus cartas llenas de los lugares comunes de la pasión que besa, abraza, muerde. Vi su retrato, que es el de un hombre como de cincuenta. años, canoso, enérgico, de mirada audaz.

Me pareció que la pobre «Metafísica» estaba al borde de una sima peligrosa, y queriendo apartarla de ella, le tomé las manos y la hablé sinceramente de alma a alma. Inútilmente. Amaba, creía... El porvenir era de rosas para ella.

—¿Qué le atrae a usted en ese hombre desconocido?

—Todo. Su capacidad de comprenderme me admira. No sabe mi lengua, desconoce el medio en que me he criado, mis estudios, mis aficiones, y me habla de todo como si hubiéramos pasado juntos la existencia. La vivacidad intelectual de los latinos es subyugante. Nosotros, los anglosajones, llegamos a la síntesis después de triturar los pensamientos. En ustedes la comprensión, la deducción, son los espontáneos derivados de la idea inicial. Nosotros pensamos con los sentidos, ustedes con el corazón; por eso tienen ustedes a Camoens, a Cervantes, a los artistas mayores. El sentimiento engendra el genio.

Bravo, «Metafísica»—pensé sonriente—, y le dije un si es o no es burlona, te lo confieso:

—¿Continuará usted sus trabajos filosóficos en los vergeles de las pampas argentinas?

—No sé. Mi prometido dice que más vale vivir que filosofar.

—¿De modo que está usted decidida?...

—Irrevocablemente, a seguirle unida a él para siempre.

—Pero, ¿qué es lo que más agrada a usted en ese extranjero?

— ¡Su amor!

¡Ah!, después de tal afirmación, ¿qué responder a la incauta filósofa? Si se hubiera enamorado del hombre, tendría probabilidades de desencantarse, de *desenamorarse*, pero enamorada del amor, no tiene cura. ¿Verdad?

Y lo peor es que el portugués *apaixonado* no me gusta nada y temo para esta inocente sabia un negro porvenir.

¿No te parece que es su sabiduría la que fatalmente le llevó a los brazos del fogoso galán, por reacción naturalísima del sentimiento embotado en los estudios de lo abstracto y lo trascendental?

Sabe mucho; pero ignorante de sí misma y de la existencia, la venció el primer hombre que se fué derecho a su corazón de mujer... ¿Qué piensas tú?

En todo caso estoy casi cierta que la dulce «Metafísica» va a llorar mucho.

DE CARLOS A MARÍA

Estas son las últimas líneas que te escribiré con los ojos vendados, y lo siento casi. Me era grato arrostrar por ti una dificultad aunque tan insignificante como la de escribirte a

ciegas. Me es grato probarte de todos modos, hasta en los detalles mínimos, que es perenne mi anhelo de ti.

Pasado mañana saldré a dar un paseo en coche y dentro de cuatro o cinco días volveré a la normalidad de la vida. No los médicos, tú me has curado.

¿Crees que hago una frase bonita para halagarte? No. He querido vivir para amarte: he querido vivir porque te amo.

No hay medicina en la farmacopea universal que valga lo que una bienandanza. La vitalidad orgánica vence los males: el amor, que es la vitalidad máxima del espíritu, vence de la muerte.

¿Sabes cuando envejecemos? Cuando perdemos la intensidad de amar. ¿Sabes por qué morimos? Porque nos fatigamos de vivir y de amar.

No imaginas por qué fases va pasando mi sorpresa al describirme tu vida ahí; cuando te veo entre esas gentes extrañas. Tú, tan diferente de ellas, tan mía, confinada en esas nieves, ensombreciendo tu espíritu con tristezas ridículas o tragedias del intelecto, ¿por qué no abandonas ese país? Reintégrate a nosotros, vuelve. Me sobrecoge a veces un vago miedo por ti... y lucho con el impulso de ir en tu busca, de arrebatarte a esas gentes, de salvarte.

Polonia me interesó siempre y hoy me irrita. ¿Qué lazos te ligan a ella más fuertes que los que te ligan a mí?

Me ha hecho reír ese marido pusilánime que vuelve a su mujer como oveja descarriada. Es un necio. Ignora que cuando se dice a una mujer que ya no se la ama, no debe volverse a ella jamás.

¿Que se equivocó? Hay equivocaciones concernientes a la conciencia y al honor que se pagan con la vida y que deben pagarse con la vida. Los errores del amor se pagan con el alma: en uno u otro caso, retroceder es cobardía.

La mujer desdeñada a causa de otra no perdonará nunca completamente, y hace bien: todos los perdones posibles en amor tienen sólo una eficacia negativa.

Olvidar no es crear, y tú me encantas al decir que si fueras mi mujer (¡qué gozo me ha causado la sola suposición de que lo fueras!) no volverías a verme si te dejara por otra. Y harías bien. Eso es lo humano, eso es lo digno.

El marido de tu amiga es un botarate. Ella empieza a serme simpática solamente en su tristeza de la reconciliación.

Polonia fué siempre un país de ambiciones desequilibradas y de anárquicos. Me interesó mucho su historia: en mis tiempos de escolar a puñetazo limpio argumentaba yo en contra de los usurpadores que algunos de mis camaradas defendían para enfurecerme. Ignoro si sabes que España es la única nación europea que no ha suscrito el inicuo reparto, y que nuestras madres usaron collares y pendientes de gruesas perlas negras que se llamaban lágrimas de Polonia.

Hasta hace poco había iglesias donde las congregadas de la oración se reunían periódicamente para impetrar del Todopoderoso la independencia y el bienestar de la infeliz Polonia.

Polonia, por distintas razones que nosotros, pero como nosotros, ha sido un pueblo ingobernable. Sus Woyewodas y

sus Hetmanes, como nuestros nobles, pusieron empeño en minar el poder real. A éstos les cortaron las alas, y la amputación, que costó mucha sangre, los detuvo. A aquéllos los detuvo la tragedia de la desintegración cuando la hedionda Catalina, con el primer beso dado a Poniatowski, hizo lo que Judas: entregó maniatada a Polonia.

De la legión de los románticos de la libertad, Kosciusko me es el más simpático. Cuando yo vaya a verte, a sacarte de ahí, pasaremos por el Rynek de Cracovia, donde Kosciusko electrizó a sus voluntarios con un juramento.

Queda algo de los hombres en los lugares por donde pasaron creyentes en sí mismos, iluminados por el ideal, depositarios de la fe y la esperanza de sus compatriotas.

Aquella tu carta a Solares, que me emocionó, de la cual por invencible atracción (ahora explicada) no podía separarme, habla de un novelista polaco, y por lo que de él entreví lo reconstruyo.

Zieromski, Wiszpianski, como sus precursores Slowacki y Krasinski, carecen absolutamente de la cualidad que yo más admiro en la obra de arte: la medida, la armonía. Seguro estoy que lo que falta a los poetas es lo que falta también a la raza toda.

El conocimiento que tengo de los polacos, en gran parte adquirido en Sienkiewicz (que es, con Víctor Hugo, el novelista más grande de nuestra época, el más integral, el único indiscutible), me los hace a la par atractivos y antipáticos.

La Naturaleza los ha dotado de los elementos psíquicos indispensables a la perfección individual, que disuelven e inutilizan en su espíritu caótico, los otros elementos

coexistentes, inferiores, pero más fuertes que aquéllos. Se me aparecen los polacos inconsistentes, inquietos, debilitándose en la vacilación o la autocrítica.

Me figuro que la masa general no es así; que los nobles guerreros y vividores de antaño han dejado herederos; pero la juventud, los artistas, lo más exquisito de la raza, es como la describen sus novelistas y sus poetas. Y es lástima, porque tienen esas almas algo que impulsa al más amplio desarrollo humano: el descontento de sí y de los demás.

Quien se extasía ante sí mismo, quien se goza en sí mismo, no va adelante, no progresa. La inquietud del que busca le hace llegar; pero si la inquietud es epiléptica le hace caer. El descontento psicológico de los polacos es anómalo.

Plosowski y Polaniecki, las dos antítesis del tipo polaco, tienen el mismo defecto de origen: no saben lo que quieren, y cuando lo saben caen en la melancolía de lo ya conocido. Vuelta a buscar, a escalar la terrible cuesta de las aspiraciones vagas, irrealizables.

Recuerdo un detalle característico de esas complicadas almas del Norte. Conocí en Niza a una encantadora y espiritualísima dama varsoviana que sufría ansiando.... *el día de ayer*. Lo que ya no es, lo que ya no volverá a ser nunca. Casi nada, ¿verdad? El día de ayer.

Dime algo de tu predilecto Raymont; lo que conozco de su obra me entusiasma. Lo creo el más polaco de todos, el más humano, el que va a descubrir mundos nuevos ahondando en su tierra inexplorada. Su talento es enorme de variedad como la Naturaleza, su maestra.

He dejado correr la pluma y no sé lo que he escrito. Ramón ha ido separando las cuartillas y poniéndome bajo los dedos otras que he llenado con mi escritura borrosa y torpe. Un doble proceso mental movía mi pluma y mi corazón. Todo el tiempo que te he escrito he hablado contigo de otras cosas: de ti, de mí, de lo que hubiera podido ser nuestra vida, de lo que será. Sí, de lo que será, porque yo no me resigno a que no tengamos porvenir, a no tener más que ausencia. Me ha sido delicioso este recogimiento de casi tres semanas aquí con tu pensamiento, contigo...

Ahora reempezará el trajín vulgar de la vida diaria, el desfile de los comediantes. Me esperan días duros. Estoy en desacuerdo con mi partido. Mis correligionarios, en nombre de la libertad, no respetan ninguna, y por salvar una doctrina capaces serían de despoblar a España.

Aborrezco los demagogos y barrería a golpe de cañón los demagogos de frac y corbata blanca. No sabes tú que la mayor ignominia que cometemos los políticos la cometemos hacia nosotros mismos cuando pasamos sobre nuestra conciencia—a veces sobre nuestro honor—para salvar el honor de los demás, para servir ambiciones ajenas, a las que nos ligan compromisos de programa y de historia.

Tenemos el estúpido pudor de no ir a la plaza pública con nuestras disensiones—brecha que para el asalto aprovecha el enemigo—, y no tenemos vergüenza de cooperar en una obra que reprobamos.

Despréciame, pero ámame. No, no me desprecies; si lo hicieras no podrías amarme.

Quisiera no haber sido político jamás; quisiera no haber conocido más mujer que tú.

¿Te distraerá la historia de «Metafísica» y su extremoso galán? ¡Qué largos se te harán en la inacción los días! ¿Verdad que pronto estarás restablecido?

Me consume la impaciencia por saberte ya bien, y cada vez que reflexiono en el tremendo accidente me sobrecoge el temor de que no ha pasado el peligro mientras tú no estés curado. Mi sueño, la visión de aquella noche aflictiva, me causa pavor por lo que tiene de extraordinario y misterioso.

Me amedrentan ciertos fenómenos telepáticos que nos revelan secretos de almas lejanas y nos descubren el porvenir. No quiero saber lo que me espera... Tengo miedo de entrever los arcanos del mañana. La ignorancia del futuro nos ayuda a vivir, porque ella es confianza y esperanza también.

Hoy voy a compartir contigo un remordimiento. He sido ingrata con la persona que ha llorado mis penas, que más hondamente me ha querido.

Halina, de la que no te he hablado aún, me escribió quejándose de mi silencio. Y tiene mil veces razón. La contesto con la verdad; desde hace casi diez meses, tú y sólo tú has movido mi pluma. Mi pensamiento es perezoso para cuanto no seas tú.

Ella, indulgente y grande, me responde alegrándose de la causa de mi silencio, «de la primavera que florece para ti entre las nieves prolongadas».

Halina es el entendimiento más fuerte, y el alma más sensible y poética que he hallado. Tal consorcio de la sabiduría y la abnegación, de la voluntad y el entusiasmo,

sólo en estos países puede hallarse, porque la mujer aquí no vegeta, vive, y su radio de acción es tan amplio que la da ocasión de cultivar todos sus dones.

Unida a uno de estos hombres heroicos entregado al servicio de su patria, con él compartió los martirios de Siberia durante años, y huidos de allá viven en el destierro. Los conocí en circunstancias trágicas. Acompañaba yo a mi marido, que iba a hacer una cura de aislamiento en Suiza, y atacado súbitamente de locura, Halina me salvó de su furia.

Con ella entré en aquel manicomio de las montañas engañando al enfermo, que no quería separarse de nosotros.

Con ella fuí años después a sacar un cadáver, que trajimos a la tierra de sus mayores.

De las personas que comparten nuestras alegrías, no podemos saber nunca cómo y cuánto nos quieren. De las que con nosotros sufren lo sabemos de modo indudable. He sido ingrata con Halina por ti.

Déjame que yo misma me imponga el castigo, cesando en este momento de escribirte para hacerlo a la santa amiga que me sostuvo en el desfallecimiento, que hizo más aún: sintió como suyas mis penas, y hoy olvida mi ingratitud por mi alegría...

Pero este es un castigo a medias porque al escribirle a ella voy a hablarla mucho de ti...

DE CARLOS A MARÍA

Vuelvo de dar mi primer paseo en coche, y ya supones dónde he ido. A los criminales les atrae el sitio en que

cometieron el crimen, y a él vuelven fatalmente. Si el tétrico lugar del pecado llama al pecador, ¿cómo no había de llamarme el santo lugar donde en cita de amores se hallaron nuestras almas junto a la muerte, que, compasiva, nos miró y se alejó de nuestro lado?

He visto el sitio donde caí...

Las hierbecillas crecen al sol apiñadas en los secos terruños, y los álamos de la Florida murmuran las melancolías de los árboles en espera de mayo.

El ambiente tibio con aromas de los pinares del Pardo recrea los pulmones, vivifica. Bajo un sol esplendoroso se alarga el polvoriento camino del Pardo, que se me antojó por momentos cantera de cuarzo aurífero.

Las aguas del Manzanares corrían brilladoras en el hondo del paisaje, entre la blancura de las ropas puestas a secar, y en el horizonte azul—de un azul vivo, sin nubes, madrileño—las crestas del Guadarrama lucían sus nieves. Amo las montañas... No, ya no amo más que a ti.

En estos días invernales tienen los campos una difusa belleza que me penetra y me exalta. El misterio de la germinación los hace silenciosos, silenciosos, pero expresivos de aspereza y recogimiento. En los crepúsculos rojos, encalmados, la luz parece la llama de un rito incognoscible, insondable.

Lo caído, lo que fué, el polvo de las grandezas y el polvo de las flores toma nuevos modos de ser en lo ignoto. La vida es la evolución, un movimiento constante de disgregación y asociación en lo infinito. La obscura afinidad de las partículas que se buscan crea la inmensa varia hermosura material.

¡Quién sabe si los más grandes trastornos geológicos no son ocasionados por el esfuerzo inaudito que hacen buscándose, desde los extremos contrarios del mundo, dos elementos de belleza cósmica que para integrarse se atraen irresistiblemente siglos y siglos; se abren paso minando los continentes y los mares y al fin se funden, creando una montaña, un lago, una flor escondida! Sí; la Naturaleza, incesante de actividad, tritura, moldea, crea. Déjame fantasear mirándote, que hay momentos en los que se detiene pensativa. ¿Cuándo? Cuando dos almas, desde los polos de la vida, se atraen, se buscan y en suprema conjunción eternizan la magna belleza del amor todopoderoso.

No tuve valor para entrar en la Moncloa sin ti; no quise mirar solo los excelsos ángeles de Goya en la iglesia que te olía a juncias y pomares de tu tierra vasca. Me detuve ante el blanco pórtico desierto, que tantas veces animó la realeza y la cortesana galanura de los madrileños de antaño, y la viva tristeza de glorias y tiempos fenecidos se apoderó de mí, pero la venció otra más punzante: la tristeza de mi soledad. Me vi solo, me sentí solo. Te llamé, te evoqué, y por la primera vez desde que nos hemos encontrado percibí que la evocación es sueño, es sombra... El recuerdo tiene la plasticidad avivadora del deseo; el deseo que no posee recuerdos es como el huracán queriendo fijar las nubes, como el impotente artista que intentarla labrar estatuas con niebla. Fué a ti a quien busqué y vino a mí tu imagen fría, intangible... Es *a ti* a quien quiero tener en cuerpo y alma, a ti, a ti...

DE MARÍA A CARLOS

El contento que me trajo la noticia de que ya están bien tus ojos, de que ibas a salir a paseo, me ha sacudido con energía bienhechora, y desafiando el frío de veintiún grados bajo cero, que hiela las palabras en la boca; sin miedo a la nieve—que es deliciosa sólo para vista en películas cinematográficas—, ¿qué dirás que hice? Me vestí las pieles, que es como disfrazarse de oso, y... ¡a la calle! Eché a andar de prisa, al azar, necesitada de movimiento, animada por un bienestar físico que es la alegría del cuerpo. A duras penas me contuve de detener a los niños y a las mujeres que apresuradamente se cruzaban con mi pobre personita vestida de esquimal, para gritarles la buena nueva de tu restablecimiento, para hacerles partícipes de mi satisfacción desmedida, desbordante. Me aproximé a un trineo, monté en él, y el cochero, al oírme decirle: «Corra usted un rato por esas calles de Dios», me miró curioso, y respirando fuertemente respondió con sorna:

—El tiempo está hermoso.

—Sí, hermoso, todo es hermoso—creo que le contesté echándome a reír. Y el buen hombre, con sus manazas enguantadas en bárbaro cuero, enganchando a uno y otro lado del vehículo la doble piel que los cubre, y contagiado de mi risa, soltó una carcajada que difundió su aliento aguardentoso.

A escape me llevó por las grandes *aleyes* de arboledas petrificadas al conjuro del genio de la inmovilidad.

Como de inmensas canteras marmóreas, del Vístula, congelado, sacaban bloques de hielo los trabajadores, que me parecieron cíclopes edificando no sé qué prodigioso monumento a los que aquí luchan por su patria. Pasamos

por la ciudad vieja, en cuyas callejas aun hay sugestivos rincones de leyenda y poesía, lo único que queda del pasado, porque no pudo ser llevado a San Petersburgo, como lo fueron las bibliotecas, los museos, los mobiliarios regios, las mil obras de arte de los palacios particulares confiscados.

Campanilleaban a veces, pasando a escape, los magníficos trineos moscovitas, cuyos cocheros, insolentemente vestidos de rojo, sacudían sus látigos dándose aires de magnates apaleando a sus siervos; algún humilde judío deteníase para no ser aplastado, y su perfil bronceño y sus ojos de sombra y fatiga movíanme a curiosidad y compasión. A veces se encuentra entre estos israelitas alguno que semeja a nuestros hombres de Andalucía y Levante. Quizás desciende de aquellos que tan ignominiosamente expulsamos.

Y al mismo tiempo que me fijaba en los sitios, en las personas, en los mil detalles del movimiento de las calles, me repetía entera tu carta haciendo comentarios. Mi actividad cerebral, triplicada por la alegría, recogía las imágenes, recitaba tus frases, hablaba contigo. ¿No te parece hermosamente extraño ese proceso psicológico que desenvuelve simultáneamente en nuestros espíritus ideas y sensaciones a veces contradictorias entre sí, que por igual nos absorben y por igual nos son perceptibles? Si los filósofos nos explicaran el cómo y cuándo de esos y otros misterios anímicos, ¡qué interesante sería su ciencia! Pero las conjeturas no son la verdad, y la verdad nunca la conocemos los hombres. ¡Ah!, pero las mujeres sí. Yo estoy en posesión de una verdad incontestable que... me contengo de decírtela aunque rabio por confiártela al oído... muy al oído... Adivínala tú, Carlos. No es difícil el acertijo...

Anochece, y aquí estoy de vuelta, en el rincón predilecto de mi cuarto—sentada de espalda a la ventana para no ver caer la nieve—, en un sofá muy chico, junto a la mesa cargada de libros y chucherías, donde hoy tengo jacintos entre tu retrato y el de mis pequeños. Y aunque me retoza la alegría en el cuerpo—como dicen en tus Madriles—, y más ganas tengo de cantar, de bailar, de hacer tonterías, hasta de decírtelas, que de ponerme seria y hablarte de cosas graves, allá voy... Prepárate, porque el chaparrón puede que sea fuerte...

Cuanto más voy conociendo tu vida y voy descubriendo lo dura que es, te voy estimando más... Pero mi cariño no puede quitarte cuidados. Si los suavizara ya sería algo, y tú sabes cuánto lo deseo. Pensé que al menos la política te daba las satisfacciones que ella ofrece a los que de buena fe trabajan por su patria, a quienes honradamente la sirven. Y veo que no es así, que en desacuerdo con tu partido, vas, sin embargo, a arrostrar los sinsabores de una tremenda responsabilidad, de un acto que tu conciencia reprueba. Carlos, me asusta tu situación.

¿Qué compromisos, qué amistades, qué programa político o qué falsos pudores pueden obligar a un hombre a hacer algo contra sus convicciones éticas?

Quien tal exige de ti es tu enemigo, tu peor enemigo, porque atenta a lo más sagrado y libre del ser humano: su conciencia. Yo no sé si en el orden político hacen bien o mal tus correligionarios en meterse con las órdenes religiosas, que reverencio, que amo, que creo necesarias y provechosas por lo que son, por lo que representan de poesía legendaria; porque en los conventos vacíos la anarquía no haría escuelas, sino clubs, antesalas de cárceles. ¿Me equivoco? Es probable. Las mujeres no

entendemos de esas cosas, y yo menos que todas ellas; pero en lo que tenemos voz y voto es en defender lo bello, y lo justo: en querellarnos por la moral, sobre la que pasan los hombres ocupados y preocupados de otros altos problemas. Y no me explico que los sociólogos, los reformadores o los políticos más serios, hasta los más puros de intención y de vida, dejen en casos dados arrinconada la ética para poner en pie y en movimiento una ley, una teoría, un proyecto oportunista, suerte de autómata que, haciendo piruetas y dando tumbos, recorre un breve camino y cae al fin.

Todos tenemos deberes ineludibles hacia nuestros semejantes; la inteligencia, la salud, la belleza y la fortuna son privilegios que nos imponen deberes hacia los demás; pero nuestro primer deber es hacia nosotros mismos.

Quien contra su conciencia pacta con sus amigos, con sus correligionarios, con quien sea, comete una mala acción, es traidor a sí mismo. El valor de las propias convicciones hace estimables y virtuosos a los hombres, y sólo la entereza de carácter que soporta a veces la humillación de un error reconocido, la mofa, pero no soporta el desprecio de sí mismo, da autoridad prestigiosa a los que ejercen el poder.

Perdóname esta seca peroración que me sale del alma al saberte en desarmonía con tu partido, y lo que es peor, en desacuerdo contigo mismo por seguir a tu partido.

El conocimiento de tu vida pasada, todos los pecados de tu juventud altanera y desordenada, no han dado a mi corazón la sombra que lo envuelve ahora, sabiéndote decidido a transigir con lo que no debes.

La pasión, la impresionabilidad, la inexperiencia y la despreocupación de los pocos años, son disculpa de muchos yerros. Pero cuando se está en lo alto de la vida y en

posesión de si mismo, hay transigencias que son debilidades imperdonables.

Me dices que te desprecie. No, no podría despreciarte jamás... Pero me dolería, me dolería infinitamente tener que estimarte menos.

DE MARÍA A CARLOS

Te he escrito ayer unas líneas que te serán desagradables. Quisiera con éstas borrar la mala impresión que te dejaron, pero vuelvo a tu carta y torno a mis ideas de ayer.

«Me esperan días duros; estoy en desacuerdo con mi partido, que intenta llevar a las Cortes un absurdo proyecto coercitivo de las órdenes religiosas.

»No sabes tú que la mayor indignidad que cometemos los políticos la cometemos hacia nosotros mismos cuando pasamos sobre nuestra conciencia, sobre nuestro honor a veces para salvar el honor de los demás y servir ambiciones ajenas a las que nos ligan compromisos de programa y de historia. Tenemos el estúpido pudor de no ir a la plaza pública con nuestras disensiones y no tenemos vergüenza de cooperar en una obra que reprobamos.»

Oye, Carlos, si hablas así, si con tal claridad llamas las cosas por su nombre, ¿cómo puedes aceptar una situación equívoca que te repugna? ¿Tienes contraídos compromisos que te obligan a ceder, a abdicar de tus convicciones, que son, con las cualidades, lo que hace dignos o despreciables a los hombres? ¡Imposible! ¿Es que los gobernantes han de hacerse solidarios del error de las masas incultas? Un

ministro, un jefe de partido ¿ha de ser prisionero a perpetuidad de sus correligionarios?

Transigir es gobernar, oí decir una tarde borrascosa en el Congreso. ¿Por qué no ha de transigir contigo tu partido? ¿Por qué has de ser tú —su jefe de hecho—quien ha de doblegarse y pisotear su conciencia?

No me explico tu actitud. No me explico que no haya componendas—cuando en la política las hay para todo—que te eviten la humillación, la vergüenza de hacer lo que repruebas. Si yo fuese tu hermana, tu mujer, alguien muy allegado a ti que compartiera estas horas de quebrantamiento, de lucha interior, pasaría por un amargo trance, y de seguro te irritaría con mi sermonear de mujer, ignorante pero terca en sus amores e intransigente en casos de esta índole. ¿Cómo es posible que tú, prestigioso, respetado...? ¡Perdona! Me callo, me callo ya. No te enojes y dominaré este descontento que me importuna.

¿Verdad que ya has vuelto a la normalidad de tu existencia?

¿Te sientes bien completamente?

Dime si la herida te ha dejado una cicatriz. Carlos querido, tú no sabes qué inmensa ternura ha despertado en mi alma tu enfermedad, tu sublime bondad al escribirme durante ella. Esa desgracia ha hecho familiar nuestro afecto, nos ha unido más íntimamente, y te aseguro que me eres ya tan cercano... tan cercano...

Dime cuándo será presentado al Congreso ese malhadado proyecto que rechazas y aceptas. ¡Cuánto me alegra no ser hombre, no tener que pasar por conflictos como el tuyo!... Pero por ti me apeno. ¿Conociste tú a

Ramiro Suárez, el famoso abogado que elegido para un alto puesto de la magistratura renunció a él el día que debía firmar una sentencia de muerte? ¿Recuerdas al general carlista, Juan Ruiloa, que insultado públicamente por un mequetrefe rehusó batirse porque sus convicciones religiosas condenaban el duelo?

Los espadachines, los rutinarios, los formalistas del honor, cayeron chilladores sobre el caballero, y la sociedad le acribilló con las saetas del desdén y de la mofa. Cuando por aquel entonces lo vi en una Esposición particular de acuarelas, experimenté emoción grandísima. Ostensiblemente los invitados al acto hicieron el vacío en torno suyo: en el vestíbulo un coro de valientes le anatematizaba casi en alta voz. El general en cuanto entró se percató de la hostilidad de las gentes, y sin darse prisa, pero deteniéndose apenas ante los cuadros, dió una vuelta por los salones, y erguida la blanca cabeza, serenos los ojos, salió digno, imponente de indiferencia.

Entonces comprendí que hace falta mucho más coraje para esquivar públicamente una querella que para aceptarla, y que quien arrostra impávido la impopularidad agresiva de sus conciudadanos, da más pruebas de valor que si se expusiera a recibir una lluvia de balas.

Noto que te hablo de lo que no quiero hablarte ya. Es que estoy dominada por una preocupación que no me deja, y por asociaciones de ideas que son una variedad del mismo tema: tu desacuerdo con tu conciencia.

Es que soy tonta de capirote, Carlos querido, y como no tengo motivos reales de tristeza, me los creo para no perder la costumbre de estar triste. ¿Quién me manda a mí, que no sé nada de nada, que no conozco a fondo tu criterio

de ministro, ni las circunstancias de la actual situación política en España, meterme a sentenciar y discutir? Tú sabes mejor que yo lo que te toca hacer, y mi fe en tu inteligencia, en tu carácter, en tu intachable vida pública, da —¡debe darme!—la certeza de que tu conducta en cada momento es obediente de los móviles más altos.

Quizás intentas sacrificarte por una idea beneficiosa al país; quizás te ofreces en holocausto, en momento de crisis que tienen a la patria en peligro. ¡Qué sé yo, Carlos, por qué dificultades pasáis los que estáis en el poder ahora! ¡Qué sé yo de las complejidades y misterios de la política, ni lo que amenaza o necesita nuestra España!

¡Que Dios te guíe, que mi afecto te acompañe!

Nieva incesantemente, y el viento bate los cristales haciendo mecerse ligerísimamente los transparentes y finos *stor* tendidos ante las ventanas. Un sonido estridente de trompa suena en la calle asordando el ruido especial de los vehículos que pasan a escape sobre el hielo crujiente. He mirado y he visto brillar al resplandor de macilenta antorcha los cascos cobrizos de los bomberos de la ciudad. Hay un incendio cerca... Es decir, que el dolor, la miseria, la muerte quizás, tienen cercada una casa. ¡Qué angustia! ¡Qué espantosa impotencia la nuestra al no poder evitar las desgracias de nuestros semejantes, al no poder mitigar el dolor en torno nuestro.

A través de los tules blancos de las ventanas se acusan los muros negruzcos del asilo de enfrente, y, sus tejados cargados de nieve. Los faroles amarillean en las calles glaciales, sobre las que voltean en fantásticos ciclos los copos que sirven de diversión al viento, y esta es la hora en que gusto de escribirte, de conversar largamente contigo.

Este momento de suavidad crepuscular, remanso entre el tragín del día y los quehaceres de la noche, me predispone a las confidencias nimias y tiernas. Quisiera tenerte sentado aquí, a mi lado, y que me hablaras sosegadamente de ti, de mí, de tus impresiones del día... Quisiera... Ante todo no confesarme a mí misma *lo que quiero,* y voy a dar luz y engolfarme en la lectura de un libro inglés que nos achaca terribles culpas, pero por el que desfilan nuestros conquistadores aureolados de glorias, gigantescos de audacia, únicos en la historia del mundo.

Suenan de nuevo las trompas de los bomberos, y retiembla la calle al paso de nuevos carros de salvamento que van a escape.

El incendio debe ser de cuidado. Y si ha prendido en hogares pobres, ¡con qué desolación verán a la intemperie sus moradores arder sus míseros ajuares, hundirse el techo que les dió abrigo!

Carlos, ¿por qué no estás aquí? Si te tuviera a mi lado, apoyándome valientemente en tu brazo te rogaría que fuéramos juntos al lugar de esa desgracia, a socorrer y consolar a las mujeres y los niños que desamparados lloran en la calle.

El dolor, la soledad nos hace egoístas y cobardes. ¡Ah!, sólo la felicidad nos hace mejores. Pero el amor cuando compadece y consuela a los que sufren nos hace divinamente felices.

DE CARLOS A MARÍA

Las asperezas de una situación complicadísima me rozan la carne, y siento en mis labios todas las hieles de la palabra

ineficaz.

Vuelvo de una junta donde a poco me asfixia el vanear de los unos y de los otros: la prisa de los unos por echarnos; el empeño de los míos en poner puntales a lo que se cae, a lo que se hunde irremisiblemente.

Estamos en el poder, pero carecemos de poder. Minados por la discordia y la indisciplina, somos un partido en disgregación, un ejército que urge rehacer, reorganizar, si ha de seguir luchando. Mis compañeros creen que para tal empeño hay tiempo aún; que ir preparando proyectos y más proyectos, de esos que hacen de un serio programa político un cartel de espectáculos populares, es lo que a la sazón necesitamos. Y yo creo que lo inminente no es alardear de fuerzas que no tenemos, sino hacernos fuertes. La sanción de una ley depende casi siempre del hombre o de la colectividad que la pide; de lo oportunidad en pedirla.

Un partido que cuenta varios caciques y no tiene jefe, es una agrupación que manda, pero que no gobierna. No es difícil presentar y hasta aprobar leyes cuando se cuenta con la mayoría parlamentaria: lo difícil es legislar para bien del país.

Creen mis correligionarios que un simulacro equivale a una batalla; que unidos todos en un esfuerzo común, vamos a vencer, y tras el triunfo populachero será más fácil aunarse, disciplinarse. El triunfo suele ser un buen aliado de los políticos; pero mucho mejor lo es la previsión. A mis vacilaciones de hombre público se suman, en la cuestión religiosa que traemos entre manos, repugnancias privadas individuales que debo acallar sometiéndome. Y me asquean los hombres en el presente instante, y me pesaría la vida como una maldición, si no te tuviera a ti, mi hallada.

Échame los brazos al cuello y dime que me amas. Sólo tu voz, tus palabras, tus caricias, mitigarían esta creciente irritación que me invade, esta sorda rebelión de hombre libre que han esclavizado. Un furioso descontento de mí mismo y de todos... Bésame, cálmame.

TELEGRAMA DE CARLOS A MARÍA

Tus cartas han virilizado mi voluntad. Estoy de acuerdo conmigo mismo y contigo. He presentado mi dimisión.

DE CARLOS A MARÍA

Hallarse de acuerdo consigo mismo, es descansar; estar de acuerdo con mi muy amada, es vivir.

Al llamamiento de tu rectitud no cedí pronto; he luchado. Las trabas que paralizan a los hombres en mi situación son otros tantos nudos gordianos que hay que cortar. Cortarlos no es difícil; la dificultad está en *decidirse* a hacerlo.

He dimitido, y a estas horas mis huestes me execran, lo que no impedirá que me adulen, pues les soy indispensable, y la gran alegría del amigo que hereda mi cartera—por breves días, pues el Gobierno va a caer—corre parejas con la que reverdece los cansados años del amable jefe del partido que por mi quijotada va a subir.

Estoy contento de mí mismo y estoy contento y orgulloso de ti. ¡Qué fuerte eres de veracidad! ¡Qué fiera al defender la inviolabilidad de la conciencia! ¡Qué hermosamente débil al disculparme!

Releyendo, penetrándome de tus dos últimas cartas; persiguiendo el zigzag recóndito y luminoso de tu

sentimiento desorientado ante mi inconsecuencia miserable, he medido tu amor, María, y enajenado, engreído—déjame que te haga la más dulce de las confesiones—, he comprendido que me amas mucho. Y es porque me necesitas bueno por lo que me amas mucho.

Mi nombre, mi posición, mi prestigio, nada pesó en tu corazón lo que mi ser moral. Y porque no le preocupó ni mi gloria, ni mi nombre, ni lo que represento, sino lo que soy en realidad, es por lo que me amas mucho.

Ya ves con qué firme pulso te hago esta revelación, que es mi dicha: ya ves que he dominado el vértigo; pero te engañarías si pensaras que mi corazón está satisfecho. Su tranquilidad es la espera vigilante, y en esta hora de beatitud, no con el tumultuoso batir de los primeros deseos, sino con la tenaz resolución de los últimos, embargan mi ser cavilaciones y sensaciones de avaro en posesión de su arca repleta,

El tesoro está en mi poder, es mío. ¿Qué voy a hacer ahora con mi tesoro?

Y sosegadamente, casi fríamente, calculo, ansío, trazo planes. Te busco, y busco el medio de tenerte a mi lado para siempre. No es posible que se prolongue indefinidamente una situación que calma la sed y nos abrasa de sed. La pasividad, no es amor, has dicho tú, y aquí me tienes activo cual nunca de pensamiento, y de voluntad y de intención, haciendo cábalas de ventura completa. Ven en mi ayuda, y ya que estamos unidos en el sentimiento estémoslo en la ardiente esperanza.

Si me deseas bueno, no querrás que me conturbe la dicha ajena. No querrás que rabie de envidia ante las numerosas parejas de menestrales que hallo en mis

solitarios paseos de los domingos—como si no hubiera más que parejas amarteladas en Madrid—descansando en el campo de la ruda labor semanal llevando en brazos a sus pequeñuelos.

No querrás que espíe, como lo hago ahora con acritud malsana, la hora de la comida de mi jardinero, cuando al sol y sobre la blanca servilleta su mujer le brinda el cocido sabroso, y el hombre antes de probarlo corta el pan y lo reparte entre sus chicuelos sonrientes.

¡Qué desasosiego, qué desgarradora envidia me tortura estos últimos tiempos al ver esos matrimonios humildes que se aman en paz, que tienen hijos y deben trabajar para sus hijos!

Me voy a comer al Casino huyendo del trajín infernal de esta casa. Hoy habrá funcioncita seguida de bailoteo, y una legión de obreros trabaja disponiendo los salones. Elisa continúa riéndose. Sus carcajadas y el martilleo incesante acabarían por enfurecerme.

DE CARLOS A MARÍA

Mi *colaboradora moral* estaría satisfecha si me viera halagado, adulado y hasta para algunos pobres de espíritu más prestigioso que antes. Mis gentes han reaccionado y ahora los cabildeos y las conferencias no me dejan un momento libre. Estamos en vías de entendernos todos, y acaso en vísperas de la creación de un grupo potente y sano capaz de realizar algo bueno, sin recurrir al griterío populachero. Nada hay tan peligroso en política como hacer concesiones a la opinión que, desorientada, pide y no sabe si lo que pide es lo que conviene al país. Que los republicanos prometan curar con la panacea de su

programa todos los males de la patria; que los separatistas amenacen, griten sus utopías los federales y estrechen sus filas los sindicalistas. Nosotros, en tanto que el cielo no nos concede la gracia de ser regidos por unos o por otros de esos excelentes patriotas, intentamos levantar a España con la amplia constitución por arma. Los pueblos son niños más o menos inconscientes que hay que guiar, y su desarrollo y su bienestar no dependen tanto de lo que se les da como de lo que se les niega.

¿Te fastidio con estas disquisiciones pesadas? Vuelvo del Congreso, donde mi discurso ha ocasionado tantas protestas como verdades amargas exponía, pero la derecha ¡asómbrate! me aplaudió cual público melómano a tenor en noche de triunfo. Me he reído del entusiasmo de los conservadores, que es sólo demostración de contento, porque van a heredarnos de un día a otro, y aquí vengo a aislarme contigo más que nunca, necesitado de ti como nunca y violentándome para no echarlo todo a rodar e ir en tu busca. Me cansa, me irrita y me cansa mi soledad, teniéndote a ti, a ti, en la soledad también.

DE MARÍA A CARLOS

Tu telegrama me ha causado una tremenda sorpresa y tu carta, corroborándolo, me ha hecho llorar. Me asusta la posibilidad de haber influido en tu ánimo escribiéndote como lo hice. Pero sírvame de disculpa que no pasó por mi mente que habrías de resolver el problema de modo tan definitivo. Como no me imaginé la probabilidad siquiera de tu dimisión, sólo vagamente pensé en las consecuencias de tu discordia con tu partido. Deseé ardientemente que tu conciencia no cediera a imposiciones de aquél, y creí que

hallarías un arreglo, un aplazamiento, ¡qué sé yo!, un medio de convencer a tus correligionarios. Sabedora de tu resolución, tengo miedo de haber contraído una responsabilidad muy grande.

Acaso sin mis exaltadas palabras no hubieras tomado esa grave determinación, y a la vez que me subyuga tu noble energía, me inquieta pensar que vas a sufrir nuevos sinsabores; que el descontento de tu partido por tu franca disidencia—para evitar la cual quizás te hubiera hecho concesiones—va a mortificarte, a crearte dificultades o peligros. Apenas restablecido se redoblan tus preocupaciones... tus luchas... Tus ojos pueden volver a enfermar...

¡Dios mío! ¡Por qué no me contuve en decirte lo que sentía y pensaba!

No estoy arrepentida de mis opiniones ni de mis rebeldías: todo mi ser se revuelve ante la injusticia y los convencionalismos sociales que hacen a los hombres peores de lo que son o más desgraciados, pero no estaba obligada a decirte lo que te dije a boca de jarro, sin reflexión ni miramientos.

Qué verdadero me resulta aplicado a este caso el refrán: «La palabra es plata y el silencio es oro.»

A mi miedo de haberte impulsado a lo hecho, a mis temores por tu salud, por tu tranquilidad, se enredan preocupaciones de otra índole.

Si mis frases fueron sólo la gota de agua que hizo desbordar tu descontento, me calmaré. Pero si ellas, sacudiendo tu espíritu, te incitaron a dimitir; si acaso—voy más lejos aún—por gustarme, por complacerme, consciente

o inconscientemente movido por mí, te decidiste a dejar tu alto puesto, ¿qué significaría eso, Carlos? ¿No entiendes que me sobresalta la sospecha de ejercer sobre ti una influencia que pusiera tu voluntad a merced de mis gustos y opiniones; que te supeditara a mí, pobre mujer, que sólo anheló y anhela ser protegida y guiada?

¿Que no conozco tu carácter inflexible y me asaltan fantasmagorías imposibles? ¡Ojalá! Hay momentos en los que hallo irrazonables mis cavilaciones; pero, ¡qué quieres! La vida, nuestros sentimientos, «no son matemáticas», y por lo rápidos e imprevistos cambios de nuestras sensaciones y por las fluctuaciones de nuestros afectos en momentos dados, llegamos a comprender cómo son.

Dices que has descubierto que te amo mucho porque te deseo bueno. Sí, bueno, bueno ante todo; pero queriéndote mucho, sé que no habría de reemplazar en tu existencia tus ideales y tus trabajos de hombre público, si por mí los abandonaras—me espanta la sola idea de que a eso llegaras —, y me conturban otras ideas aun sugeridas por las últimas frases de tu carta.

Temo que me hagas un sitio en tu vida que yo no podré ocupar...

Que, ilusionado y amante, no te satisfaga nuestro cariño de ausentes, y me inquieta tu frialdad de hombre en posesión de su tesoro que se pregunta qué va a hacer ahora de él.

¿Qué va a hacer mi avaro querido de su tesoro? Pues conservarlo, recrearse, sabiendo que lo tiene, que es suyo, que nadie ni nada se lo arrebatará.

DE MARÍA A CARLOS

Te he escrito mucho en estos dos días, Carlos querido, pero he quemado las páginas al irlas llenando, no sé si descontenta de decirte demasiado, explícita, efusivamente, o porque mis reflexiones, mis confidencias, resultaban descoloridas, sin expresión, inanimadas.

He releído todas, todas tus cartas, y me asombra el camino que hemos andado juntos en el tiempo relativamente corto que dura nuestra comunicación. ¿Adonde vamos, mi amigo del alma? Si me dejo conducir por ti, ¿a dónde me llevas? Si me sustraigo al influjo de tu espíritu, de tu amor, ¿a dónde iré sola? ¿Podré volver al árido recodo del camino donde me hallaste? Podré volver a sentir, a pensar, a vivir, como antes de que nos conociéramos? Si te perdiera, si te abandonara, ¿mi existencia tornaría a la pasividad de los días vegetativos? No; advierto que algo en ella ha crecido, a semejanza de un torrente, de un mar, y no puede retroceder y reducirse a los angostos cauces de donde salió desbordado...

Mi precoz anhelo de ti era estímulo de vida, era aspiración, esperanza inconsciente. Nos podemos consolar de no alcanzar lo que esperamos en la juventud; pero, ¿verdad que nos dejaría inconsolables la pérdida de lo que amamos y que milagrosamente llegamos a poseer? El sueño que huye nos hace llorar; pero el amor compartido, si llega a faltarnos, puede hacernos morir.

No sabes, Carlos, por qué alternativas de osadía y de desfallecimiento estoy pasando desde que llegaron tu telegrama y tus cartas últimas, que me obligan a mirar frente a frente nuestra situación.

Te veo impulsivo—agresivo casi—tenderme las manos en la soledad de aquel tu paseo a la Florida, cuando por la

primera vez te diste cuenta, ingrato, que la evocación es sueño, sombra.

Yo no sé lo que hubiera dado por haberte acompañado esa tarde, por haberme detenido contigo en el lugar donde por milagro de Dios te vi caído, ensangrentado...

¡Dios mío! ¿Por qué este dislacerante tumulto de ideas y deseos y temores me golpea el pecho? Séanos dado a las pobres criaturas lograr alguna vez la felicidad, sin más restricción que una: que nuestra felicidad no sea con perjuicio de tercero.

DE CARLOS A MARÍA

Por la primera vez desde que nos hemos encontrado, María, voy en tu busca malhumorado, peor aún, conteniendo una sorda irritación que tú me causas. Tu sorpresa de mi dimisión, tus escrúpulos de haberla motivado, tus delicadezas, tu sumisión, que es tu encanto más expresivo, me afirman en mi culto de ti, me enamoran más. Pero comienza a serme molesto, molesto y doloroso, que no respondas a mis llamamientos, que esquives la respuesta de mis preguntas, que te me escurras de entre las manos, de entre los brazos. ¿Qué significaría, interrogas, si yo, por gustarte, por complacerte, hubiera dimitido? Pues que te amaba sobre todas las cosas; tranquilízate; no me resolví a dejar mi puesto por gustarte, sino porque tus argumentos me gustaron. Tus honradas razones me influenciaron, no tu deseo. No cedí a tu voluntad, sino a la fuerza de tu rectitud que movió la mía. Fue a mi conciencia a quien obedecí; también a la tuya, puesto que en tal caso, y como tenía que ocurrir, nuestras conciencias están en perfecta armonía. Pero todo esto no es

bastante. Al hablarte, al llamarte, me respondes conmovida y sincera, es cierto, sin que lo que me dices sea todo lo que me tienes que decir. Lo que me das es menos de lo que tienes para darme...

«¡Temo que me hagas un sitio en tu vida que yo no puedo ocupar!» ¿Sabes que se me han clavado como garfios en la memoria esas horribles palabras? Por qué no has de ocupar en mi vida el lugar que es tuyo? ¿Por qué, amándote cual te amo, no he de tenerte toda mía? ¿Por qué amándome habías de huirme? ¿Pretendes que, como hace trece años, despreciemos el bien que nos otorga la suerte magnánima la segunda vez? Oye, María: hoy, aunque quisiéramos, no podríamos cometer ese crimen. Entonces nos conocimos, ahora nos amamos. Y la convicción de que nos amamos es nuestra doble cadena. ¿Cómo habíamos de ser capaces de atentar contra nosotros mismos, de ser asesinos, suicidas? Se puede serlo por escapar al dolor, a la ignominia; pero ¿quién mata o se mata por esquivar la felicidad, la última, la única felicidad de la existencia? Mi bien hallada, mi pajarita de las nieves, no luches mentalmente, no te opongas a la fuerza benéfica que te empuja hacia mí; no me rechaces al encontrarme. Ven y tómame. Ignoro por qué ficciones, por qué *arrière-pensée* que me ocultas, aíslas tu amor en una torre de marfil, que voy a tener que asaltar...

De tus deberes, de los míos, hablaremos cuando nos veamos; ahora lo urgente es vernos. Ansío, mirando tus ojos, tocando tus manos, convencerme que no es sueño esta correspondencia nuestra. Que no eres un fantasma que para burlarse de mí pone mi negro destino al alcance de mi vista, pero lejos, lejos de mi corazón. Quiero oírte balbucear: «¡temo que me hagas un sitio en tu vida que yo no puedo ocupar!», y castigar tus labios impíos con mis

besos, y verte luego ruborosa y amante ocupando el lugar que es tuyo... en mi hogar... en mi mesa, junto a mi corazón... Quiero que compartas mi vida; que se fundan en una nuestras vidas. No esperemos más; la espera enardece y tú prefieres al ardor la ternura.

Si hay que luchar con el mundo, si hay que vencer las dificultades circunstanciales, lucharemos y venceremos luego, ya unidos. Pero no sustraigas a mi pasión nada de tu alma, nada de tu ser. No te escurras de entre mis manos, de entre mis brazos. En ellos vas a vivir y protegida por ellos vas a descansar.

DE CARLOS A MARÍA

O no te das cuenta del supremo momento actual de nuestro amor, o si te das cuenta pretendes en vano rehuir su finalidad ineludible.

Nos hemos conocido de lejos, nos hemos enamorado el uno del otro en la ausencia. Cuanto las almas pueden hacer a distancia lo han hecho valientemente las nuestras; pero el sentimiento, aunque dependiente de ellas, tiene aspiraciones y fines independientes. Adoro tus cartas porque ellas son efluvios de tu espíritu, revelación parcial de tu ser; ¿cómo no he de ansiar tu ser entero? Mi alma se deleita con tu imagen, pero mi amor reclama desesperadamente tu presencia.

Tu ternura, tu divina ternura que me ha redimido, ¡con qué solicitud buscó día y noche mi pobre cabeza herida! Dime, dime si no se sintió fatigada de buscar en vano, de imaginársela cerca, mientras que en realidad, muy lejos, manos ajenas restañaban su sangre.

Mi amada, hija mía, si es que te engañas a ti misma, yo iré a iniciarte en el conocimiento de ti y de mí. Si es que te figuras que cerrando el pensamiento a lo evidente ahuyentas lo real, limitas o destruyes los más potentes impulsos humanos, te engañas también. El amor que soporta la ausencia es fuerte; el que con ella se satisface es pequeño; solamente cuando pasa triunfante por las pruebas de la posesión, de la vida en común, de la prosa diaria, es grande.

Una vez me balbuceaste que me amabas, y aunque lo sé, lo sé por dicha mía, quiero oírtelo repetir mil veces.

Piensa que la vida se va; que un día de más es un día de menos y que la fortuna no se reconcilia jamás con los mortales que la desdeñaron cuando pasó brindándoles sus más raros dones.

En tu carta del 8 me decías: «La idealidad de nuestro cariño es su fuerza y su poesía inefable.» Cambia los términos y expresarás la verdad: la idealidad y la poesía de nuestro cariño emanan de su fuerza. La luz no es el sol, pero el sol es la luz.

Se achica al amoldarse a la realidad lo que se somete y se supedita a ella; pero nunca se empequeñece el sentimiento que, tomándole como medio de expresión, la domina y la ennoblece. La inspiración del artista precede a la obra que patentiza su existencia; pero sólo la obra, que es lo material fijando la divina inmaterialidad de la idea, nos revela al artista y nos revela el genio. El amor que teme la realidad desconoce su propia potencia o carece de ella. Cristo se hizo hombre y dió su espíritu y su sangre a los hombres. El amor se hace humano para crear, con su sangre y su espíritu, el ángel.

El amor es la Divinidad...

¿Pero a qué discurrir y analizar cuando lo que nos queda que hacer es amarnos, amarnos de todas las maneras y cada día más?

Estoy decidido a ir a Polonia. No temas nuestro encuentro.

DE MARÍA A CARLOS

No, no vengas.

Óyeme y no seas cruel... Tienes razón que no respondo a tus llamamientos, que me retraigo, que me contradigo, que rehuyo las respuestas y esquivo hablar concretamente contigo. Es verdad que me he engañado a mí mismo al principio, que luego *quise* engañarme y que temí este momento decisivo, sabiendo que se aproximaba. Lo que tengo que decirte más profundo, más íntimo, te lo dije ya, y antes tú lo habías adivinado... ¡Que te amo con toda mi alma!

Mis fluctuaciones, mis vaguedades, mis temores no pueden serte incomprensibles. Mi amor dichoso del presente, instintivamente alejaba el nebuloso mañana, y esta hora que—pues me obligas a mirar cara a cara el porvenir—tiene que ser una hora triste.

Nuestro amor no puede ser más que como es. Tú no eres libre. Los deberes hacia otra mujer te retienen a su lado. Los míos de madre me sujetan aquí.

¿Anduve desacertada al comunicarte mi temor de que me destinabas un lugar en tu vida que yo no había de ocupar?

Me tiembla la mano al escribirte y se me anuda la garganta estremecida por impresión desgarradora: la que experimentamos al descubrir el rostro, en el lecho mortuorio, de un cadáver querido...

No te digo nada nuevo al recordarte que no te perteneces... que estás casado... y, sin embargo, hay severidad y solemnidad en mis frases, como si fueran la primera noticia de una catástrofe.

Hay cariños que matan, hay cariños que olvidan y traicionan; el nuestro es cariño de ausencia, mi Carlos muy amado, cariño de fidelidad, de constancia, que aviva en nosotros el interés de la existencia, que nos hará dichosos. Nos veremos, sí, nos veremos. Por qué no? Yo iré a España un día. Tú podrás venir alguna vez. Vernos, no nos está vedado; nos lo está solamente apetecer y soñar lo imposible. Nuestras cartas nos consolarán con sus dulzuras de no tener otras, las que no hemos de gustar nunca.

¿Quién puede vanagloriarse de poseer todo lo que desea? Cuantas veces he entrado en un hogar feliz, absolutamente feliz, he sentido miedo por sus moradores. La muerte ronda de preferencia esos hogares, y se complace penetrando en ellos de improviso...

Entre tus deberes y los míos, uniéndonos de lejos, confortándonos, está nuestro amor. Acaso en la vejez, cuando mis hijos sean hombres y necesiten menos a una madre abatida que a una esposa risueña, iré a calentar al sol mis ateridos huesos, y entonces en el parterre del Retiro, que florece deliciosamente en otoño, o en las frondas de la Florida, espléndidas de savia y color en la primavera, nos encontraremos por las tardes y bendeciremos el destino que preservó en nuestros

corazones nuestro afecto fuerte y puro hasta las postrimerías de la existencia.

Y charlando gozosamente al sol pasaremos por el lugar donde caíste, recordando vivamente aún, pero ya sin emoción, lo que ese sitio significa en nuestra historia, y entraremos en la capilla de San Antonio a saludar al Santo milagroso, que se alegrará de ver juntos a dos enamorados cargados de años, pero dichosos, porque no arrollaron la felicidad ajena para lograr la suya. Dos buenos viejecitos alegres de platicar largamente del pasado; alegres también con la esperanza de que no morirán el uno lejos del otro, sino en la misma tierra patria, que cubrirá sus tumbas...

Carlos, ¡me ahogo! Me hace llorar esa visión de nuestra vejez desolada... Es absurdo que intente consolarte y consolarme con ficciones... con palabras... Mi resignación es falsedad. Detesto la vida... Quiero morir... Carlos, no, no me hagas caso... Me siento mal y no sé lo que digo. Sé sólo que nos amamos. ¿Qué importa lo demás? En la reciprocidad de nuestro afecto, no en lo que él ansia vanamente, está nuestra dicha.

DE CARLOS A MARÍA

Divagas, me irritas. ¡Perdona! La desolación del final de tu carta me crispa los nervios. ¡Juntos en la vejez! ¡Lloraste al imaginar el lindo cuadro de los dos vejetes melancólicos! La ironía de esa visión me impide sentir toda su trágica tristeza.

Dos esposos, dos amantes que entran plácidamente en la vejez después de muchos años de convivencia venturosa, me causan envidia. Pero comenzar un idilio en la decrepitud es monstruoso. La vejez, si deja tras sí terminada la obra de

la juventud y la de la edad madura, sea reverenciada; cuando es decadencia de árbol que no fructificó, húndase en el polvo sin dejar rastro. Quien empleó su vida en ideales, en altos empeños, puede sonreír tranquilamente en la vejez; quien la malgastó inútilmente, que arrastre como una cadena sus días últimos.

Quien castra el amor o hace abortar sus sueños, que envejezca aislado y muera solo.

Yo, unido a otra mujer; tú, encadenada a esa tierra por tus hijos... ¿Hablas en serio o sueñas?

Tus hijos representan para mí, en el proceso de las dificultades que debemos vencer, un gran cero; lo entiendes, un gran cero, exactamente igual al que representa mi mujer.

Tus hijos se quedarán ahí o vendrán con nosotros. Se harán españoles o continuarán siendo polacos, me es igual, como me es igual que Elisa se quede o se vaya, que ría bajo mi techo o en otra parte.

¿Que no tenemos porvenir? ¿Por qué? ¿A causa de dos muñecos y una loca? ¡Desvarío!

Tu felicidad no perjudicará a tus hijos; yo los amaré. La mía, en nada, ni en un ápice habría de agravar o mejorar a la histérica criatura de la risa incurable. ¿Que no tenemos porvenir? ¿Quién puede cerrarnos el camino, si tú y yo, invencibles de afecto y decisión, nos lanzamos a él y en él nos proponemos plantar nuestra tienda? ¿Crees tú que en el Vaticano no hay soluciones para un hombre como yo? Pues te equivocas.

Pero si no las hubiera, ¿es que el mundo empieza en España y acaba en Polonia, o viceversa? A cualquier país

que fuéramos nos sería sabroso el pan y clemente el cielo. Tú no te das cuenta de lo que eres para mí, ni siquiera de lo que yo soy en tu vida.

Que venga la vejez y nos encuentre unidos bajo el mismo techo, entre nuestros hijos. Sí, entre nuestros hijos. El amor que no los tiene es árido. La paternidad hace completo al hombre.

Llegue la vejez a contener con su melancolía la insolente y exuberante expansión pasional; que amortigüe el impulso dejando incólume el recuerdo, triunfante y perdurable el amor. Séanos dado envejecer juntos después de haber vivido unidos, mas no fundes tu esperanza en que nos encontremos—después de haber pasado la vida separados—y charlemos al sol poco antes de caer en la tumba. A ti te calma, te complace esa perspectiva, ¿verdad? Pues a mí me exaspera por impotente y ridícula. El mañana no nos pertenece; sólo el hoy es mío, y es burlarse impíamente de un hambriento decirle: «aguarda; te hartarás mañana».

A mi lánguida desterrada se le ha contagiado el frío del Norte y flemáticamente soluciona la situación: «Tú, allá; yo, aquí: amémonos de lejos.» ¡No! Si tu amor es amor de ausencia, el mío es humano. Ni mi ansiedad soporta dilaciones ni mi necesidad de ti tenerte a medias.

¿Te seduce la idea de que nos calentemos al sol dentro de veinte años? A mí no. ¿Te consuelas con esa insípida y remota esperanza de vejez idílica? Yo no.

DE CARLOS A MARÍA

¿Que no vaya a Polonia? ¿Por qué no había de ir? Empiezo a creer que ese ambiente glacial que hiela las

rosas en agosto paraliza tus sentimientos a todas horas.

Tus fluctuaciones, tus contradicciones, tu miedo, me son comprensibles. No me lo es que tus hijos, tus ficticios deberes, todos los deberes del mundo a una, acorralen tu amor como fiera que hay que sujetar con cadenas. Y me mortifica que siendo tan fuerte en amar seas tan débil para arrostrar las consecuencias del amor.

Iré. Mi presencia te infundirá ánimo; mi mano, armada para la lucha, te defenderá en ella.

Déjame ir a verte, a salvarte, a salvarnos. Llámame tú para que el odioso camino me sea soportable.

DE MARÍA A CARLOS

Me golpean tus frases, me anonada tu violencia, y al mismo tiempo una perturbadora voz susurra en lo hondo de mi ser que tienes razón, que así debe sentir quien ama, que la rebelión es natural. Pero no lo es arremeter con todas las leyes humanas y divinas para lograr el bien que deseamos.

Espera y no vengas a Polonia. Yo iré a España. Quizás al verme vuelvas en ti y entiendas que no vale la pena de intentar asociarme a ti para siempre.

No soy joven ya y mi amarga existencia ha rendido mis fuerzas.

Si hoy fuéramos libres, un escrúpulo me haría vacilar antes de unirme a ti: el temor de no tener energía para aceptar y cumplir nuevos deberes. ¿Qué harías tú, hombre de acción y de estudio, necesitado del sosiego y el recogimiento del hogar, con una mujercita enclenque, la

cual —como ya te dije—soporta a pie firme el dolor, pero desfallece en la alegría?

Yo iré a España... Nos veremos, y cierta estoy que, o el desencanto te cura o la dicha de hallarnos será tan grande que se satisfaga con el presente sin desear nada del porvenir. Cálmate, Carlos querido, y espera. Llegados al punto que estamos, entiendo que es imprescindible nuestro encuentro, no para hacer, cual tú deseas, planes del futuro, sino para arrostrar la separación en lo futuro, fortalecidos con los recuerdos que nos dejen nuestros días de luna de miel espiritual.

Me embarga a la sola idea de hallarme en tu presencia una alegría y un miedo más grande aún que la alegría. ¿Qué me dirás cuando me veas? ¿Qué impresión te haré? ¿Qué te diré yo el primer momento?

Mi resolución de ir a ésa me ha tranquilizado y quisiera comunicarte mi paz. Voy a hacer mis combinaciones, que no son fáciles. Los tutores y la familia de mis hijos ven con manifiesto desagrado que yo vaya a España. Durante siete años no me fué permitido dirigir a mis hijos una palabra en mi idioma, que conocen apenas. Cuando sean mayores...

No vengas; que este cielo enemigo no presencie nuestra primera mirada...

Que tus frases de bienvenida me sean doblemente música oída con el murmullo de acentos españoles. Hace cinco años que no he estado ahí y me consume la nostalgia de mis playas y mis montes vascos.

¿No saldrás de Madrid esta primavera?

Dime que, como a mí, este súbito proyecto te reanima y te hace olvidar la realidad que nos separa, pero sin separar

nuestras almas. ¡Ah!, mi rendido caballero, no es tristeza irremediable la del amor en cuyas arideces nacen flores.

TELEGRAMA DE CARLOS A MARÍA

Repíteme la buena nueva, casi increíble por venturosa.

¿Cuándo vienes?

TELEGRAMA DE MARÍA A CARLOS

No te impacientes.

En mayo.

DE CARLOS A MARÍA

«No te impacientes. En mayo.» ¡Bendita mía! ¿Sabes tú qué hacer para no abrasarse de ansiedad hasta mayo? Tú sí que lo sabrás, mi fría pajarita de las nieves, pero yo no. He contado los días que faltan hasta el primero de ese mes glorioso; ¿no te espanta la cifra? A mí me espanta y me hace cobarde. Pero me reharé. Cada día de esa tremenda inacabable serie lo veré llegar como a enemigo y lo veré hundirse como a un enemigo de menos. Yo, tan fuerte, tan ejercitado a dominarme, he perdido la cabeza desde que llegó tu carta, confirmada por el telegrama, y una especie de temblor íntimo, de trepidación de todo mi ser, me impide trabajar, reconcentrarme. ¡Ven! Esta palabra no solamente es expresión de mi único deseo, sino que también lo es de mi triunfadora esperanza. Con tu venida comienza nuestro porvenir. ¿Que no—murmuras—, que no, y retiras tus manos que confiadas buscan las mías? No huyas, no temas. Mi corazón, henchido de goce por tu llegada, no vive más

que para esperarte. Y anhelando decirte mil cosas, todas las nimiedades de la ternura que se expande, que busca la expresión, los medios posibles de ser comprendida, correspondida, aquí me tienes, ante el papel, abstraído en ti, sin poder expresarme. ¿Qué te diré cuando te vea? No lo sé. Presiento sólo que una sensación similar del miedo me paralizará en los primeros instantes...

¿Luego? ¡Qué sé yo! Mi pasión se desbordará en palabras... Los besos estallarán en mis labios. Pero mis labios no se abrirán más que para decirte lo que desees. Tú adivinarás el resto y te apiadarás de mí..., de nosotros...

Mi amada, escríbeme mucho. Llenemos esta inmensa laguna de días con los detalles del viaje y los de tu estancia aquí. ¡Soñemos!

No sospeché los crueles refinamientos de tu esclavitud. ¡Siete años sin que te fuera permitido hablar el español a tus hijos! Tráelos contigo y yo me entenderé con sus tutores. Me es más fácil dominar mis ímpetus de enamorado que mi indignación al saberte maltratada. No como amante, como protector deseo volar a tu lado. ¿Por qué no me permites que vaya? Dentro de dos o tres semanas estaría ahí. ¡Permíteme que vaya, llamándome! Me duele y me humilla que siendo tú mía gentes extrañas tengan derechos sobre ti, derechos reales o imaginarios.

¿No te place oírme hablar así?

Pues volvamos a nosotros, a tu viaje. ¿Vendrás a Madrid directamente? Ansío ir a esperarte a la frontera. Desde allí vendríamos juntos, y con enternecimiento me veo prodigándote nimios cuidados, sirviéndote, aferrándome a ti y a todo lo tuyo, hasta a tu maleta de viaje.

¿Acaso prefieres que nos encontremos en otro sitio? Cerca de Madrid hay lugares deliciosos de recogimiento y poesía: Toledo, La Granja... El Escorial es impotente; Aranjuez, en cambio, es un paraíso. Sus aguas corren rumorosas por entre centenarias arboledas que los ruiseñores no abandonan. Su vega es rica en frutos y flores incomparables, y los palacios de la realeza le dan el exquisito encanto de la suntuosidad artística, de la riqueza ennoblecida por el refinamiento aristocrático.

¿Quieres que nos encontremos en Aranjuez? En el jardín de unos parientes míos crecen, desde hace dos siglos, las rosas más bellas de España. Se orlaron con ellas muchas reinas, y aun hoy las primeras y las últimas son, enviadas al Palacio Real de Madrid. Quiero ofrecerte un brazado de ellas cada día.

Mi amor, ponme unas líneas telegráficas al recibir ésta. Las cartas tardan un siglo y yo no puedo dominar mi impaciencia más que con tus plieguecillos adorados. Es indispensable que me escribas todos los días para que entre la llegada de una y otra carta no haya intervalos, que me exasperan. Va a sernos más difícil de soportar la separación de estos dos meses y medio que la de todos los anteriores. Como lo son para el preso que va a cumplir condena los últimos días que le separan de la libertad.

La esperanza crónica es un narcótico espiritual: la esperanza, en su período agudo, exalta, duele.

Sufro de la felicidad de esperarte.

DE CARLOS A MARÍA

Mi amada, hija y amada mía: lucho desde ayer con dos imperiosos impulsos que tiran de mí con igual violencia: el de comunicarte lo que ocurre y el de callártelo.

Te amo en estos momentos con agitación extraña, punzante, que vocea dentro de mí más desesperadamente a medida que aumenta el silencio fúnebre que me rodea.

Desde hace dos días no hay fiestas ni risas en esta casa. Elisa, en estado letárgico, calla y nos ha hecho callar a todos.

DE CARLOS A MARÍA

Desde anoche, Elisa ha cesado de reír para siempre. Se despertó del profundo letargo con una carcajada estridente que apenas interrumpió la agonía.

Murió la infeliz como vivió: riendo: y en la vida hay que llorar, debemos llorar.

Estoy como acorralado por legiones de arpías en la profundidad de un abatimiento súbito. La muerte, una vez más, ha descargado su implacable golpe a mi lado. ¿Quizás erró el golpe y era a mí a quien buscaba?

Me acosan reminiscencias del pasado maldito; me acobarda un insensato, un supersticioso pavor... Permíteme que guarde silencio. Me parece que en este momento, al evitarte mis palabras, te sustraigo a un peligro inminente, atroz. Caigan sobre mí, sobre mí solo, las iras y las negruras todas del destino.

DE MARÍA A HALINA

Del extraordinario aplanamiento voy salvándome, mi amiga bondadosa, poco a poco, y según la debilidad se desvanece, va fortaleciéndose mi decisión de ir a España. Tienes razón, Halina: ¿por qué había yo de dejar mi proyecto? Ya sabes qué impresión me causó la última carta de Carlos: que mi primer movimiento fué romper para siempre la correspondencia con él, sin acertar a explicarme el móvil de aquel extraño impulso. Luego han venido tus frases inspiradas a hacerme ver claro en el fondo de mí misma y a orientarme en la situación. «Todo lo malo que resultara de tu encuentro con Carlos sería menos malo que prolongar indefinidamente unas relaciones llegadas fatalmente a su período álgido. Intentar cortarlas sería arriesgarse a enturbiar la frescura de un sentimiento que en su espontaneidad tiene su encanto mayor, y sólo lograríais haceros sufrir mutuamente. Si el destino ha de uniros, cuanto hicierais en contra sería baldío: si ha de separaros, vuestro encuentro no evitará que así suceda. Lo urgente es que os veáis, que os *conozcáis*, que vuestras almas, en contacto directo, digan su última palabra. Vuestra correspondencia es un prodigio de espiritualidad; un hermoso testimonio de que las almas se penetran, se conmueven y se adoran a distancia; pero sólo al veros, al trataros, sabréis definitivamente si os amáis. Ve cuanto antes a España; allí te espera el bautismo de la realidad.»

Sí; lo que haya de ser que sea. ¿Y si mi personita insignificante desagrada a Carlos? El es, ante todo, poeta, y tengo miedo que me haya embellecido imaginariamente y que, desencantado, se inmute al encararse conmigo. Su silencio persiste y se lo agradezco. Nunca le hablé de su mujer, no podía hacerlo, ignoro por qué invencible reserva; por una suerte de pudor extraño o vago reconocimiento de

mi culpa hacia ella, y al saber su muerte mis labios continúan sellados obstinadamente. Pero pienso en esa desdichada criatura con igual compasivo enternecimiento que en todas las mujeres que Carlos amó o le amaron. Una secreta simpatía me une a ellas, que a veces me parece nacida de la afinidad de mi suerte y la suya. Una simpatía ardiente, tenaz, como la que sienten entre sí las víctimas de un infortunio común.

Y fíjate, mi amada Halina, en este otro detalle: tampoco a Carlos le hablo de mis chicos apenas. Yo, tan expansiva al tratar de él y de nuestro amor, enmudezco tercamente acerca de mis hijos. ¿Por qué? ¿Es mi reserva presentimiento de que Carlos no comprendería mis desvelos maternales? Pues hago bien en guardar silencio entonces. ¿Es que adivino que Carlos no quiere a Yerzyk y a Zygmut? Pues hago bien en no nombrárselos, en resguardarlos de su indiferencia en mi corazón, en sitio sólo de ellos... sólo de ellos.

¿Serán mis hijos—he cavilado en ocasiones-los que inconscientemente pongan un muro entre nosotros, la causa de que nos separemos Carlos y yo? No lo permita la Providencia.

En todo caso, mi Halina querida, si me sorprendiera el tremendo conflicto de tener que elegir entre mi felicidad y la de ellos, tú sabes que no vacilaría en sacrificar la mía. Espero en Dios que tal desventura me será evitada. No quiero preocuparme del mañana, sino de mi llegada a Aranjuez, florido y cálido. La única sombra de este sueño delicioso es que no me acompañarán mis pequeños; la única, porque ya te anuncié que completa mi alegría ir a verte y pasar contigo un par de días en esa angulosa ciudad

alemana donde tu abnegación va haciéndose santidad en el martirio del amor y el destierro.

DE MARÍA A HALINA

Mis hijos aprueban mi viaje, pero sufro cierta humillación ocultándoles la verdadera causa de él, ¿sabes?

Tengo la certeza de que Yerzyk y Carlos no simpatizarían si se conocieran.

Yerzyk me escribe de este modo:

«Sí, madre, ve a tu país, pero vuelve pronto. Nuestras vacaciones empezarán el 1 de julio, y a primeros de septiembre debemos estar aquí de vuelta. Esos dos meses quiero pasarlos siempre contigo en Kalinowo. Regresa fuerte para que puedas acompañarnos en nuestros largos paseos a pie, para que no te fatigue internarte conmigo en la selva, en busca de hongos y fresas silvestres. Yo no quisiera nunca salir de Polonia, ni vivir en otro sitio que en Kalinowo, donde vivieron mis antepasados, que descansan con mi padre en nuestra cripta del cementerio; pero a veces me agita un vivo afán de ser hombre para recorrer los lugares dónde ocurrieron nuestras grandes batallas. Me gustaría ir al desfiladero de Somosierra, cerca de Madrid, en el cual nuestros soldados tan heroicamente vencieron. Muchos quedaron allí y deseo recorrer las alturas y traer un puñado de aquella tierra que empaparon con su sangre.

Tráelo tú, madre: lo pondremos en una urna de oro en el altar mayor de nuestra iglesia. Yo tardaría mucho en ir a buscarla. ¡No he cumplido aún doce años!»

Y Zygmut, al que el aire de las montañas da color y fortaleza sin quitarle sensibilidad ni mimo, me escribe así,

con su letrita desigual de amanuense principiante:

«¡Madrecita mía! ¡Cuánto me ha alegrado la noticia de que camino de España vas a venir a vernos!

A mí me gusta mucho España, porque el cielo allí debe ser siempre azul, y las leyendas de sus guerreros y la del Príncipe enamorado de la luna, son las que más me encantan de todas. Es lástima que ese país esté tan lejos... allá muy lejos, en el Océano...

Y yo tengo un miedo horrible del mar. ¿Vas a viajar por él, madrecita? ¡Oh! ¡Dios mío, no lo hagas! Las Sirenas que habitan en sus profundidades portentosos palacios de coral, encrespan sus ondas para que naufraguen los barcos, imaginándose que en ellos viajan los negros paladines que han de deshechizarlas y hacerlas salir a la vida. ¡Madrecita mía, no te aproximes al mar, que debe ser horrible, tremendo!...

¿Qué es lo que desearía tener de España? Pues lo que tú más quieras de ella, y además una parejita de pájaros del paraíso que canten dulcemente, y no vuelen demasiado lejos... Que todas las mañanas revoloteen alegres sobre los tilos de la terraza en Kalinowo y al anochecer vuelvan al nido que yo mismo les haré en la ventana de tu cuarto, tan claro, tan bonito, como no hay otro.»

¿Quieres creer, Halina, que ese miedo de mi hijito menor me ha sobresaltado?

Quizás su precocidad intuitiva anuncia que me amenaza un peligro, e incapaz de precisar su presentimiento toma por pretexto el mar. ¿No será ese mar que aterra a Zygmut símbolo de otro misterioso, en el que voy a hundirme arrastrando a Carlos, o sola quizás?

Ya no hay remedio: una energía, un valor que no tuve jamás me lanzan a lo desconocido, con bravura de soldado impaciente de entrar en combate. Es más: tengo la audacia de querer arrostrar una situación espinosa y el confuso y necio orgullo de no temerla. Hay momentos ahora, al hacer los preparativos de marcha, en los que me desconozco a mí misma. Cierta dureza interior inexplicable, una sensación acre de animosidad hacia Carlos me yergue y me incita a apresurar el viaje. Su silencio dura ya quince días. Los primeros le escribí mucho sin enviarle lo escrito, naturalmente. En estos últimos he dejado de hacerlo, y agitada, activa, sólo ansío partir..., llegar a Aranjuez.

Habiéndoos visto antes a mis hijos y a ti iré reconfortada en busca de... ¿En busca de qué, amiga mía? ¿De un sueño intangible como el humo? ¡Imposible! Carlos y yo nos amamos inmensamente... inmensamente... y espero que la Providencia va a concederme la gloria de hacer feliz a ese hombre admirable, y la de ser, a su lado, feliz.

DE CARLOS A MARÍA

¡Mi muy amada! ¡Qué duros, qué desgarradores me han sido estos días sin ti! Ignoro si los he vivido o si pasaron como una pesadilla: puedo sólo afirmar que sufrí mucho.

He sido cruel contigo; no pude no serlo. También lo fui para mí privándome de tus palabras. Ya sé que tú me disculpas porque me comprendes. Hay en cada ser humano subsuelos y más subsuelos, como de minas interminables, cuya profundidad no nos es dado medir. Entre las dos entidades que llevamos dentro de nosotros (el diablo y el ángel, como se piensa simplificando el arcano de nuestro dualismo) se intercepta en horas difíciles una tercera, algo

inconcreto, pero innegablemente existente, que acalle al ángel y al demonio, y sacudiéndonos con vibraciones nuevas nos hace aptos para sondear lo eterno, para prever, para evitar lo que sin ese auxiliar misterioso sería inevitable. ¿Cómo te sientes, pobre mía? ¿En qué te ocupas? ¿Qué piensas? Hazme la merced de decirme que sabes cuanto te amo; que... ¡Ven a mí en espíritu!

TELEGRAMA DE MARÍA A CARLOS

En espíritu y en persona. No en Mayo, en Abril llegaré a Aranjuez.

TELEGRAMA DE CARLOS A MARÍA

Detente... espera. Hoy te escribo. Espera.

DE CARLOS A MARÍA

Ya lo ves por el disparatado telegrama que acabo de enviarle: mi corazón y mi voluntad se han querellado en una hora de desacuerdo inexplicable. Mi primero y desatentado impulso al leer tus dulces frases tras las fatídicas tres semanas de silencio, fué gritarte: «detente, espera.»

Mi amada única, me siento nervioso, desequilibrado. El esfuerzo que hice no escribiéndote, en lucha con no sé qué supersticiones endiabladas, me ha rendido. Una noche, desafiando el cielo y la tierra, te escribí sin cesar hasta que fué de día. Me dirigí a ti convencido que mis palabras—cuando aun el cadáver de Elisa estaba aquí, con los ojos abiertos, que vanamente intentamos cerrar—atraían sobre

ti un fallo terrible, un desastre inmediato, y lo desafié pensando con amargo gozo en tu muerte y la mía; deseando ardientemente que muriéramos ambos.

Mi bien hallada, ¿ves como tu poeta desvaría? Desvaría porque no te tiene a su lado: porque el sentimiento en tensión sobreaguda perturba nuestras facultades psíquicas. Porque el amor, cuando no es venturosa paz, es el más atormentador de los males. Siento tu alma vuelta hacia mí sonriente; siento la fresca suavidad de tus manos en mi frente abrasada y a su contacto—como a la luz de la mirada divina sobre las aguas tormentosas—se apacigua el embravecido oleaje. Me restituyes a la armonía, me restituyes a ti, sereno y fuerte. Sí, ven pronto, ¡por piedad! ¿En abril, dices? ¿De veras vendrás en abril? ¿Verdad que adelantas tu venida, porque como a mí te mata la impaciencia? Temo que esa decisión obedezca a otras causas. ¿Te obligan a volver antes de lo que pensabas? ¿Vienes con el tiempo tasado? No lo hagas, no lo soportaré. Ven para que no nos separemos jamás.

Pongo a tu disposición el palacete de mis primos en Aranjuez. Las rosas reales se abren en mayo, pero en abril te brindarán sus capullos promesas de hermosura completa. Son encendidos, fragantes: ¡Ven!

DE MARÍA A CARLOS

Sí que iré, a no ser que esos fantasmas maléficos que han tenido embrujado tres semanas a mi galán, me asalten en el camino y me lleven a sus antros tenebrosos.

Dentro de una semana salgo caminito de mi tierra, y el contento repica a gloria en mi corazón. Dicen todos que estoy desconocida, y es que, ocupada, activa, la agitación

suele poner en mi cara escuálida el sonrosado color que a otros da la lozanía. Ir a mi España y encontrarme con el poeta a quien deseo agradar en todo, hasta en los más insignificantes detalles de mi *toilette*, me obliga a ocuparme de ella un poquito más que de ordinario.

Y no quiero ocultarte que pongo mis cinco sentidos en combinar el negro con el negro, qué es el color a que me han aficionado mis lutos, y he de confesarte también—pues detesto que me juzguen mejor que soy—que mi coquetería de muchacha ha renacido, y que, exigente, descontentadiza, estoy haciendo pasar malos ratos a mis costureras.

Dentro de ocho días salgo de aquí. Pasaré dos o tres con mis chicos en las montañas de la Galitzia, y dando un pequeño rodeo llegaré hasta el rincón alemán donde viven desterrados Halina y su heroico marido. Luego, deteniéndome sólo lo indispensable para dormir una, o dos noches en ruta, llegaré a Aranjuez.

Al representarme tal momento, me estremezco de pies a cabeza y me dan ganas de reír y llorar a la vez. Para que en el largo camino no me quede sin fuerzas, que no me falten tus cartas. Escríbeme a Dresde, hazlo a la frontera. Las mías irán marcando las etapas de una senda, que me parece van a alumbrar benignamente todas las estrellas del firmamento.

No acepto tu oferta y no habitaré el palacete de tus primos, pero las rosas, ¡ah!, las rosas reales serán recibidas por mí con emoción y agradecimiento infinito. He avisado que me preparen habitación en el hotel Eustaquio, que tiene deliciosas vistas a los jardines y al río.

¿Será posible que vamos a mirar juntos esas bellezas dentro de pocos días? ¿Qué impresión te causará tu pobre ausente? ¿Qué me dirás cuando me veas?

Dentro de una hora partiré, y mi carta de anteayer y la de esta mañana no son las últimas de aquí; aun van estos renglones a decirte algo. ¡Adiós! ¡No! Van a saludarte todavía desde este rincón solitario, al que tú has dado vida. Cuando vuelva a sentarme ante esta mesa, donde durante un año casi, mi mano, con creciente expansión, ha ido entreabriéndote mi alma, ¿qué habrá puesto en ella tu presencia? ¿Qué vamos a hacer de nuestro cariño al encontrarnos? ¿Qué será lo que te escriba desde este nuevo lugar el día que reanudemos nuestra comunicación espiritual?

Carlos, mi Carlos, la ausencia nos ha sido propicia; el bien inefable de nuestro cariño, en la ausencia creció llenando nuestra vida.

¡Ah! Pero al fin voy a verte y tenerte de veras a mi lado: voy a estrechar tus manos y mirar tus ojos, tus esquivos ojos de antes, y presiento que una luminosa mañana vendrás a mi encuentro en uno de esos senderos hermosamente campestres de Aranjuez, y me dirás que me amas; que no fué un juego de la fantasía nuestro amor de lejos. Que me amas más aún al tenerme cercana... Yo cogeré entonces las rosas encendidas, que me ofrecerás y te besaré... poniendo mis labios en las rosas.

DE CARLOS A MARÍA

Estas palabras van a recibirte a la frontera. Ya estás en tu tierra, amada mía, y los cielos han echado sobre tu cabeza adorada la bendición de su luz. La intranquilidad en

que he vivido desde que dejaste Varsovia, acrecida por un celoso descontento—ya te lo dije—de que fueras a ver a tu amiga; hasta de que te detuvieras tres días con tus hijos en vez de volar a mi lado, se ha calmado por encantamiento al saberte ahí «fatigadísima, pero dichosa».

Me he tranquilizado, y lamento grandemente aún que no me permitieras ir a encontrarte. Hubiera sido generosidad abreviarme el dulce tormento de la espera. Haber anticipado cuatro días nuestro encuentro, hubiera sido otorgarme cuatro días más de ventura.

El sábado llegarás a Aranjuez, y hoy es miércoles. ¡El sábado!... Mi pulsación avivada me golpea las sienes, y la pluma tiembla en mis manos y no puede sostenerla. Tú que me llamabas con deliciosa ironía *son imperturbabilité,* vas a tener que ponerme ahora otro motecillo más exacto. Temo mucho que te desplazca mi *emocionabilidad*—temblorosa como la flaqueza—en las horas supremas del sentimiento. El sábado.

TELEGRAMA DE CARLOS A MARÍA

En tu saloncillo del hotel los muebles son horribles. Dime inmediatamente qué color y qué estilo son más de tu gusto.

TELEGRAMA DE MARÍA A CARLOS

El color y el estilo que tú prefieras. El sábado es ya pasado mañana.

DE MARÍA A HALINA

Por mucho que te escribiera hoy; por muchas páginas que llenara, mi querida confidente, no acertaría a fijar mis pensamientos, que me parece flotan entre el cielo azul y esta hermosa tierra en flor. Me envuelve, una tibia atmósfera de ensueño y en ella se esfuman las imágenes de la realidad.

El bienestar que me embarga me mueve a saborear, prolongándolas, las violentas emociones que he pasado; pero hablar de ellas no sé si puedo aún.

Carlos me ha fascinado desde el primer momento, pero me ha intimidado también. Su grandeza un poco altiva, su vehemencia—reconcentrada para no asustarme— han acrecido la timidez de mi insignificancia. Me siento involuntariamente temerosa ante él; me encojo y me retraigo... El lo nota, mas tiernamente solícito viene a mí. ¡Y cosa extraña! Cuanto más hace para sacar a «flote mi alma»—según dice gráficamente—, más me coarta y me paraliza no sé qué entorpecimiento interior de mi espontaneidad... ¡Dios mío! Después de todo, ¿no es esto natural dada la situación? Este amor nuestro—que hoy más que nunca me parece milagro—me sobrecoge con unción religiosa. Es tan extraordinario, que no puedo acostumbrarme a él como si fuera la cosa más sencilla del mundo.

Pero poco a poco iré deshelándome y mi alegría brotará de mis labios efusivamente.

Cuando anteanoche el tren iba a entrar en la estación de Aranjuez, mi agitación era una tortura tal que estuve a punto de desmayarme.

Venía pegada a la ventanilla, pero sin ver más que una vaga procesión de siluetas que se entrechocaban y huían:

eran los árboles de la planicie azulada por la luz de la luna.

Sonó un silbido que martirizó mis oídos y mi cerebro; luego otro más débil y la máquina se metió en el andén. Me puse de pie, sacudidos todos mis nervios y volví a sentarme desfallecida. El tren se detuvo y yo seguí inmóvil. No podía moverme.

De pronto, sin mirar por la ventanilla, me erguí: lentamente salí al corredor y al extremo de él descendí al andén. Eché atrás la gasa blanca de mi sombrero, que ponía nieblas en mis ojos y quieta alcé la vista.

En el otro extremo del andén solitario—por donde debí salir de haber estado en mi cabal juicio—distinguí a Carlos. Alto, arrogante, su apostura de gran señor era la de siempre. Estaba vestido rigurosamente de negro y me pareció mucho más delgado. Me vió, descubrióse saludándome y vino en mi busca, ignoro si apresuradamente. Sé sólo que con paso rítmico y que su gallardía era majestuosa.

No me moví al verlo acercarse; me era imposible hacer el menor movimiento. Miraba su cara palidísima, en la que los ojos negros brillaban agrandados por la emoción, y creo que la sonreía... Cuando estaba a dos pasos de mí le tendí la mano. Se inclinó cortésmente, besándola, y luego, los ojos fijos en mis ojos, me tomó las dos manos y seguimos silenciosos... No sé lo que duró aquel divino momento, durante el cual, nuestras almas ansiosas se interrogaron, se reconocieron, se compenetraron... Oí la voz de Carlos y me estremeció su sonoridad velada, queda.

—Tus manos tiemblan..., no cesan de temblar entre las mías... Cálmate.... Te hallo inefablemente bella..., te amo...

—Gracias—fué la única frase que acerté a balbucir.

—Salgamos, si gustas.

Algo añadió de Ramón y mis equipajes, y ofreciéndome el brazo, apoyada en él, salimos del andén.

Aspiré con ansia los aromas del aire delicioso; miré el cielo que refulgía con miríadas de estrellas.

El coche de Carlos aguardaba.

—Te dejaré en el hotel si lo permites—murmuró.

Y su voz me impresionó nuevamente por armónica con dejos de confidencial... Sonreía al hablarme.

Me gustaría andar un poco..., la noche es admirable...

— ¡Imposible! Estas fatigada, necesitas, ante todo, reposo. Montemos.

—Unos pasitos nada más...

—Caprichosita adorada, mira que puede perjudicarte tu deseo...

—Unos pasos nada más—tuve la audacia de insistir.

—Como gustes, repuso Carlos secamente, y echamos a andar seguidos del carruaje. Busqué la mirada de Carlos y me pareció fría... Sentí que acababa de desagradarle y deseosa cuanto antes de borrar la mala impresión, me detuve diciéndole:

—Tenías razón; perdona. Montemos.

Me cubrió los pies y los hombros con chales que su mano previsora había puesto en el *landeau* confortable, y sentándose enfrente de mí, murmuró:

-Aquí, para poder mirarte y adorar tu fragilidad encantadora. El viaje que has hecho rendiría a los más fuertes y estás sonrosada.

—He descansado.

—Sí, en Galitzia y en Dresde—respondió con acentuada ironía.

Nada contesté; advertí que una sombra de desagrado pasaba por su alma y le tendí amante las dos manos, que él besó largamente. Luego desabrochó mis guantes, me los quitó y con indecible acento dijo:

— ¡Oh, mis manos adoradas! Las que temblaron desorientadas de mi frialdad aquella memorable noche de hace catorce años... Manos adoradas, mías, mías...

Las besaba con pasión, las estrechaba con fuerza tal, que me dolían.

Estábamos llegando al hotel y reteniéndolas aun entre las suyas, varonilmente bellas, me dijo:

-Hoy deseo, ante todo, que duermas, que descanses... Mañana... No sé si esos imbéciles habrán terminado de arreglar tus habitaciones como yo dispuse. He dicho que eres de mi familia (más que de mi familia, ¿verdad?) para evitar comentarios enfadosos. Dime a qué hora me recibirás mañana.

—A la que quieras..., cuanto antes mejor.

—¡Oh, bendita mía! ¿A la una?

—No, es tarde.

—¿A las doce?

—No, es tarde.

—¡Mi bien hallada! ¿A las once?

—Sí, a las once.

Llegamos al hotel, me presentó a los dueños (un matrimonio afable), subimos a mis habitaciones y me quedé deslumbrada.

El saloncito, con preciosos muebles Luis XVI, de tonos marfileños y guirnaldas rosadas, es un encanto.

El dormitorio tiene una ventana ojival a la que se enredan madejas de jazmines y desde la terraza contigua se ve toda la vega y se adivina en la lejanía Madrid. Asomados a la ventana que la luna embellecía en el misterio de los campos, Carlos se despidió de mí pronunciando con voz a la vez solemne y apasionada, estas frases:

—Dios te ha traído..., yo te retendré. Me gustas infinitamente... Te amo. Descansa.

Dieron las once en una iglesia próxima. Me volví al saloncito encantador. Sobre el piano había un ramo de capullos de rosas.

En el paroxismo de la emoción sentí que se agolpaban a mis ojos las lágrimas y lloré—no te asustes, Halina—dulces lágrimas de agradecimiento y ternura.

Me hundí en el sueño blandamente y ya muy entrada la mañana me despertó el gorjeo de los pájaros y el perfume de los jazmines, que, como dándome la bienvenida, metían sus cabecitas blancas por las persianas entreabiertas...

DE MARÍA A HALINA

Cuando me levanté, a eso de las nueve, mi cansancio era tal que temí no poder sostenerme de pie. Después del baño

me sentí más fuertecilla y bajé al jardín. El sol y el aire purísimo me reanimaron prontamente, y una alegría jamás experimentada las otras veces con tal intensidad de pisar mi tierra, de hallarme entre los míos, me inundó con una delicia nueva el alma. Hasta ese momento no la había sentido: Carlos solo absorbía enteramente mi ser. Subí a mi cuarto, y ayudada por Lolita—la más graciosa de las doncellas españolas—, tuve ánimo para sacar de los baúles las mil pequeñeces de uso personal que me acompañan y dan a las habitaciones donde vivimos de paso algo de nuestra personalidad, haciéndolas más nuestras, más íntimas... Puse mi virgencita de Murillo en improvisado altar, a la cabecera del lecho, y en el escritorio primoroso, el retrato de Carlos y los de mis hijos. Mis hijos adorados, ¡que de besos les di teniéndolos tan lejos! La mirada de Yerzyk, un poco dura siempre, me pareció mas dura. Los claros ojos de Zygmut brillaban a la cruda luz del cielo espléndidamente azul, como húmedos de llanto.

Intentando consolarle de no sé que tristeza, acerqué al retratito querido el ramo de capullos, muchos de los cuales se habían desplegado y eran rosas ya. Rosas reales, las más bellas y fragantes del mundo.

No me hallaba intranquila en espera de Carlos, pero un detalle, una pequeñez turbaba mi sosiego. ¿Lo creerás? La elección de traje para aquella nuestra primera mañana. Varié de opinión un ciento de veces y me decidí por uno sencillísimo negro, de crespón, fino como un tul y con el cual estoy muy encariñada. El día que estreno traje me siento molesta. Sólo los usados, «los que tienen historia», me son agradables y éste la tiene: he escrito muchas veces a Carlos vestida con él.

Me miré al espejo y la cola alargaba demasiado mi talle muy delgado.

Cuanto más me miraba, más ajadas me parecían mis mejillas, más profundas mis ojeras. El pelo, recogido en alto, prolongaba la línea de cuello desnudo. Me pareció que habían enflaquecido mis brazos, que su finura en las muñecas era escualidez, y para disimularla me puse transparentes mitones blancos que subían hasta el codo.

A las once menos cuarto se adueñó de mí un desasosiego muy grande. Salí a la terraza y esperé... A poco vi venir a Carlos por la ancha alameda que termina en pleno campo, un poco más arriba de esta casa.

Vestido de riguroso luto con traje de mañana, me pareció más esbelto, más joven: llevaba el ala de su sombrero flexible caída sobre la frente para preservarse del sol, y en las manos—sin guantes—un bastoncillo de ébano. Me vió de lejos, me saludó, y al llegar bajo la terraza descubrióse de nuevo y se paró diciéndome:

—Buenos días, mi pajarita de las nieves. ¿Has descansado?

—Divinamente—respondí.

—Me quitas un peso de encima. Temí que no; que extrañaras el sitio, que hallaras los muebles *en visita* delante de ti.

Me eché a reír y él se rió también. La blancura de sus dientes, un poco grandes pero alineados irreprochablemente, brilló entre el bigote y la barba negrísimos.

Subió; le recibí expansiva. Me fijé en sus manos admirables, ligeramente sombreadas de vello en las

muñecas; en sus pies de español de raza, calzado con anchas botas inglesas; en los detalles de su traje. Prendida al nudo de la corbata, blanqueaba una perla grande de forma rarísima. Semejaba un diminuto corazón hendido por la mitad.

También Carlos se fijó en mí con insistencia y me dijo:

—¡Qué finamente bella eres, mi amada!

—Di mejor qué escuálida eres—le respondí.

—Qué finamente bella—repitió, como si en vez de contestarme se contestara a sí mismo; y en seguida con voz áspera:

—Pero ¿por qué te has puesto traje negro? Supongo que no será prolongando un luto que... El luto es una concesión que hacemos a la sociedad necia, o la exteriorización absurda de un dolor. Paz a los muertos. Tu luto se ha terminado... Aquí me tienes todo tuyo... Vístete de rosa en víspera de boda...

Se interrumpió y yo sentí aquellas frases como un martillazo en el pecho. Había celos en sus ojos al pronunciarlas e imperio de orden en su voz.

Vencí el vago malestar que me oprimía, y luego de explicarle mi gusto de los trajes usados, añadí:

—Sobre todo con éste estoy encariñadísima.

—¿Por qué?

—Lo vestía al hacerte mis confidencias más íntimas...

-¡Mi amor!-gritó, acercándose a mí con tal impetuosidad que tendí las manos, conteniéndole. Palideció cual si se sintiera mal de pronto, y tomándome las manos las oprimió con violencia de enojo. Era visible que se esforzaba por

dominar su enfado de mi actitud; se rehizo, las rozó con sus labios, y volviéndose a la terraza murmuró fríamente:

—¿Verdad que es muy hermosa esta tierra?

—Admirable.

Con dificultad salían las palabras de nuestros labios... Me preguntó detalles del viaje, nos fuimos animando poco a poco, y nos engolfamos al fin en una conversación dulce y larga. Hablamos de las excursiones que habríamos de hacer; de las combinaciones para vernos casi a diario. Carlos procurará venir de Madrid todos los días. Los domingos y los días de fiesta los pasaremos juntos; cuando yo me reponga de las fatigas del viaje, iré a Madrid, recorreremos la Florida, El Pardo... Antes que empiece el calor visitaremos Toledo, El Escorial, La Granja. Su casa solariega en campos de Valladolid.

Carlos, con elocuente sencillez, me hablaba de esos lugares, del gozo que será para él llevarme consigo y mostrarme obras de arte y hermosuras de la Naturaleza que abundan en su tierra castellana, de la que está orgulloso.

Yo le oía entusiasmada, y su voz grave, amorosa, me recreaba los oídos.

No podía apartar la mirada de su cabeza, castizamente española, en cuyas sienes brillan las canas, suavizando el duro diseño de la frente, más bien estrecha que ancha, morena, altiva.

—Cuando el calor apriete y se cierren las Cortes, nos aislaremos en un rinconcito de tu tierra natal, junto al Océano.

Involuntariamente hice un movimiento negativo de cabeza, y Carlos, frunciendo las cejas, exclamó:

—No apruebas...

—Por desdicha, no. A últimos de junio debo estar de vuelta.

— ¡Imposible! No... no...

Soltó mi mano, que tomara cariñoso, y preguntó con recelo:

—¿Es esa la causa de que adelantaras tu viaje?

—Sí...

— ¡Oh!, lo suponía y me atormentaba esa suposición-clamó dolorido—, y en seguida, volviéndome a tomar la mano, la besó, añadiendo débilmente:

—Sé bendita hasta por esos breves días que me concedes. Yo haré que se prolonguen...

Y como si la confianza en sí mismo borrara la impresión de la desagradable nueva, volvieron a afluir a sus labios las frases placenteras, y con un tono insinuante, alegre—que yo no sospechaba en él y que delata la sana frescura juvenil de su espíritu—, murmuró riendo:

—Ahora urge pasar a la orden del día. ¿Me permites almorzar contigo? Deseo convencerme si no intentan matarte aquí de hambre. Te dejaré luego que reposes, y a las cinco volveré a buscarte para que eches el primer vistazo a Aranjuez. ¿Convenido?

—Convenido. Oye, Carlos, aun no te he dado las gracias por la delicada atención de haberme preparado un nido delicioso...

—Nido de ave de paso—me interrumpió irónico.

—Qué bueno eres—seguí—. Me conmueve y encanta tu ternura.

—Y mi pasión, ¿menos?—interrogó con mirada atrevida, dando un paso hacia mí.

—Menos—repetí para mí sola, sin que mis labios se abrieran con tal afirmación, y continué:

— ¡Qué inolvidable solicitud me has demostrado ocupándote de todo! Estos muebles...

—Son de casa de mis primos. Hubiera querido ofrecértelos nuevos, pero no había tiempo. Urgía dar a estos cuartos un aire agradable; que su bella tonalidad quitara la crudeza repulsiva de los cuartos de fonda; que no te fueran demasiado ajenos, mi pajarita de las nieves.

—Te agradezco con toda el alma...

—Ámame con toda el alma—me respondió abriendo los brazos cual si quisiera estrecharme en ellos—, que amar así es agradecer y desear, y vivir...

Llamaron al almuerzo, que nos fué servido en un cenador del jardín, entoldado con madreselva, y durante él, a intervalos, observé a Carlos. No come mucho, pero bebe bastante. Gusta como yo de las frutas, pero no prueba las ensaladas.

Su conversación, hasta cuando trata los asuntos más fútiles, es amena, sugestiva. Al hablar, el hechizo de su voz, de sus actitudes, de su espíritu vario, complejo, dúctil, se acrecienta y me fascina. Su conversación es su encanto mayor. No, sus ojos, alternativamente fríos y acariciadores, sombreados por curvas pestañas—como solamente se

hallan aquí—que por momentos acentúan la melancolía de la mirada, son el atractivo mayor de este hombre, fuerte de carácter y de corazón. Pero hay en él algo que me intimida y no me hallo aún a *mon aise* en presencia suya. Mi encogimiento interior persiste; supongo que con el trato desaparecerá, como desaparecerán dos recuerdos amargos de la mañana del domingo. Carlos me desagradó al hablar de mi luto y al oprimir fieramente mis manos que contenían su vehemencia.

DE MARÍA A HALINA

Mi siesta no fué larga, pero fué de somnolencia deliciosa. Extendida en la *chaisse-longue* de mi dormitorio, semi a obscuras, el gorjeo de los ruiseñores y las vibraciones de la voz de Carlos venían a mí cual sugestiva música de intento atenuada para arrullar vaguedades de ensueño.

Decidí cambiar de traje, o al menos alegrar mi *toilette* con una blusa blanca. Elegí la más vaporosa, de muselina de seda con incrustaciones de *malines.* Me la puse; me sentaba a maravilla, y, ¿qué disparate dirás que se me ocurrió hacer entonces?

Pues quitármela, pensando de mal talante que si a Carlos le desagradaba mi vestido negro, peor para él, y acabado. Me vestí como por la mañana, y te aseguro que aquel acto mío era de manifiesta rebelión... Más aún: fué un consciente deseo de picar, de molestar a Carlos. ¿Te explicas tal actitud en mí, dócil hasta la pasividad, ansiosa de gustarle y complacerle en todo? Yo no, Halina. Ni me explico ni me disculpo de ese feo alarde de independencia.

Desde la terraza vi venir a Carlos guiando un cabriolet monísimo que brillaba como si fuera de charol. Dejó las

riendas al *groom* que le acompañaba y se apeó.

—¿Qué tal la princesita viajera?—me dijo con dulzura, deteniéndose como por la mañana.

—Divinamente.

Subió y lo recibí con estas palabras:

—Divinamente, y esperando a su príncipe encantador.

—*Encantado* quieres decir.

—No; encantador, encantador...

—Dios te pague el piropo y te preserve de la inconstancia... o la ingratitud.

Me senté en una mecedora y él, enfrente de mí, en un silloncito.

Había cambiado su cazadora matinal por un correcto chaqué, y bajo la barba, cortada en pico y cuidadísima, resaltaba la blancura mate de la perla deforme. Notó que me fijaba en ella y me dijo:

—Es rara, ¿verdad? Pues no lo es menos su historia.

Perteneció a uno de mis antepasados, virrey del Perú. Soy el treinta y siete de la genealogía de los Vargas poseedor de esta perla, desprendida milagrosamente de una ajorca que avaloraba el tesoro de una famosa imagen del siglo xvii.

Ofrecióla a cierta Virgen toledana la mujer linda y traviesa del adusto virrey. La Virgen, con sus dedos mágicos, se la arrancó de la joya que ornaba su brazo, y arrojándola sobre la cabeza de la dama—en el preciso momento que ésta se hallaba orando—la hirió con ella, y la

perla, teñida de sangre, perdió su forma por la que tiene de corazón hendido.

Así libró la Virgen de que acudiera aquella tarde a una cita pecaminosa la casquivana, tan prendada de un muy alto galán como poco cuidadosa del honor de su viejo marido.

Afirman las crónicas que era el mismo rey el caballero que esperaba. Y fué pasando la perla milagrosa de generación en generación como amuleto de fidelidad conyugal, hasta que yo, con escepticismo y desfachatez punibles, la luzco en este prosaico atavío, por arcaica y bella.

Si tuviera que dejársela a un hijo mío, le encargaría que la guardara como al más preciado talismán de constancia *inter cónyuges* y que al mismo tiempo no perdiera de vista a su mujer. Las citas otorgadas a mozos de regia extirpe puede evitarlas una Virgen toledana, pero las que se dan a simples mortales, cada diablo local las protege.

No sé lo que había en el tono de Carlos al expresarse así, que me irritaba.

—¿Eres celoso?—le pregunté de pronto.

—Como una fiera.

—Me causas miedo.

—No me des motivo para que mis celos te lo causen—respondió poniéndose de pie vivamente, y aproximándose a mí comenzó a mover con suavidad la mecedora.

Las persianas caídas sombreaban el saloncito y en su frescura se esparcía un cálido olor de rosas. Carlos aceleró el vaivén, y meciéndome con creciente presteza, sus ojos

brillaron extrañamente. Me levanté, y él, haciéndome sentar de nuevo, murmuró:

—Aguarda, el sol quema aún; saldremos dentro de un rato.

Me puse de pie movida por un desconcierto que me estremecía. Me irritaba el mirar de Carlos y su sonrisa osada... Descorrí las persianas y dije intentando distraerle:

—El atardecer es delicioso. Mira qué luces tiene el Tajo allá a lo lejos. Y qué penetrante es el olor que sube de la vega. Florecen en todo el contorno los almendros y los fresales. La tierra es generosa.

—Más generosa...

—Que los hombres—interrumpí adivinando lo que iba a decirme: que la tierra es más generosa que yo, y no quería oírlo...

Cuando estábamos para salir, mirándome de pies a cabeza, exclamó:

—Persistes en tus negruras... y es lástima: ese traje hace rígida tu esbeltez. Anima al menos con unas flores ese duelo... Nos van a tomar por dos agentes de la funeraria.

Me encogí de hombros, hallando de mal gusto el chiste, y Carlos escogió tres de las rosas que se entreabrían en el escritorio e hizo ademán de ponérmelas en la cintura.

Las quité de sus manos y me las prendí en el pecho.

Carlos me miró receloso y pronunció sarcásticamente a media voz este verso de *El vaso roto*, de Sully Proudhome:

«Ne touchez pas... il est brissé.»

Montamos en el cochecillo y no me es posible describirte las bellezas de este lugar prodigioso.

En la frondosidad de los jardines de la isla, las aguas de sus fuentes monumentales susurran una rara canción: la de las aguas satisfechas de correr hermanadas con flores. Entre los mirtos y los boscajes del Parterre extendido ante el palacio que empezó Felipe II, las marmóreas estatuas rememoran peregrinos hechos de la leyenda mitológica, cuando el sol no se había cansado aún de alumbrar el mundo, y en las enramadas del jardín del Príncipe flotan todavía ecos de las fiestas cortesanas del siglo XVII.

Anochecía cuando entramos en aquellos vergeles, y Carlos murmuró a mi oído:

—Mira, en el misterio de los lagos esas gondolillas blancas parecen aguardar el cortejo de los palaciegos y las damas que seguían al rey poeta en sus jiras nocturnas, y que como él gustaban de prolongar los galanteos, de templar los ardores de la pasión con la frescura de los cielos y las florestas, y a la luz de la luna ennoblecían el beso con la poesía de un jardín discretamente hospitalario...

La brisa ardorosa y fuertemente aromada del crepúsculo me desvanecía. Carlos me llevaba cogida del brazo y la presión de sus manos me era grata.

Sonó cercano el rasgueo de una guitarra y una voz femenil entonó esta copla:

«Mira que lo que deseas
es como el humo en el valle,
que verlo podemos todos,

pero no lo coge nadie.»

Me estremecí dolorosamente y un sollozo oprimió mi garganta.

El recuerdo de mis padres, de mi infancia, de los tiempos juveniles pasados en mi patria: mil confusas reminiscencias... la nostalgia de tantos años de expatriación, exasperada en aquel momento por la certeza de dejarla nuevamente; la melancolía de aquella copla, presagio quizás de mi desventura inesperada, me trastornaron, y rompí a llorar desconsoladamente.

Carlos, emocionadísimo, me llevó a un asiento inmediato, y adivinando lo que me pasaba, con voz enronquecida y temblorosa prorrumpió en frases de consuelo y de amor.

Sus labios rozaron mis sienes buscando mis ojos, ocultos por mis manos. El las separó suavemente, y mirándome decía con entrecortada frase:

—Cesa de llorar, adorada de toda mi vida. Ya estamos juntos y va a realizarse mi más ardiente anhelo: hacerte feliz.

Me agitan todas las vehemencias de la pasión, pero una las sobrepasa: el ansia vehementísima de verte dichosa.

Ali tenerte así, a mi lado, soy feliz, te adoro. Pero es menor esta felicidad que la que compartirás conmigo siendo ya mía. Mi mujer, mía para siempre. El deseo de tal felicidad suprema me impacienta, me mortifica y me exalta.

No llorarás unida a mí; viviremos en esta tierra española tan querida de ambos. Tus hijos, nuestros hijos, estarán con nosotros, y si una melancolía pasajera nubla tus ojos, no

sufriré esta tortura de ver caer de ellos las lágrimas sin que mis labios las sequen, sin que mi corazón, junto al tuyo, lo calme, lo aduerma.

Vida mía, serénate, ámame.

¡Deseo decirte tantas cosas! ¡Consultarte tantos proyectos de nuestro porvenir, ponernos de acuerdo en tantos detalles!

Pero antes reponte de tu cansancio. Que tus nerviecillos no protesten al contacto de mi mano, ni la impresionabilidad sobreexcitada de mi señora se aterre de mis audacias naturalísimas de enamorado. Tu almita se retrae, se me va al fondo y hay que sacarla a flote con tino. Yo sé esperar... pero no me hagas esperar demasiado el instante de las confidencias... de los planes definitivos. Sonríete, mi pobre pajarita de las nieves, mi fría pajarita de las nieves.

Me calmé, sonreí, pero una tristeza inexplicable me dominaba. Salimos lentamente de los jardines del Príncipe, montamos en el coche que nos esperaba y Carlos me dejó en el Hotel, pidiéndome permiso para volver a darme las buenas noches.

Apenas comí; un grandísimo aplanamiento me rendía. Carlos—que vino a las diez—, al notarlo, se retiró, despidiéndose hasta el día siguiente por la tarde, pues aquella misma noche se volvía a Madrid. Yo me desplomé en el lecho buscando el sueño, pero las emociones de aquel primer día pasado con Carlos, que tenían en violenta tensión mis nervios, y aquella copla popular, quejido del desengaño, me tuvieron desvelada mucho tiempo.

Hace ya diez días que llegué, y aunque ha desaparecido casi la fatiga corporal, mi alma no puede respirar a su gusto, parece que le falta aire. Se me figura que las mujeres en general somos más idóneas para sentir el dolor que la dicha. Que hay almas que se cierran tercamente a la felicidad, acaso porque no están preparadas a recibirla, porque no tienen fuerza para extenderla los brazos, y, en cambio, no hacen resistencia al dolor porque éste no les da tiempo; porque se apodera de ellas a viva fuerza.

Carlos viene casi todos los días, y a fuer de amoroso *y* solícito me ha convertido en una princesa de sus pensamientos encerrada en las cuatro paredes de este castillo roquero, vamos al decir.

Como las mujeres españolas no tenemos libertad, no podemos prescindir de dueñas y de rodrigonas, Carlos ha puesto a mi servicio su criado Ramón, que es un alma bendita en un cuerpo seco y fortísimo de Don Quijote joven.

Lo de joven es broma.

Cuenta cuarenta y tres años—algunos más que Carlos—y representa treinta.

¡Cómo se equivocan las gentes del Norte creyendo que aquí se envejece prematuramente! La benignidad del clima prolonga la lozanía de la juventud. Los interminables nublados, las ventiscas, la nieve, son los enemigos mortales de la belleza. El frío conserva—he oído repetir muchas veces, y alguna contesté:

—Sí, los pescados y las carnes se pudren menos pronto entre el hielo.

Carlos ha organizado mi vida, ha marcado horas a mis paseos y, naturalmente, no doy cuatro pasos sin la tutela de

mi escudero leal. Ramón—cuidadoso de su persona como un lord—, los ojos grises animando con benevolencia el rostro enérgico, afeitado a diario, me distrae mucho, y me interesan sus conversaciones acerca de la niñez y la familia de su señor.

Tiene por Carlos el culto que sólo los servidores nacidos en la casa de nuestros padres nos profesan y su compañía me es amable.

En el pueblo nos miran con creciente curiosidad, y a las buenas gentes intriga la presencia aquí de una extranjera (me toman por tal), emparentada con el gallardo enlutado que casi todos los días detiene su automóvil ante esta puerta. Gracias a que hay sólo un par de ingleses en esta casa, y no abundan los forasteros en Aranjuez; de otro modo me tendrían en entredicho. Aun así preveo que sin tardar empezarán las murmuraciones...

Carlos no vendrá hoy; una sesión urgente lo retiene en Madrid. Cuando llega temprano comemos aquí, y luego salimos a dar un paseo por las alamedas inmediatas o por el jardín este, que es bellísimo.

Nuestros coloquios empiezan a ser violentos porque Carlos, ansiando tratar de nuestra situación, de concretar, de hacer planes realizables inmediatamente, se desespera en secreto de que yo rehuya ponerme a tono con él. Y lo rehuyo por miedo... Lo tengo de la lucha, si él exige lo imposible: que yo no vuelva a Polonia. Tengo miedo..., ¡ni yo misma lo sé! De todo, de la pasión de Carlos, de su exclusivismo terrible. Juzga de él por este detalle.

Anoche, tras un breve y duro diálogo acerca de mi matrimonio—que considera como una infidelidad hacia mi entonces desconocido poeta— se acercó al escritorio, y

fijándose mucho rato en los retratos de mis hijos, cogió el suyo que estaba entre ellos y lo puso aparte.

—¿Qué haces?—le pregunté desconcertada.

—Ya que comparto con ellos tu corazón, no me condenes a estar hasta en efigie en su compañía.

No contesté, pero un largo escalofrío recorrió mi cuerpo. Cambiamos algunas palabras indiferentes, y al irse cogió su retrato, y colocándolo, no donde estaba, sino del lado de Zygmut, me dijo con forzada sonrisa:

—Ponme junto al pequeño... Es el que se parece a ti.

Y mira si seré susceptible, impresionable, y si mi facultad de sufrir será grande, que amando a Carlos como le amo, me alivió de un sordo rencor su marcha. Hasta se me figura que me alegré de verme sola... Y las noches anteriores, cuando le veía alejarse, me sobrecogía una tristeza, un desfallecimiento de pobre criatura abandonada.

DE MARÍA A HALINA

He pasado en Madrid el sábado y el domingo... Carlos hace dos días que no viene. Quisiera contarte mis impresiones y me siento incapaz..., sufro...

Estos dos días de Madrid han tenido para mí horas de divino embeleso, de felicidad absoluta, intercalados de congoja y desaliento... Cuando Carlos habla me subyuga, me fascina, y llega un momento en el cual no puedo seguir escuchándole. Me aturdo, me pierdo en las alturas de la belleza a las que me obliga a ascender... Pues lo mismo ocurre con su amor. Su impetuosidad me sacude, me envuelve, me arrolla en un torbellino asfixiante.

Su pasión carece de gradaciones. En su alegría no hay reserva... Su alma viene a mí con el desconsiderado arranque de la usurpación, y noto que se acrecienta en presencia suya un estremecimiento, un temblor de mi ser moral que, llegado a un paroxismo angustioso, truécase en laxitud..., en aniquilamiento...

Intentaré describirte....

¡Oh, mi Madrid nunca olvidado! ¡Qué bellamente envolvía sus decrepitudes la neblina rosada de la tarde!

Carlos dice que es una ciudad horrible con dos o tres sitios de belleza insuperable: yo no puedo ser juez; Madrid, después de mi rincón vasco, cuyas rías bordean los maizales a lo largo de los desfiladeros umbrosos, es el sitio de mis predilecciones. Muchas veces, en sus calles bulliciosas, me rindió la añoranza del mar; muchas renegué de su sol insolente suspirando por las encalmadas brisas de mis playales y la frescura de los pomares en flor.

No había aún sentido empequeñecerse mi espíritu con la tristura de los países de la nieve. No había aún repetido con un poeta desconsolado:

«Y al sol de España dije, dame un día

para alumbrar un año entero el Norte.»

Carlos me acompañó en mis correrías por Madrid empeñado en regalarme cuanto me gustaba. Espléndido hasta la insensatez, de no contenerle, hubiera convertido mi habitación en almacén de preciosidades. Así y todo dos soberbios presentes me ha dejado. Una mantilla de blonda maravillosa y un abanico.

Entró en mi iglesia preferida—el Buen Suceso—, no se impacientó cuando me arrodillé luego ante el Cristo

milagroso de San Luis; pero en nuestra visita al Museo del Prado, le escandalicé con mi mal gusto. Su refinamiento estético se extasía solamente ante la obra depurada, genial. Yo me embobo con las que reviven un momento de nuestra historia; con una escena caballeresca, con la romántica soledad de un claustro, con una cabeza ascética, extática, o una Virgen místicamente hermosa, nimbada de inmortalidad.

Carlos; grave, con la gravedad del devoto que entra en un templo, recorría las salas. Parco en el hablar, me mostraba aquí y allá un cuadro, se aproximaba a contemplarlo, y cuando yo manifestaba mi admiración por otro, un gesto de sorpresa, o una sonrisita de fino desdén acogían mi entusiasmo.

Nuestra visita se terminó con un incidente raro. Nos sentamos a descansar un instante, y al mismo tiempo pronunciamos los dos esta palabra:

—Yo detesto...

—¿Qué?—interrogó Carlos.

—Las caras angostas y lívidas de tu Greco.

—Pues yo detesto las morbideces sonrosadas de tu Murillo.

—Es decir, que cada uno de nosotros aborrece lo que al otro seduce.

—Así parece—respondió con displicencia Carlos. Y salimos.

Tuvo su hora de caprichear entonces, y quiso que fuéramos por la noche al teatro Español, donde nos conocimos. Me resistí un poco. Era llamar la atención;

buscar voluntariamente que nos asaetearan las miradas y las críticas de la sociedad, presentarnos en noche de gala en un teatro, tan reciente aun el luto de Carlos.

—Me recataré entre los cortinajes del palco; pero si me ven, que me vean. No tengo por qué ocultar mi amor. Ansío el momento de que te vean mía..., y puedo adelantar a la voracidad de las fieras el aperitivo de nuestra presencia, antes del festín de nuestra unión.

Vístete de blanco; como aquella noche primera, ornaré con violetas tu pecho. ¿Sientes tú anticipadamente la gloria de revivir aquella hora memorable en el lugar donde al pasar fugitiva nos dejó lo imperecedero en el alma: el recuerdo, la añoranza, el amor en germen?

Estaba empezado el primer acto cuando entré sola en la platea.

En el entreacto llegó Carlos, y su presencia no pasó inadvertida.

Algunos gemelos se enfocaron hacia nosotros. El, sentado detrás de mí en el fondo del palco, me decía las más emocionantes palabras. Su voz, que sólo llegaba a mi oído, era un canto de gracias a la existencia que le devolvía la mujer entrevista en aquel lugar, y perdida catorce años antes...

Mi traje blanco le deslumbraba aromado con las violetas que adornaban el corpiño ligeramente descotado, y hasta mi pobre cabeza mustia le inspiraba elogios exquisitos como madrigales.

El calor de la sala, el brillo de las luces, el gozo comunicativo de Carlos coloreaban mi rostro, animándolo

con la expresión de un contento intensísimo momentáneo. Con la belleza efímera de una hora dichosa que no vuelve...

Aumentaba el número de los gemelos que se fijaban en nosotros. En algunos palcos vi caras conocidas que me sonrieron saludándome con extrañeza... Iba a empezar el segundo acto y rogué a Carlos que saliéramos.

—Hay que esperar -me dijo— al entreacto. Si nos vamos ahora dirán que hemos desaparecido, que nos convenía desaparecer. Murmurarán..., darán por cierto... Saldremos a la vista de todos. Te acompañaré ostensiblemente a tu coche, te dejaré en él ceremosiosamente, y volveré a presenciar sólo el acto tercero. Lo que de mí se dice y se piensa no me importa. Tratándose de ti no quiero que hagan suposiciones falsas.

Bajó el telón dejando en suspenso una acerba sátira del gran Benavente, y cuando volvían a clavarse en nosotros los gemelos osados me levanté; Carlos, adelantándose, me echó sobre los hombros el abrigo, pasó su fría desafiadora mirada por las plateas, y dándome el brazo salimos, hallándonos al paso con muchos conocidos de Carlos que le saludaban intrigados y respetuosos.

Aguardamos un momento en el vestíbulo a que el coche se acercara, me acompañó hasta él y besándome la mano reverente, me despidió con un sonoro y clásico:

—A los pies de usted, señora—, subrayado con una mirada.

Carlos estaba complacido, pero habíamos arrollado las leyes de las buenas costumbres españolas, presentándonos solos en un teatro y por añadidura teniendo Carlos un luto tan reciente.

Las horas pasadas en el Español me han dejado un recuerdo grato, luminoso. Las frases de Carlos vibran, intensas de sinceridad amorosa, en mi alma.

Pero con algo de escozor siento pasar aún por mi rostro las miradas de los hombres al verme del brazo de Carlos, el de los trágicos amores. El envidiado héroe de leyendas donjuanescas.

DE MARÍA A HALINA

Al otro día, domingo, antes de las diez, me dirigí al cementerio a rezar en la sepultura de mis padres. Quise ir sola, y el dolor que se reaviva ante las tumbas de los seres amados me traspasó el alma.

¡Qué de recuerdos se agolparon a mi mente! ¡Qué de tristezas entraron en mi corazón—que dijérase iba ensanchándose para que cupieran unas tras otras todas las de la vida—desde el día infausto que mis padres allí fueron a reposar juntos! En el transcurso de medio año murieron ambos. Poco después, mi orfandad desamparada acogióse a un extranjero que mis tutores y mis parientes me destinaron. Y no sé hoy, no sabré nunca por qué les obedecí ni por qué aquel desdichado que martirizó mi juventud puso tal empeño en casarse conmigo, no amándome, según me confesó más tarde repetidamente. Su trágico fin explica muchas cosas... Lo inexplicable es mi acerbo destino. No el mío solo: Dios da la vida a sus criaturas, y el misterio, lo incognoscible, las guía y las enreda unas a otras con madejas de sombras. Y en definitiva... Lo único definitivo en la existencia es la muerte.

Escalofríos de dolor me estremecieron junto a aquella tumba, que ni cuidar me ha sido posible; que las hiedras

envejecidas cubren, haciendo desaparecer bajo sus fibrosos ramajes—que avanzan cual ávidos tentáculos—la inscripción de la losa por el tiempo y por las densas copas de los cipreses ennegrecida.

Una laxitud mortal detuvo las lágrimas en mis ojos. Hay momentos en los que nos alejamos tanto de la tierra persiguiendo almas queridas, hundiéndonos con ellas en la eternidad, que casi podemos decir que morimos.

Oí pronunciar mi nombre y levanté la cabeza. Carlos estaba junto a mí y con una exclamación de gratitud acogí su presencia.

—Me fué imposible dominarme y desobedeciendo tu orden he venido en tu busca. Presentí que sufrías y no pude dejarte sola..., quiero acompañarte.

—Dios te lo pague—respondí enternecida.

Me ayudó a apartar las hojarascas invasoras, a colocar las flores que yo llevaba y luego nos alejamos de aquel sepulcro donde a las cenizas de mis padres no vendrán a unirse las mías, dispersas cuando llegue mi hora, en tierra extranjera.

— ¡Qué pálida estás, qué dolorida me apareces!—dijo Carlos mirándome inquieto.

—La muerte es lo más triste de la vida.

—No; a veces la vida es más triste que la muerte.

Juntamente nos encaminamos en busca de la salida por galerías tétricas y patios soleados en los que florecían adelfas inodoras.

Gorjeaban los pájaros en los ramajes con enervante, con sacrílego gorjeo, y la claridad del cielo crudamente azul

caía sobre los mármoles dando vivas tonalidades a su blancura.

Carlos, llevando en la mano una ramita de las hiedras cortadas, movíala nerviosamente señalándome el mausoleo magnífico de un magnate, el abandonado de un poeta glorioso, el templete churrigueresco de un advenedizo millonario.

Con tono desabrido comenzó a decir:

—Nada tan odioso, tan antiestético como estas necrópolis modernas. Nada tan antihumano como el culto que al polvo de las tumbas dedican los vivos. En ellas no queda nada del ser que conocimos, que existió. No me explico que podáis acercaros a ellas y evocar el instante espantoso en que sobre el cuerpo intacto aún del ser querido cae la tierra tragándoselo.

Los ausentes que hemos amado, llevémoslos vivos en el corazón. ¿Su cuerpo? Su cuerpo se deshizo en nube de humo..., en rayo de sol... Que no me obliguen a echar sobre sus formas moldeadas por la vida, la tierra que las golpea y las aplasta. Que no me fuercen a pensar que, oprimida por la tapa del ataúd, por la tierra, por la losa pesada que cae sobre ella, los ojos de mi madre se pudren, la boca que besé es nido de gusanos.

— ¡Qué horror! —gemí.

—Ardan, desaparezcan en inmensa pira de incienso y áloes los cuerpos fenecidos... No me forcéis a enterrarlos, que es monstruoso meter en el agujero inmundo de un nicho, la forma, el cuerpo que es sacrosanto hasta cuando cesa de latir su corazón.

Que la podredumbre de las simas a flor de tierra no corroa sus fibras: envuélvalas la llama, que es luz. Mis muertos, los muertos que amo, viven en mi memoria, en mi alma, viven en mí. Si tuviera que acercarme a sus tumbas e imaginármelos disgregándose en la pútrida lobreguez de una fosa, me volvería loco... Lo que yo amo no pasa por la tumba, se salva..., sobrevive.

Íbamos a desembocar en una calle corta bordeada de mirtos, y al final de ella, en las sombras movedizas de los sauces, erguíase blanca columna que terminaba un busto de mujer.

Vamos mal por aquí—exclamó desconcertado Carlos, dándose cuenta del sitio en que estábamos—. Mi charla me ha distraído y nos alejamos de la salida. Torzamos por esta galería de la izquierda.

—Me interesa ese mausoleo—respondí, avanzando por la calle melancólica.

Carlos bruscamente me cerró el paso y con inusitada violencia me dijo, cogiéndome del brazo:

—No sigas.., vuelve...

—Quise desasirme de él, pero sus dedos se clavaban en mi carne.

— ¡Suéltame!..., ¡me lastimas!

—No sigas, volvamos..., no sigas, repitió soltándome, pero sin dejarme avanzar. Su rostro habíase demudado, y sus ojos brillaban siniestramente, amenazadores y espantados...

Le miré confusa, alcé los ojos al mausoleo que animaban con movible claro-obscuro las ramas de los sauces, agitadas

por el aire, e impulsada por íntima y angustiosa ansiedad, dije resuelta:

—Quiero acercarme...

—No—clamó Carlos—. Ven, salgamos de aquí...

Avancé atraída irresistiblemente por aquella columna blanca de la que me separaban pocos pasos.

Carlos suplicaba...

Lo dejé atrás y me aproximé al sepulcro. El busto que lo remataba era de mujer joven y hermosa. La boca entreabríase con amargura y la inmovilidad de los ojos expresaba la desesperación de lo irreparable.

El epitafio tenía esta sola línea:

«Se murió por amor. Rogad por ella.»

Me volví a Carlos que, alejado de mí, esperaba, inmóvil, rígido, demudado.

Mi sangre agolpábase en oleadas frías a mi corazón... Cesé de pensar y una insensibilidad de muerte me paralizó entera. Clavé mis ojos en Carlos y dije sin voz:

—Es ella... la suicida...

El bajó la cabeza, atónito, abrumado.

—Es ella—seguí inflexible—tu víctima... Una de tus víctimas...

—¡Cruel!—murmuró sordamente Carlos, y no sé ni el tiempo que tardamos en salir del cementerio, ni por qué camino me trajo sola el coche hasta el hotel.

Las consecuencias de ese encuentro fatal con el sepulcro y el busto blanco que me atraía con la fuerza de una

aparición irresistible, fueron desproporcionadas al hecho, todo lo aflictivo e inusitado que quieras, pero nada más. Y, sin embargo, el choque que conmovió mi espíritu fué tremendo. Estalló dentro de mí espantosa rebelión que se expandía en múltiples gradaciones de dolor y de recelos inesperados... Borráronse súbitamente de mi memoria los recuerdos que me ligan a Carlos, quise huir de él..., cesé de amarle. Aborrecí su pasado, creo que le aborrecí también a él... Anonadada por el tumulto de sensaciones nuevas, de inquietudes imprevistas, que me golpeaban el corazón y el cerebro, se apoderó de mí una repugnancia hacia Carlos, súbita, invencible. Una repugnancia de su cuerpo, de sus ojos, de sus manos...

Algo extraordinario e inexplicable que me impelía a huir mentalmente de él y de su amor y del mío...

Fué una crisis cruenta, ilógica, inmotivada. ¿La ocasionaron los celos de una muerta, los celos feroces de toda la vida de Carlos?

Lo ignoro, Halina; sólo sé que al igual de las tempestades que remueven las entrañas de los mares arrastrando hasta la superficie pedazos de ellas, una terrible emoción pasó por mi alma conmoviéndola, desgarrándola, dejando en mis labios posos de una amargura desconocida.

Tranquila exteriormente, pero desconcertado mi espíritu, me halló Carlos cuando a las cinco de la tarde vino en mi busca. Estaba muy pálido, su preocupación hacía fija la mirada, pero sonriente, esforzábase por aparecer tranquilo, satisfecho, y me habló animadamente de nuestro paseo a la Florida convenido para aquella hora.

—Si quieres, daremos antes una vueltecita por el Retiro eligiendo el lugar donde dentro de veinte años nos

encontraremos al sol y realizaremos tu sueño de comenzar un idilio en la vejez.

Había sarcasmo y despecho en su voz al hablar así y su risa me lastimaba. Comprendió perfectamente mi estado de ánimo, y sin vacilar, decidióse a hacer que lo ignoraba. Cierta estoy que si en aquel momento se hubiera acercado a mí sinceramente, poniendo su alma a tono con la mía, descubriéndome su corazón conturbado, afligido por la escena del cementerio, mi amor hubiera recobrado su paz. Una palabra, un ademán, una afirmación, una promesa tienen definitivo valor en ciertos momentos de crisis moral.

Carlos se reía, me besaba las manos con pasión, sorprendido de que estuvieran heladas en pleno día caluroso, y no acudió en auxilio de mi alma transida de un frío de agonía...

Y oyéndole hablar elocuentemente, su verbosidad se me antojaba ligereza... Su mirada de fuego me hacía sufrir porque encubría el estado verdadero de su espíritu, como el mío entonces atormentado.

Debí negarme a dar el soñado paseo por la Florida aquella tarde de secretas congojas, y Carlos no debió, viéndome angustiada, persistir en su actitud de alegría superficial y forzada. Pensó sin duda que mi lucha interior desaparecería más fácilmente cuanto más expresivas fueran las manifestaciones de su amor, ardiente, dominante... Y se equivocaba. El beso, las explosiones del amor, todas las caricias del mundo, no curan ciertos anómalos estados del alma femenina, que exigen soledad, ternura delicada y previsora. Carlos se equivocó...

Halina..., Halina, ¿por qué el sentimiento carece de intuición en las horas decisivas? ¿Por qué tales nieblas,

sutiles, glaciales, se enroscan a nuestro pensamiento y paralizan en nuestros corazones lo mejor de ello, lo más fuerte, el amor, que debería no hallar jamás estos enemigos pequeños que lo asaltan traidoramente?

Me agobia una impresión indefinible, me parece que algo muy hondo, muy en lo profundo de mi ser es de quebradiza fragilidad... Y no acierto a discernir si soy yo o es mi sentimiento tan frágil..., tan frágil que...

DE MARÍA A HALINA

Avanzaba el coche por entre las umbrías de La Florida y las arboledas centenarias de La Moncloa. El paisaje tenía la serenidad de los crepúsculos primaverales y su difusa melancolía también. La melancolía de cuanto ha dejado de ser promesa..., esperanza...

Tras estos días de exuberante florecimiento el estío abrasará los árboles, que a poco perderán su follaje... Los frutales, extenuados por su fecundidad, se recogerán macilentos en las nieblas otoñales.

El momento de espera en la Naturaleza ha cesado y, enverdecida, radiante, ofrece a las codiciosas manos del hombre sus tesoros variados, inmensos. El grano echado en las eras lejanas tiene ya espigas: los almendros se han cargado de fruto y los albaricoques primerizos dorean en las ramas ubérrimas.

¡Dios mío! En la pobre alma de esta tu criatura no sucede lo mismo. Temo que sea terruño árido donde las flores de la felicidad no prendan nunca.

¡Dios mío! ¿Me habrás castigado por no sé qué tremenda culpa, condenándome a no alcanzar la ventura esperada, a

no darla al ser amado? ¿Me habrás lanzado a la vida, Señor, incapaz de amar completamente, con la monstruosa deformidad espiritual que consiste en una absoluta incapacidad para la dicha?

El coche iba por el camino del Pardo. Una paralización de mi espíritu, un pesado silencio interno seguía a mis agitaciones de antes.

Carlos, locuaz, me envolvía en el murmullo de sus frases apasionadas.

—¿Quieres que descendamos? Un poco más allá está el lugar donde caí.

Bajamos. La emoción de Carlos era visible y me causó sorpresa; su mano temblaba levemente apoyada en mi brazo.

—Aquí fué—me dijo—donde tu amor me vió ensangrentado, donde ocurrió el prodigio de tu clarividencia.

Nos habíamos detenido en un recodo de la carretera, junto a un ribazo en el que crecían las hierbas, blanqueadas por innúmeras margaritas. Cogí unas cuantas y me las puse al pecho.

—Una para mí—suplicó él; y con la florecida en los labios me habló del percance.

—¡Pobre Carlos mío!—Exclamé oyéndole los detalles de la caída.

Pero asómbrate, atérrate, mi leal consejera; aquel «Carlos mío» no era el que, enamorado y trémulo, estaba a mi lado, sino *el otro*, el de las cartas... el que de lejos amé —

¡qué absurdo! Nos internamos en las alamedas de La Moncloa y le pregunté:

—¿En qué lado de la cabeza te heriste?

—En el izquierdo.

—¿Pero no ha quedado cicatriz? ¿A ver?

Nos detuvimos, se descubrió Carlos, y bajando la cabeza entreabrió el pelo que ocultaba una gran cicatriz. Me dió un vuelco el corazón, y atrevida, irreflexiva, amante, sostuve con mis manos la cabeza inclinada ante mí y besé la cicatriz tiernamente.

Carlos lanzó un grito, irguióse y, echándome los brazos al talle, me estrechó frenético contra su corazón. Sus labios vinieron a los míos, pero volví tan rápidamente el rostro que los suyos rozaron mi cuello.

Intenté desprenderme de sus brazos, que me oprimían con furia a la vez que los ojos investigadores, clavados en mí, me quemaban.

—¡Bésame!—murmuró roncamente.

—¡No! ¡Déjame! ¡Has besado a tantas!

—Te amo y siento impulsos de ahogarte.

—¡Has besado a tantas!...

—¡Te aborrezco!—rugió oprimiéndome el cuello con la mano, pero soltándome y empujándome tan airadamente que a poco me caigo, añadió anhelante, cárdena la boca, temible:

—Si no te amara tanto, te aborrecería.

Y nos miramos un instante frente a frente, como dos enemigos irreconciliables.

—Quiero volver a casa—dije.

—Sí, vuelve—respondió.

Y salimos a la carretera; montamos en el coche sin que durante el largo trayecto cambiáramos una palabra.

Carlos respiraba agitadísimo, y sus manos inquietas, cerrándose y abriéndose nerviosamente, luchaban con el impulso desatentado de clavarse en mi garganta.

A la puerta del hotel me dijo con acritud:

—¿Ordenas algo?

—Quiero volver hoy mismo a Aranjuez.

—¿Hoy mismo? ¡Ah!... Yo creí... Bien... ¿A qué hora vengo a buscarte?

—Prefiero volver sola—balbucí.

—¿Sola? ¿Prefieres volver sola? ¿Te es insoportable mi presencia? Como gustes.

Carlos no ha venido ayer ni ha venido hoy. Deseo y temo horriblemente su llegada.

DE CARLOS A MARÍA

Han pasado estos dos días sin que yo haya logrado lo que me propuse: disculparte.

La desorientación que te produjo la malhadada escena del camposanto explica tu desabrida actitud hacia mí; los temblores de tu alma sensitiva. ¿Pero cómo ella, en vez de hundirse buscando paz y olvido en mi amor, lo esquiva, lo rehuye?

Una implacable pasión, que fué odio, abrió aquella sepultura trágica... Mi olvido la libró hace ya muchos años de mi fría misericordia.

Te estremeciste despavorida ante ella, y no me extraña. Las sombras de mi existencia proyectan obscuridades en la tuya.

Te amo medrosa, te amo sobrecogida por el pavor de lo ignoto. Te vi adelantar hacia aquel mármol y reverencié tu decisión. Hay horas en que la muerte nos atrae más que la vida.

¿Por qué no volviste trémula, acongojada, a mi corazón, que te hubiera consolado con la triunfante seguridad del presente? Te amo en aquel instante de turbación, pronunciando las palabras crueles que hieren a quien se dirigen, a la par que hieren los enojados labios que las pronuncian.

Pero no te disculpo en La Florida.

Me voy serenando y quiero verte y necesito hablarte.

Tu retraimiento de los primeros días persiste. Peor aún: ha aumentado, y tu pobre almita se escurre, se esconde, anda fugitiva, se vuelve inaccesible...

Voy en su busca resuelto a meterla en la jaula dorada de mis planes concretos, definitivos. Cada día de estas discordias desdichadas engendra la posibilidad de otras nuevas. Urge que tratemos ya de nuestra unión. Urge que nos unamos, mi amada. Ya veras cómo, confundido con el mío tu ser, se fortifica en el amor, se adapta a mi amor, que ahora te amedrenta con sus arrebatos.

Quiéreme como ahora soy; luego seré así y diferente...

Cada culto posee su forma de exteriorización.

¿Pretendes que el amor, que es culto sagrado de la belleza creadora, carezca de ella? Si estoy privado de ti, ¿cómo pretendes que no te busque?

No te atemorices, no me rechaces; échame los brazos al cuello y verás cómo mi violencia se torna mansedumbre en los tuyos...

Mañana, a la caída de la tarde, llegaré.

DE MARÍA A HALINA

Esperando ayer a Carlos, las más extemporáneas ideas y las más contradictorias emociones me anonadaban; temía hallarme en su presencia... me apuraba imaginarme su enojo o su tristeza. Hubo un momento en que a toda costa quise evitar la entrevista, inevitablemente tormentosa, y me acometió un imperioso afán de irme... de huir. ¡Ah!, ¡qué plácidos se me aparecieron los días de nuestra correspondencia!

¡Qué suaves, qué dulces las horas de nuestra comunicación espiritual! Hoy, quebrantada de cuerpo y espíritu, rendida, sin saber qué hacer, paso el día echada en la *chaisse-longue,* mirando al campo, la lejanía luminosa, con el alma y el pensamiento en mis hijos. Una torturante voz interior me dice que sólo a ellos debo consagrar mis días... Que es mi suerte renunciar a todo lo que no sea ellos, su vida... su porvenir... y que esta aflicción que me agobia es el golpe con que Dios va a desligarme de un amor insensato... imposible...

¡Pobre de mí! ¡Pobre de Carlos!

Nuestra entrevista de ayer fué larga y fué largamente dolorosa. Una sorda hostilidad germina en su alma ante este sentimiento mío apocado, fluctuante, imperfecto. Amo a Carlos, le admiro, me perturba, pero nuestras almas no pueden acoplarse... El dice que en la convivencia del matrimonio las brumas que nos ciegan se disiparán en la perpetuidad del amor satisfecho, feliz. ¡Halina! ¡Halina! Tengo miedo, un interno pavor de confesarme a mí misma que Carlos se equivoca.

Ayer fué imposible quedar de acuerdo. Sus planes son lógicos y oprimen como un nudo corredizo. No quiere oír hablar de mi vuelta a Polonia; dice que haga venir aquí a mis hijos, que nos casemos en el otoño. No accede a separarse, no reconoce mis deberes... Aborrece a mis hijos sabiendo que por ellos debo volver.

—Oye, mi pobrecita adorada—decía con voz grave—, veo claramente que estás desorientada, tan desorientada y aturdida que no aciertas a saber lo que quieres, que no puedes llegar a la decisión salvadora. No importa, yo lo haré todo, yo levantaré tu voluntad y la emparejaré con la mía. Mi corazón tomará el tuyo y lo forzará a la expansión, a la felicidad. Hay enfermos a quienes de viva fuerza tenemos que hacer tomar las medicinas. Cuando el pajarillo caído de la nidada no sabe buscar su alimento, hay que abrirle el pico y darle de comer. Tu pobre corazón ha perdido en el sufrimiento el instinto de la felicidad; yo se lo devolveré. Me perteneces, me incauto de ti.

— ¡No!—protesté aterrada.

—Sí, sí, mi exánime pajarita de las nieves. Aunque te opongas, aunque te imagines que no quieres tu bien y el mío, yo te obligaré a que vengas a mis brazos, a que no

puedas desprenderte de ellos. Estás a mi lado y no te irás, no te dejaré ir. Yo soy fuerte, mi amada, y retengo con firme mano la cuadriga de la fortuna parada a mi puerta.

Y soltó una carcajada de orgullo, confiado, satisfecho. La carcajada audaz del hombre que *no asaltó, pero robó.*

—Te retraes ante mí, te intimido, y en esa actitud me seduces también. No soy yo quien te intimida, es mi pasión, fuerte como la vida y nacida, no para vegetar, sino para vivir. Oye; mi amor perduraría aunque te tuviera lejana, aunque te perdiera para siempre; pero te halló y nada ha de separarnos. Depón tu enojo, sosiéguese tu almita, que aletea en busca de refugio y huye de él.

Mira, el sábado, muy de mañanita, te esperaré en Madrid. Deseo que me visites en mi «Cueva del Ogro» y que, asomada al balcón por el que los rosales trepan, me recites con tu vocecita temblorosa y musical ciertos versos de tu favorito poeta... Y vamos a ir a la Moncloa, a la Florida, al Pardo.

—A la Florida no volveré—rehusé.

—¿Por qué no? Las horas no repiten sus melancolías; nos traen las nuevas. Aquella de malhadada memoria ya pasó, no vuelve. Te guardarás de hacer antes visiteos fúnebres, y en dulce coloquio, tus manos en mis manos, miraremos ponerse el sol tras las cumbres azules del Guadarrama.

¡Ah!, y entraremos también a saludar a tu San Antonio milagroso, no sea que se enfade si lo olvidamos por el sol. En mayo haremos un par de excursiones. La Granja, Toledo...

En Toledo nos detendremos un poco, si no queremos salir con el remordimiento de no haber conocido esa ciudad

de todas las maravillas. Ante el «Entierro del Conde de Orgaz», demandarás perdón a mi Greco de tus irreverencias hacia su divinidad. Luego, al Escorial. Allí podrás pasar los últimos días de junio si aquí te molesta el calor, y después a la frontera, a esperar a tus chicos, y a recogernos todos en un rincón de tu país vasco, esperando el otoño.

Oyéndole hablar resuelto, firme, seguro de sí mismo y de nuestro porvenir como nunca, intenté hacerle ver las dificultades que ofrecen sus planes, la necesidad de mi regreso. Que no es posible en el otoño nuestra unión.

—Hay que aplazarla—murmuré.

¿Hasta cuándo?—repuso Carlos cruzándose de brazos, hostil.

—No sé... indefinidamente—respondí sincera.

—¡Indefinidamente!—gritó—. ¡Pobre criatura!, tu inconsciencia nos llevaría a la perdición si yo no lo impidiera. Repite, repíteme que te vas apenas venida, alegre, dichosa, con la esperanza de que volverás dentro de diez años... dentro de veinte, y nos casaremos entonces para lograr la felicidad suprema de que nos entierren juntos. Malgastar la vida en la separación, pero pudrirse luego simultáneamente en la misma fosa, es una aspiración digna, un sueño de amor potente, triunfante... Prefiero el mío, que no se preocupa de la muerte, pletórico de vida.

El medio ambiente en que vegetas te ha hecho fluctuante. Esas frías gentes del Norte han desvirtuado tu frescura espiritual; ¡las aborrezco! En tu alma se han abatido los bríos de nuestra raza... Has perdido la

intensidad característica de nuestros sentimientos... Te has extranjerizado, no eres ya española.

-Te amo-clamé conteniendo las lágrimas.

-Sí, me amas, pero tu amor carece de espina dorsal. Es un inválido que hay que llevar en brazos hasta la fuente milagrosa para que recobre la vitalidad.

Callé: eran inútiles mis protestas, mis disculpas. No reconoce deberes ni circunstancias que me obliguen a irme, a separarme de él. Quiere retenerme a su lado; se propone hacerlo aun contra mi voluntad, y su hablar huracanado, tempestuoso, me entraba en el corazón como el agua en la boca del náufrago...

Vió que salían las lágrimas de mis ojos, y, dominándose, se acercó a mí y me tomó las manos, mirándome largamente en silencio.

—Pobre, pobre criatura, que ama y no sabe amar—le oí decir suavemente inclinando su cabeza sobre la mía. Me quedé inmóvil sintiendo en la sien su aliento anheloso, y añadió sin voz:

—No temas que mis labios te importunen, te violenten... Los besos que no son compartidos tienen sabor de hiel. Busco sólo tu frente para dejar en ella un beso de paz.

Rozó mi frente con la boca y se fué.

Ignoro el tiempo que sin moverme seguí en el mismo sitio, oyendo la pulsación de mis arterias y dejando vagar la mirada por los campos dormidos.

Hoy me levanté para extenderme en el sofá junto a la ventana, donde un vientecillo de tempestad sacude los jazmines.

No quiero ver a nadie, no quiero salir.

La curiosidad de las gentes me persigue en las calles del pueblo. En estos últimos días he sorprendido a las muchachas que formaban el corro murmurador en las fuentes, señalarme con el dedo, y he visto salir a los portales alguna que otra vieja y mirarme torvamente de mal talante... Una confidencia de Lolilla la camarera me ha dado la clave de esa actitud de la canalla... Se murmura que soy... una cualquiera... la amante de Carlos, y de éste dicen horrores.

Que mató a su mujer a disgustos y que está excomulgado porque sostiene relaciones con una monja de un convento de Valladolid...

Atrocidades, infamias vulgares. En relaciones con una monja...

No puede ser, no es creíble que Carlos... ¡No sé nada, no quiero saber nada! Me hundo aquí, sola, en una laxitud que es al mismo tiempo una tentación de abandono... Una tentación de entregar mi vida a Carlos para que él la tome y la guíe. Sería de una dulzura celestial dejarse ir... poner mis duras responsabilidades en sus manos y, obediente, amante, seguirle.

Estoy agobiada, atónita. Me han rendido los combates pasados, mis penas de la expatriación. Me espanta la lucha y ¡tendré que luchar con Carlos! ¡Imposible! ¡No quiero luchar con él ni contra él! Pero el momento es decisivo: o me entrego o combato; o me aferró como una parietaria a su vida, o me voy a cumplir mi aciago destino lejos de él...

¡Ah!, ¡pero que yo no pierda su amor si me alejo!

Han llegado cartas de mis hijos, han llegado las tuyas, y yo he pasado estos siete días no sé cómo. Luchando desesperadamente con la tentación de acceder a lo que Carlos desea, de sellar nuestros planes con la promesa de unirme a él en el otoño, y a la vez combatiendo un impulso simultáneo de esa tentación: el impulso loco de irme, de huir.

¡Qué espanto!

Un incidente desagradable ha venido a conturbarme más. Anteayer, a la hora del almuerzo, cayó aquí como un torbellino Luz Salazar, mi antigua compañera de colegio, que es una de las estrellas de la sociedad madrileña. Llegaron a mí en varias ocasiones ecos de su excentricidad de mujer millonaria, unida a un marido viejo, fatuo y que la adora. Excesiva en sus gestos, en su lenguaje y hasta en su malicia de mundana, me dijo, estrujándome en sus brazos gordinflones, que dejaban en mi traje, en los muebles, un rebuscado perfume sensual:

—Hija de mi alma, no te hubiera reconocido si te encuentro en la calle. ¿Qué hacéis las mujeres de mi edad para parecer veinte años más viejas que yo?

¿Y vas a casarte?

¿Carlos de Vargas es tu prometido?

No se habla de otra cosa en sociedad desde que tuvisteis el *tupé* de hacer vuestra presentación en el Español. Unos dicen que os casáis de cierto y anticipáis en este retiro las dulzuras conyugales hasta que termine el luto de Carlos; otros gallean que no, que tu amigo es... tu amigo, y nada más.

De un salto vine aquí para enterarme... y verte. ¿Por qué no coloreas un poquitín tus mejillas pálidas? Hija, hay que ayudarse un poco. Estarías deliciosa menos pálida, pues conservas toda la finura de tu tipo trigueño y el pelo y los ojos son encantadores.

Pero si te figuras aprisionar para siempre con ellos a Vargas, te equivocas de lo lindo. Es un camastrón que tiene malas mañas, y otra mujer a cada momento, en el más dulce momento de la luna de miel, ¡paf!, le echa un capote y se lo lleva adonde quiera. Yo la primera, aunque no tengo el alto honor de que me otorgue su simpatía.

Las mujeres como yo no le seducen, porque sabemos del pie que cojea. Se pirra por las modositas y apocadas como tú y como aquella infeliz María Rey, que en un manicomio fué a dar por las perrerías que él le hizo. Mira, hija, a los hombres no hay que tomarlos en serio; se pierde una, y total... nada; ellos, tan frescos, continúan revoloteando de rosal en rosal. Vente a instalarte a Madrid y yo te daré lecciones de cómo se vive y se triunfa salvando el corazón. Cierto que me difaman. ¡Eh, qué importa! La honra ajena es una presa sabrosa en la que con gusto metemos las garras todos... Hoy por ti, mañana por mí... No te cases con Carlos, monina, porque vas a pasar el Japón; el segundo, porque me parece que el primero ya lo pasaste allá en Rusia, o donde sea... ¡Por tonta!

Al diablo se le ocurre casarse así, de la noche a la mañana, con un oso del Norte. Siempre fuiste romántica, y los romanticismos se pagan caros.

Ahora sí que me voy volando, porque a las cinco me esperan...

Vaya, adiós, y no hagas caso a ese *perdis.* Tiene mucho gancho, pero también mala sombra. Cuantas le quieren acaban mal. Unas se mueren llorando desesperadas... otras, como su disparatada mujer, riendo a carcajada tendida.

Ven a verme, ¿eh? Te espero sin falta. Despacha a tu amador... date un poquito de carmín y te rejuvenecerás, monina.

Y se fué al fin, dejándome la pegajosa sensación de sus labios pintados en el rostro, y un horrible asco de su cinismo y su mala intención.

Todas las patrañas que la he oído no me importaron... me dejaron solamente una acritud de humor y una repugnancia de las mujeres como esa, descocadas... frívolas.

Mi decisión está tomada, y este breve momento de armisticio entre las dos fuerzas batalladoras que han ensangrentado mi corazón, me da cierto relativo reposo.

Estoy decidida... Se me cae la pluma de la mano y la cabeza me duele como si me la golpearan despiadadamente.

DE MARÍA A HALINA

Carlos, que ha venido casi todas estas tardes, tomaba mi pasividad, mi ensimismamiento, por asentimiento a su voluntad. Anoche, después de oírme embelesado los melancólicos aires de mi tierra, me habló así:

—Oye, mi amada: tengo que dejarte sola cuatro o cinco días. Me reclaman en Barcelona y mañana debo partir.

—Mañana debes partir—repetí como uno eco.

Conmovieron a Carlos el tono, mi estupefacción al repetir sus frases, que él interpretó como mi anticipada añoranza por su ausencia y me habló agradecido, tierno... Yo no le oía casi. La balanza agitadísima de mi corazón inclinóse súbitamente de un lado, vencida por uno de aquellos dos impulsos en guerra. El desalentado de irme, de huir... Me animé, volví a cantar, rogué a Carlos que me recitara versos.

Las estrofas más bellas de la lírica castellana pasaban sugestivas de romanticismo y pasión por sus labios. Terminada la estrofa seguía vibrando la música incomparable del ritmo y la emoción del poeta parecía tener en suspenso a la luna parada en el cielo estrellado.

Me conmovía la magia de su voz de modulaciones hondas...

Contemplé apoyado en el balconaje marmóreo de la terraza su cuerpo que se destacaba en el fondo opacamente azul de los campos, con las líneas precisas de un retrato de Velázquez hecho de noche con alarde de maestría. Y prendada de su apostura, de su cabeza de trovador, de sus ojos que descubrían el alma extática ante la divinidad de la Belleza, exclamé:

—Te amo... te amo...

A la vez que dentro de mí resonaba la fatídica voz de las inconsecuencias trágicas: —Te amo, pero me voy..., me alejo...

Más de una vez se abrieron mis labios para hacer a Carlos la confidencia de mi tremenda lucha, la confesión de mi pérfido proyecto de huida. Y se cerraron de nuevo impotentes, hipócritas..

Era tarde; Carlos, tomándome las manos, me dijo:

—Debo irme. ¿Verdad que al volver te hallaré contenta de haberte decidido a ser mía? Ten confianza en nuestro amor y sé fuerte en la felicidad... Esta breve ausencia es la primera y la última de nuestro noviazgo. Después no nos separaremos nunca, nunca...

Aproximó al mío su rostro; inmóvil, rígida, dejé que sus labios se posaran en mis labios.

No sentí su beso, no sentí el calor de su boca; entre ella y la mía caían mis lágrimas, dejándome la amargura del llanto de las despedidas.

Febril, desatinada, lo he arreglado todo; he mandado a Ramón a Madrid y mañana salgo de Aranjuez. Antes escribiré a Carlos.

Me detendré, si no me muero en el camino, en mi tierra, a orillas del mar. Espero que Carlos vaya allí siquiera un día para que yo pueda explicarle mi resolución..., para que él me comprenda y me disculpe...

Nuestro amor pasa por un período de dolorosa adaptación, por una crisis imprevista... En estas cuatro semanas, nuestras almas no han podido vibrar al unísono... Mi partida desesperada hará ver a Carlos cuán imperiosos e ineludibles son los móviles que me obligan a ella.

Me librará de la presión de sus planes concretos, perentorios y mi espíritu pusilánime se irá entreabriendo al suyo y nos amaremos en paz desde lejos, hasta que Dios quiera.

Yo debo volver al lado de mis hijos.

La oposición de Carlos me forzaba a luchar con él y no puedo. Mi marcha es pérfida, desgarradora, pero no es una acción definitiva; el sentimiento queda incólume y en el porvenir...

En el presente y en el porvenir Carlos no me abandonará..., me ama...

TELEGRAMA DE CARLOS A MARÍA

Acepto tu invitación y salgo hoy mismo hacia tu refugio vasco.

Voy a maldecirte..., a matarte.

DE CARLOS A MARÍA

Al caer sobre mí como un rayo tu maldita carta, el odio que acude a la muerte como arma vengadora, me puso en movimiento.

Tomé un rápido..., quería volar. Un dolor terrible, nuevo, hecho de sorpresa, de incredulidad y desencanto, minó en breves horas la fiereza mortífera de mi odio: cambié de rumbo y he venido a desplomarme aquí, solo, aturdido...

Te aborrezco y te acompaña mi conmiseración desdeñosa.

¿Que vaya a verte ahí suplicas?

Tu inconsciencia me causaría risa si no me inspirara la despreciativa lástima de la impotencia espiritual.

Entre nosotros, tú, tú sola acabas de levantar el muro de la desolación irremediable. ¡Desdichada mujer!, tú no eres digna de ser feliz porque no sabrías serlo.

¿Que vaya a verte ahí, a oírte, a entenderte? ¡Jamás! Yo no soy de los que persiguen el amor. Soy de los que lo merecen y lo esperan.

No puedo prever ahora cómo se levantará mi espíritu de su caída, ni cómo arrostrará mi sentimiento tu ingratitud. Lo que ya puedo asegurarte es que has dado muerte violenta a mi impetuosidad.

Que mis brazos se han cerrado sobre ti, fugitiva.

Acaso un día mi alma, en su avatar hacia lo inaccesible, se vuelva a la tuya, pero mis brazos no se abrirán para recibirte esposa, amante.

Mi cabeza no soñará reposar junto a la tuya bajo el mismo techo, ni me aguijoneará la impaciencia por verte ante el blanco mantel de nuestra mesa compartir mi pan, el pan bendito de las alegrías familiares.

El amor es esfuerzo, actividad, deseo, y tú vives ya medio muerta. Todopoderoso, creador, invencible es el privilegio de los fuertes y tú estás hecha de debilidad, mísera criatura que me huyes.

DE CARLOS A MARÍA

Tus cartas, que contienen todos los aspectos de tu flaqueza misérrima, adormecen mi rencor, lo desarman. Al principio, tu sufrimiento me produjo una intensa alegría insana, inmoral. Ahora, cuatro meses después de tu fuga, me parece que tu dolor repercute en mi pecho. ¿Que si te amo aún?—me preguntas. Lo ignoro. Los sentimientos no mueren de pronto, como los hombres fulminados de apoplejía. Sucumben al golpe mortal, pero su agonía es larga, cada día mueren un poco más.

No sé si te amo: sé que te busco y te necesito tercamente, pero de otro modo que antes, de otro modo. Como si tú y yo nos hubiéramos despojado—en una noche luctuosa de nuestro camino—del cuerpo, de la carne con todas sus palpitaciones humanas, en las rapaces manos de la muerte. A ti me vuelvo atraído irresistiblemente no sé por qué... Acaso por lo mismo que condeno en ti: tu debilidad, tu inconsecuencia, el misterio de lo no desflorado. Enamorado de las cimas, quizás me vuelvo a ti como a la más alta, la única inaccesible... ¡Qué sé yo!

Pero la pasión, con sus voracidades hambrientas, se ha acallado.

Mi necesidad de tu presencia ha desaparecido... Persiste... lo que nos unió en la ausencia: el prodigio de una atracción extraña que ya no es amor..., que acaso es ya más que amor.

Escríbeme; que venga a animar mi soledad tu voz lejana.

DE CARLOS A MARÍA

Mi hija, mi amada; tus cartas hacen gustar a tu viejo poeta las mieles de tu ternura exquisita.

Muy a pesar mío no puedo corresponder a sus dulzuras —de las que cada día me siento más ávido—resolviendo los graves problemas que me sometes. Nadie ha llegado jamás a ser doctor en las ciencias ocultas del conocimiento del alma. «Cada persona es un mundo», dice nuestra filosofía vulgar. ¿Cómo pretendes que te descubra enigmas de atracción a distancia, fenómenos de omnipresciencia, si la cosmogonía espiritual carece de leyes fijas y por método de inducción no llegamos a ninguna parte? Mira, aborda todos

los problemas del sentimiento con una serie de hipótesis positivas y los resolverás... Bórralas sustituyéndolas con otra serie de hipótesis negativas y los resolverás también...

Cuando Shakespeare afirmó «nada hay más lógico que lo imprevisto», pensaba ciertamente en el amor.

¿Pero qué importa de qué profundidades brota o de qué altitudes desciende el agua fresca y pura al manantial que nos desaltera? La única verdad irrefutable del amor es su existencia.

La dulce, la consoladora verdad del nuestro, es que persiste.

Ya lo ves: ha pasado un año desde aquella nuestra romántica última noche de Aranjuez, en la que confiado, amante, te dije: «hasta pronto y para siempre». La ausencia ha vuelto a abrir entre nosotros su foso negro y a diario vuelven a salvarlo nuestras cartas escritas con avivada delectación, esperadas con ansia, recibidas con gozo.

Nuestro sentimiento ha cambiado, pero no ha cambiado su finalidad: la dicha.

Porque ansié la otra, la completa, la humana, ¿he de rechazar la que hoy me llega de tu espíritu? Porque me amas incorpóreamente, imperfectamente, ¿he de privarme de tu amor? No.

La vida es demasiado obscura para que desdeñemos, a falta de la plenitud de luz que es el sol, la tenue claridad del astro muerto. Y es demasiado larga para que no queramos acortarla con la embriaguez de unas horas de embeleso melancólico. La melancolía es la poesía del desencanto.

He comprendido, un poco tarde, que no convienen a todos los afectos idénticas formas generales. Los hay

creadores, los hay contemplativos. Aquéllos son el instinto de la raza perpetuándose, inmortalizándose; éstos son el místico anhelar que huye de la tierra porque no ve a Dios en la tierra.

Nuestras vidas separadas indefinidamente, se buscan, se ponen en contacto merced a unos efímeros plieguecillos de papel... ¿Por qué no? Las líneas paralelas son una concepción algebraica y, te repito, nuestra vida interna no se deja encasillar en fórmulas matemáticas.

Tus cartas alegran mi existencia; las mías son el encanto de la tuya... Pues escribámonos hasta la muerte, mi amada. Nuestras sensaciones, vengan de donde vinieren, son infaliblemente realidad.

Me amabas y huiste de mí; amándote te he martirizado... También el niño ama el pecho que la madre pone en sus labios y lo muerde haciéndola llorar.

Ahora, un año después de aquella postrera noche de poesía y ensueños, se te ocurre decirme, temblorosa la dulce vocecita que supo ser cruel, asustados los ojos que nubló el descontento de mi vehemencia, que has perdido mi amor, que has matado mi amor...

Inconsecuente, con inconsecuencia distinta de la de antes, pero muy femenil, muy tuya, gimes con la tristeza de lo irreparable, que no te amo ya... Consuélate. ¿Qué importa que te haya cerrado mis brazos si mi alma continúa abierta para recibir los dones de la tuya?

Nuestro coloquio espiritual se ha reanudado, intenso de matices nuevos y nostálgicos. Mi sentimiento, curado de sus mutilaciones, apaciguado de sus iras, se deleita en la posesión de tu alma, en el triunfo de una transformación

que no es disgregación, sino síntesis de postrera idealidad. Hostia en la última comunión de los desengañados de la tierra.

Que has muerto mi amor, me repites inconsolable... No; ya lo ves. Estamos fatalmente unidos, condenados a amarnos ausentes, sólo ausentes...

Engríate la fortaleza de nuestro sentimiento porque triunfó del desencanto y del odio. Nuestro amor es... ¡más que amor!

Ha perdido sus esperanzas de humano ideal y persiste...

FIN

galicia


GALICIANA
BIBLIOTECA DIXITAL DE GALICIA


Xacobeo 2021


XUNTA
DE GALICIA